

Mia del Valle

*Una Propuesta*  
casi  
*Indecente*

***Una Propuesta  
casi Indecente.***

*Mia del Valle*

## Prólogo

*¿Todo tiene precio en la vida?*

*¿Cuál sería, la situación límite por la cual venderías tu alma al diablo?*

*¿La venderías, si él diablo tiene 32 años, ojos azules, mide metro noventa, y viste Armani?*

*María Victoria está a punto de perder su hogar a causa de las deudas. Su vida se encuentra en un callejón sin salida. Sola y con un tío enfermo del corazón, intenta solicitar un préstamo Bancario.*

*Pero la frutilla del pastel, es enterarse que ante la institución figura casada.*

*Su préstamo no será autorizado, hasta obtener la firma del cónyuge.*

*Federico Betner, un adinerado empresario de gustos excéntricos. Al descubrir, que el destino puso en su camino, a una hermosa e inocente “esposa”. Y antes de aclarar el asunto con su abogado, ofrece un trato. Uno que según él, beneficiara a ambos.*

*¿La virginidad tiene precio, la moral tiene precio?*

*¿Y el amor?*

*Victoria y Federico entrarán en un juego de Caperucita y el Lobo, en el que las reglas y el orden de los factores no alterarán el producto final.*

*¿Dónde terminarán? Ni ellos mismos lo saben.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin permiso previo del titular de la obra.

La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

## **Agradecimientos**

Como el amor llega en envases tan chiquitos. Dedicada a mis dos soles, a mis peques que entraron en mi vida para llenarla de risitas, colores y música, también a mi media naranja, el que aguanta, lucha y convive con mis locuras...a ellos tres GRACIAS los amo al infinito y más allá.

La vida es Bella...

## Capítulo 1

*\_Su saldo no es suficiente para realizar la siguiente llamada\_*

Nuevamente lo mismo, mi celular sin saldo.

Apoyo los codos en la mesa del comedor y descanso la cabeza en mis manos. Mi perro Lechuga mueve su cola a mi lado esperando algún mimo, acaricio su papada y rasco sus orejas, bueno mejor dicho su oreja y media, es que una de ellas la tiene por la mitad. Cuando lo encontramos en la calle era tan solo un cachorro, yo volvía del secundario andando y unos niños malvados lo estaban torturando, lo pateaban y uno de ellos con una navaja le corto su pequeña oreja. No dudé ni un segundo ante semejante película de terror, tome un palo que encontré en la calle y mandé un fuerte y característico grito de los míos.

—Bastaaaaaaa, dejen ese animal ya mismo o van a ver.

Uno de ellos, el más grande, que tendría unos 12 años se me vino encima.

—Si no querés lo mismo para ti nenita, mejor vete.

—Nenita tu madre mariconcito, es mejor que dejes a ese animal o te las verás conmigo —mantenía mi mentón en alto tratando de intimidar a los agresores.

Él comenzó a reír, en verdad daba miedo, era de mi altura y robusto, un pequeño proyecto de matón, dio unos pazos y me empujó, trastabillé pero me mantuve firme. La pequeña bola de pelos blanca con manchones negros temblaba y lloraba, no paraba de sangrar. El otro niño dejó por un momento al animal mientras observaba la contienda que se estaba armando, también lo disfrutaba, dos sádicos, ¡qué asco!

—Mejor dejamos al perrito, y nos ocupamos de esta pequeña putita, creo que necesita atención —esa fue la frase antes de tocar uno de mis pechos, estiró el brazo y con una mano me manoseó.

«Plaf»

Puede sonar parecido al sonido que produjo el tronco rompiendo su cara, o su cara rompiendo el tronco; todo depende del cristal con el que se miran las cosas.

Fue uno; no, fueron dos.

Tres, sí, fueron tres dientes los que escupió el gordo baboso, luego que yo estrellara el tronco en su nariz y boca. Ante el asombro del segundo niño, tomé en brazos al cachorro y salí corriendo como alma que lleva el diablo. Está bien que sea valiente, pero vamos, tampoco loca, y era seguro que en cuanto salieran del shock vendrían por mí.

Corrí lo más rápido que pude, con el animal sangrando en brazos, hasta llegar a mi querido barrio. Directo a la veterinaria del señor Flanginsky, él y su hijo, me vieron entrar y colocar al

sangriento cachorro sobre la camilla. No pude decir más, me largué a llorar aflojando toda la tensión que había dentro mío. Flanginsky padre, me acompaña hasta la pequeña cocina, me entrega un vaso con agua, yo lo acepto con mi temblorosa mano. No puedo dejar de llorar.

El buen hombre toma asiento frente a mí con los codos apoyados sobre sus rodillas.

—¿María Victoria, te pasó algo?, ¿te han hecho daño? —me observa con preocupación. —No, solo al cachorro. —logro responder.

—Bueno, tranquila. Tú quédate aquí, vamos a ver al pequeño. —Sale de la cocina y acto seguido entra Daniel, Flanginsky hijo.

—Victoria, papá me dijo que te haga compañía —intento sonreír, no lo consigo, mi labio tiembla con la amenaza de otro llanto inminente. —Gracias —logro decir.

Daniel es un chico dulce y guapo, tiene un bello rostro, y espalda ancha. Es tres años mayor que yo, vamos al mismo instituto, dentro de poco ingresará a la Facultad de Veterinaria y así continuar con su pasión; los animales.

Más tarde llegaba mi tío por mí. Por suerte, el cachorro, mejor dicho *mi* cachorro, con el correr de los días se fue recuperando hasta que por fin pude llevarlo a casa. Con media oreja menos y unos traumas, llegó a ser un perro feliz. ¡Si hasta ríe!

«Se los juro.»

Es bandido, le gusta esconder cosas, si se molesta por algo orina dentro y ¡ríe! Amo a Lechuga.

Se preguntarán porqué el nombre, bueno eso no tiene nada muy científico que digamos, la noche que vino a casa, su primer acto de vandalismo fue tirar el bote de basura, luego de revolver todo se durmió con una hoja de lechuga encima, y así fue su nombre, Lechuga para aquí; Lechuga para allá.

Pero bueno, es mi turno de presentarme, soy Victoria, María Victoria Rodríguez, a sus órdenes, 25 años, cabello castaño claro, ojos miel o verdes dependiendo el clima, solterísima y en este momento de mi vida pobre, muy pobre. Bien, no sé qué más contar.

«Ah sí que estoy en bancarrota»... ¿ya lo mencioné?

Vivo con mi tío, un viejo pastelero alegre y muy simpático, amante de la buena comida y la lectura. Solo somos nosotros, no tengo más familia, mis padres; o mejor dicho la hermana de mi tío, la cual vendría a ser mi “madre” me abandonó cuando tenía tres años de edad, no se preocupen, casi no la recuerdo «casi» y mi padre; bueno, jamás supe nada de él.

Mi vida no es muy interesante, estudio psicología, estoy a un año y medio de recibirme. No trabajo, me dedico a los libros y hacer las entregas de los pasteles en nuestra destartalada camioneta. A cambio, recibo propinas y una mesada para mis gastos.

Tío Mario me entrega una humeante taza de té con limón. «Mi favorito» Estamos en nuestra gran y despintada casa, es muy cálida, mi hogar desde que tengo uso de razón. Tío está amasando Tortas fritas, una típica preparación de mi país y un clásico de los días de lluvia. Son unos discos de masa con un pequeño orificio en medio u ombligo como se les dice, las que se fríen en grasa y luego se espolvorean con azúcar. El secreto está en comerlas bien calientes, cuanto más calientes más ricas y más grande la indigestión, pero bueno, “SARNA CON GUSTO NO PICA”.

Como les contaba anteriormente estoy o mejor dicho estamos en bancarrota, las entradas del tío como pastelero, no alcanzan para mantenernos, y mis magros ingresos como repartidora menos que menos.

Los impuestos se están acumulando y no tenemos respiro. Dentro de algunos meses nos rematarán la casa. Mi tío no sabe esto aún, temo que se enferme por tantas preocupaciones, por lo que planeo pedir un préstamo estudiantil, saldar los pagos de impuestos y buscar un empleo urgente o sacarme la lotería; o ¡algo!

Necesito un trabajo de verdad, uno de ocho horas. Es momento de dejar a un lado mis estudios y retribuir todo lo que el tío ha hecho por mí, deséenme suerte me voy al banco.

—¡Tío me voy!

—¿Pero con esta lluvia? ¿A dónde vas querida?

—Me junto a estudiar con las chicas, vuelvo de tarde. — sé que no debería mentirle, pero es por su bien. Beso su frente calva, coloco mis botas de lluvia, campera, bolso y me voy.

En la calle el agua cae sin piedad. Abro mi paraguas transparente y comienzo a caminar en busca de un autobús, un condenado autobús que me lleve al puto Banco.

Un despiadado camión, que pasa a toda velocidad por un bache hace que el agua salte empapándome de pies a cabeza. Tengo ganas de ponerme a llorar. Ganas de que alguien me abrace y cuide, una madre, un padre, un novio, alguien que aligere el stress de vivir con el corazón en la boca, por las deudas. En fin no voy a llorar, no voy a llorar, no voy a llorar repito una y otra vez como si fuera un mantra. Sin darme cuenta choco contra una mujer la cual reacciona de mala manera insultándome y empujándome contra un semáforo, mi paraguas se rompe.

«Listo, ¡corten!»

En un momento así, solo queda reír. No se puede hacer más que eso, cuando las fuerzas de la naturaleza están en contra de uno ¿verdad?

Claro que la “pesadilla” continúa, subo al autobús que va repleto de personas. Dentro el vapor deja los cristales empañados, no hay ni siquiera una ventana abierta, el gentío más la humedad del día impide que se respire bien. El viaje dura unos treinta minutos, cuanto ya casi no puedo mantenerme en pie, llego a destino y bajo del sauna con ruedas.

«Mi celular» ¡No puedo creer! ¡Me robaron el celular! Oh si señores, claro que sí, ilusa yo de viajar con el teléfono en el bolsillo de mi chaqueta en un medio de transporte capitalino ¡repleto!

Lo único que me queda es abrazar fuerte mi bolso «paranoica» e ingresar al lujoso Banco a toda prisa. No es raro que el guardia de seguridad me observe de arriba abajo deteniéndose más de lo necesario en mi “delanteras”.

Mi pelo es un desastre, está pegado a mi frente por la lluvia, el maquillaje se me ha corrido, la máscara de pestañas se transformó en un gran manchón debajo de mis ojos, parezco un mapache ojeroso, la ropa está empapada y aún gotea.

«¡Vergüenza!»

Llega mi turno de ser atendida. Una gentil dama de unos cincuenta años me invita a tomar asiento. Entrego mi documento de identidad y formularios completos para el préstamo, no es tanto



dinero el que necesito, solo diez mil dólares. A cambio traigo como respaldo las escrituras de mi casa que están a mi nombre. Uno de los tantos resguardos de mi paranoico tío. En el caso de que le suceda algo, yo pueda contar con un techo donde vivir. Y no terminar siendo una indigente que viva en las calles con un carro de supermercado rodeada de perros; textuales palabras suyas.

“Nena, estudiá mucho. No soy eterno, en algún momento no estaré. Y si eso ocurre ahora, ¡puedes terminar viviendo en las calles!, salvo que te saques la lotería o te cases con un viejo calvo y millonario”

Mi respuesta siempre era la misma “Jamás me casaré, prefiero jugar a la lotería”.

—Buenos días. Tome asiento por favor, enseguida ingresamos los formularios —pide amablemente la ejecutiva.

—Gracias señora, hoy fue un día un poco complicado. Creo que mi cuota de mala suerte queda cumplida con la tarde de hoy. —Comento al tiempo que cuelgo mí ensopado abrigado en el respaldo de la silla.

—Bien, nombre completo ¿María Victoria Rodríguez?— escribe sin mirar la profesional empleada.

—Correcto...

—¿Segundo apellido? —la pregunta que atormentó mi vida desde niña.

—No hay segundo apellido. —tengo mis manos entrelazadas sobre el escritorio, éstas comienzan a transpirar.

—Lo siento —se disculpa incómoda.

—No lo haga, no hay problema. De niña me era más difícil responder esa pregunta. Por suerte ya no. —Comento en un balbuceo, mientras descascaro el esmalte de mis uñas.

Cuando ingresa mis datos en el ordenador la observo. Cuánta elegancia. Viste falda y chaqueta negra. Cabello castaño no muy largo, gafas sin montura, anillos y en su cuello una cadena de oro, que lo más cerca de ella que puedo estar es sacando una foto con mi teléfono, desde fuera de la joyería; claro, eso si tuviera móvil. Tendrá unos cuarenta años; quizás más, es bella y educada.

Corroboramos unos cuantos datos más y ¡CATAPLUM!

O algún sonido onomatopéyico que pueda reproducir el de mi culo cayendo al suelo a causa de la noticia que recibo.

—Bien señora Rodríguez, solo nos faltaría la firma de su esposo para poder ingresar el pedido de préstamo. En el caso de los matrimonios firman ambos cónyuges.

«Matrimonio» ¡Pero si esa palabra no entra en mi vocabulario!

—¡No!, disculpe pero debe haber un error. Yo no soy casada —Me produce risa imaginarme casada, pero ¡no definitivamente no! Es que nunca estuvo en mis planes el matrimonio, ni lo estará.

—Pero en el sistema figura que usted está casada con.... —la elegante y desquiciada mujer corrobora en su ordenador. Y con sus lentes apoyados en la punta de la nariz escupe el nombre — Señor Federico Betner —en ese instante, fue la primera vez que escuche su nombre. Su maldito nombre.

Respiro hondo. Trato de explicarme mejor. Aclaro mi garganta.

—Perdón señora, pero le repito. ¡Yo no estoy casada! —noto que poco a poco me voy alterando. El tono de mi voz aumenta unos decibeles, está bien que tenga una buena actitud ante la vida, y que trate de sacar lo positivo a cada situación. Pero esto es simplemente ¡demasiado!

—¿Te separaste?

«La mato.»

—¡Pero como mierda hago para que entienda, no sé quién cuernos es ese hombre! —la palma de mi mano golpea fuerte sobre el escritorio de la loca mujer.

Tocan mi hombro. Un guardia de seguridad, me advierte que baje la voz o tendré que salir del recinto en ese momento. Levanto mi dedo índice y pido solo un minuto.

—Disculpe mi manera de hablar, pero le juro soy soltera. Jamás me case, ni comprometí, es más no tengo novio,... ¡si hasta soy virgen! Le ruego me crea —Estoy temblando y ahora sí noto que estoy perdiendo los modales. Tengo ganas de romper todo y gritar, no puedo controlar más mis ganas de llorar. Una lágrima escapa, la limpio rápido con mi mano.

—Bueno señorita, aquí le anoto el nombre de su NO esposo, hablelo con él y arreglen sus asuntos —y si los estaba por perder, a mis modales me refiero, en ese instante los pierdo por completo, y lejos estoy de encontrarlos nuevamente.

Estoy furiosa e indignada y escupo toda la mierda que venía conteniendo —¡Que no soy casada! ¡ESTUPIDA MUJER DE LENTES DE VIEJA! —grito a todo pulmón antes de ser sacada a la fuerza del Banco.

«Desgraciados»

Miro el post it amarillo que hay en mi mano.

Federico Betner, debo conseguir la dirección de este hombre. Todo es muy raro, estas cosas no pasan, bueno o no deberían pasar.

Esa noche en la seguridad de mi hogar, salgo del baño, ya con mi pijama puesto y una toalla en la cabeza. La ducha de hoy duró más de lo que acostumbro. Pase cuarenta y cinco minutos bajo el agua tratando de limpiar esa mezcla de frustración y enojo, con la música a todo volumen.

Hay días como el de hoy, en el que disfruto el tener música en el baño. Un capricho un tanto excéntrico de mi tío, el cual adopté yo también. Menos mal que en casa hay dos retretes, porque con este chiche, demoramos bastante más de la cuenta en bañarnos.

Entro en mi dormitorio.

En la puerta aún continúa un cartel desde mi rebelde adolescencia, PROHIBIDO ENTRAR, recuerdo con humor el día que lo martille en ella, es que sino el tío jamás se hubiera dado cuenta que ya no era una mocosa de siete años. Y seguiría entrando sin golpear a traerme chocolate caliente a la cama en las noches de invierno.

Amo al tío, ¡que viejo lindo! Lástima que nunca se casó, es que antes todo era más complicado. Seguro sus padres lo hubieran catapultado. En esa época, había que hacer lo que Dios mandaba, casarse, tener hijos, ir a misa y tener un trabajo odioso de ocho horas.

De esa forma prefirió seguir soltero, mejor dicho “solterón”. Y dedicarse a su pasión, que es la cocina y la repostería. “Open mind Vickita, no todos tenemos los mismos gustos.” Acostumbra a decir moviendo mucho sus manos.

Al tío le debo mi vida. Sus historias antes de dormir, el permitir acurrucarme junto a él cuándo mis pesadillas me despertaban. Tardes de lluvia y rompecabezas, en fin todo; madre, padre, tutor amigo.

«Todo»

¿Qué si el tío es gay?

¿Importa?

¡No! Claro que no.

¿Importa si les cuento que es repostero, y que sus pasteles de boda son los más bellos?

¡Sí! ¡Claro que eso importa! ¡Cocina de re chupete!

Prendo el ordenador, Google.

Escribo el nombre, Federico Betner Montevideo-Uruguay espero, y espero un poco más a que la mula se tome su tiempo. ¡Bingo!

Betner & Asociados.

¿Una empresa? Sigo más abajo y veo el portal de un diario.

*\*Arquitecto Federico Betner junto al Economista Manuel Cortes en la inauguración de Represa Hidroeléctrica\** En la fotografía se ven a dos hombres jóvenes. Ambos muy guapos, uno de ellos de tez blanca y cabello oscuro, el otro castaño claro, casi rubio, de piel dorada y ojos azules «Lindos» ¿Son altos? Sí, creo que sí. Tienen espaldas anchas, ¿serán rugbiers? ¡Basta Victoria eso no importa!, solo necesitas llegar a él para arreglar el no “matrimonio”. Me pregunto cuál será mi esposo.

«¡El rubio espero!» ¡Shhh! ¡Basta! siempre esa maldita voz de mi cerebro que opina por mí.

Continúo buscando hasta dar con lo que necesito, los datos de contacto de la empresa, teléfono y dirección. ¿Llamaré ahora? No son las nueve de la noche, solo debe de estar el portero.

¿Y si pregunto por el supuesto Federico? ¿Trabjará allí? o solo será una casualidad. ¡Qué relajo! mi vida ya estaba patas para arriba, como para esto. No necesito una preocupación nueva.

Nota mental, leer algún libro de metafísica sobre actitudes de vida. Seguramente estoy enfocando mal mi energía y debo atraer solo lo malo. Sip, algún libro de esos que tiene el tío sobre ley de atracción y otras cosas.

Disco el número de la empresa, una grabadora contesta.

*Bienvenido a Betner y Asociados, nuestro horario de atención es de Lunes a viernes de 8 a 17 horas. Si desea puede dejar un mensaje luego de la señal.*

Cuelgo. No pienso dejar un mensaje, mi voz tartamuda, intentando explicar el cuento que busco a mi supuesto esposo. ¿Para ser el cotilleo de todo el mundo en la oficina?

No ni loca.

Golpean mi puerta, es el tío.

—¿Prohibido entrar, puedo pasar?

—Sí tío, pasa.

Asoma su pelada cabeza con anteojos dorados. —Mi niña está la cena pronta y calentita, lasagna, tú favorita.

Que rico, ya siento el olorcito subir por las escaleras. Mi boca se hace agua, amo las pastas.

—Voy en un segundo.

—Te espero pochoclitita —me tira un beso por el aire y se marcha. Me rugen las tripas, no he probado bocado en todo el día. Una rica cena después de un nefasto día, es el broche final antes de archivar este capítulo.

## Capítulo 2

Ocho de la mañana.

Me encuentro parada en la acera. Es un día muy frío, tengo la nariz congelada. Pese a mi gorro blanco con pompón, guantes y bufanda, los dientes me tiemblan. Miro el moderno edificio de cristales espejados, ubicado en plena Ciudad Vieja, sobre las puertas reluce un cartel de bronce lustrado *Betner & Asociados*.

Así que tomo coraje. «Coraje... ¿coraje estas ahí?» Cri cri cri cri.

Definitivamente no está. Mi coraje quedó en casa, tapado con las mantas hasta la cabeza para que no lo encontrara.

Estoy nerviosa, no sé con qué o mejor dicho con quién me voy a encontrar. Hora del show, tomo una profunda respiración, cuadro mis hombros con actitud y me mando puertas adentro.

Al ingresar me envuelve un cálido calor y un aroma a vainilla. Frente a mí hay un mostrador con un guardia de seguridad. Al verme entrar, éste se pone de pie dejando de lado su tarea «leer el periódico» y me da los buenos días.

—Buenos días, busco al señor Federico Betner —respondo.

—Por favor dígame su nombre.

—María Victoria Rodríguez —mientras ingresa mis datos en el ordenador, doy una mirada a la recepción.

Pisos blancos con muchas obras de arte. Hay cuadros del artista Torres García colgados en las paredes, y sobre algunos pedestales hermosas esculturas en cerámica, uno de ellos, un toro pintado en geométricos tonos tierra, en otro pedestal una especie de personita con una gran máscara de murguero, sus colores imitan al cuero marrón, todo muy elegante y regional.

—Perdón, pero no la veo con cita agendada para hoy —el guardia interrumpe mi momento.

—Es que no la tengo. Él no me conoce, pero necesito hablar por un asunto urgente.

—Disculpe joven pero el señor Betner no atiende a nadie sin cita previa. Le solicito amablemente, que llame mas tarde y hable con su secretaria.

—Pero usted no entiende, necesito hablar con él, es muy importante.

—Solo cumplo órdenes, le pido se retire.

—No. No iré a ningún lado hasta poder hablar con él —cruzo mis brazos y elevo una de mis cejas.

—El Arquitecto Betner no ha llegado aún —señala la puerta de salida con sus manos, y continúa. —Llame más tarde para concretar una reunión.

Giro sobre mis talones sin pronunciar palabra, pero en vez de salir, tomo asiento en uno de los sillones de la sala de estar. No me marcharé hasta arreglar el asunto.

El hombre me mira molesto, no dice nada más, solo toma asiento y continúa con su trabajo.

Una hora más tarde ingresa uno de los hombres de la fotografía del diario. Tiene cabello oscuro, es alto y elegante, viste traje oscuro, camisa gris, corbata negra y un maletín de cuero. Saluda amablemente al guardia dándole la mano y se dirige a los ascensores sin reparar en mi presencia. Tengo que actuar, ¿será él?

Solo tengo una opción, me pongo de pie y grito.

— ¿Señor Betner? —Voy detrás, si es este el sujeto no se escapará hasta arreglar el mal entendido.

El caballero me mira y sonrío. Es tan lindo, ...¡Basta Victoria, quizás sea hora de buscar un novio. Porque no vinimos a mirar a hombres lindos! irrumpe mi conciencia. «Conciencia perraca»

—¿Disculpe es usted el señor Betner? —el molesto guardia de seguridad está en mis talones nuevamente.

—No se preocupe García, deje a la señorita —el apuesto hombre da una mínima señal con la cabeza suficiente para que el guardia asienta y vuelva con su tarea. La cual sería continuar ¿leyendo el periódico?

«¡Eso es García! Vuelve a tu lugar» esa fue mi conciencia nuevamente.

—Disculpe que lo moleste señor Betner. Mi nombre es María Victoria Rodríguez, en el día de ayer solicité un préstamo en un Banco, pero me lo negaron porque figuro estar casada con usted. — Suelto todo lo más rápido posible para que no se me escape.

El joven sonrío con satisfacción. No me importaría ser esposa de un pedazo de hombre como este. Por fin tiende su mano para saludar y presentarse.

—Buenos días soy Manuel Cortes, el socio de Betner. Acompañeme por favor.

Llega el ascensor y Cortes hace una seña con su mano, indicando que pase primero «Tan caballero»

Dentro del reducido espacio, los nervios vuelven. Mi panza hace ruidos, tengo calor. Aflojo mi chaqueta y quito mi gorro, trato de acomodar mi cabello, no lo logro.

El hombre me observa en silencio, no quiero ser paranoica pero me estudia, puedo sentirlo. Finalmente el ascensor se detiene en el sexto y último piso. Nuevamente permite que baje antes que él. Llegamos a una lujosa recepción, todo alfombrado en rojo, esculturas de bronce y hermosos cuadros. Caminamos hasta su oficina.

—Tome asiento por favor —dudo, no estoy segura si estaré haciendo lo correcto. Finalmente dejo caer mi trasero en la silla, frente a su lujoso escritorio. Cortes desabrocha los botones de su saco y toma asiento.

— ¿Victoria, te puedo tutear?

—Si claro.

—Bien Victoria, lo que me trataste de explicar ¿es que figuras casada con mi socio? —sin éxito trata de ocultar una sonrisa.

«Chistoso»

—Si exacto.

— ¿Tú lo conoces?

—No, claro que no. Ayer en el Banco, me dio su nombre la empleada que me atendió. Ella me puso al corriente sobre el error en mi estado civil, cuando pidió la firma de mi “cónyuge” —me inclino sobre el escritorio y apoyo mis antebrazos en él. —Estoy desesperada, anoche en google conseguí los datos de esta empresa. Y había una foto suya y de mi supuesto esposo, solo que no sabía cuál era cual —respiro, creo que hablé sin pausa, ni oxígeno de por medio.

—Comprendo, dame un minuto por favor —toma el teléfono de su escritorio y disca un interno, espera, mientras me observa. Cuelga y llama a otro número.

—Buenos días Nadia ¿Federico ya llegó?

—Señor Cortes, el Arquitecto está en su oficina con la señorita Ximena Roux, pidió que no se lo moleste.

—Bien entiendo, descuida. Luego lo llamo a su móvil, gracias —cuelga, apoya los codos en la mesa y entrelaza sus manos, piensa.

—Victoria, mi socio está reunido en este momento. Dame tu móvil, te prometo que en cuanto me comunique con Federico te llamaré.

—Es que estoy sin móvil por el momento, ayer me lo robaron —hago una mueca de lado ¿completita la chica a más no poder! Oh sí.

—Bueno, entonces el de tu casa —Sí, ese si lo tengo «mientras pueda seguir pagándolo» pienso.

Intercambiamos números, me entrega una tarjeta personal, y me marcho. Igual a como llegué, llena de nervios, con un nudo en el estómago y ¡CASADA!

El día transcurre tranquilo. A pesar del frío, el día está lindo y soleado. Con mi tío, entregamos dos pasteles en nuestra camioneta, la pobre cada día cruje más ante el mínimo bache.

Cuando llegamos finalmente a casa, tomo una ducha y me visto con ropa cómoda. Me dispongo a estudiar para un parcial, que tengo en la universidad la próxima semana.

Trato de no salir mucho de casa por si llama Betner. Deseo de una vez por todas poder aclarar el asunto.

Son las seis de la tarde cuando llega Daniel Flanginsky, amigo del barrio y médico personal de Lechuga. Mi perro ama a Daniel. Mueve la cola y salta tratando de llamar su atención. Sinceramente creo que si Lechuga hablara, yo quedaría en segundo lugar en cuanto a la visita, los imagino hablando sobre fútbol, lucha, mujeres y... ¿perras? Es que estos dos sí que se entienden.

Preparo unos capuchinos, y saco una lata de galletas con chispas que preparé hoy temprano. Daniel agrega unos leños a la estufa. Me encanta el crujido de los leños al fuego, es un sonido que me relaja por completo. Nos sentamos, y hacemos lugar en la mesa que se encuentra tapada de papeles de estudio. Mi amigo da un sorbo a su café.

—Mmm ésta mierda cada día te queda mejor —reímos.

—¡Daniel eres tan boca sucia! —lo reprendo en broma. Sé que mi amigo no puede hablar sin tirar algún comentario de los suyos.

—¿Te lavaste las manos antes de comer? —lo miro con el ceño fruncido, sé que pasa el día entero en el trabajo tocando animales, así que siempre le doy lata al lavado de manos.

—No... y eso que hoy asistí a una vaca al parir —mira su mano, la huele y luego me la pasa por la cara. Reímos.

—¡Huuug cochino! ¿Es verdad que le metiste el brazo en el trasero a una pobre vaca?

—No, hoy no pichona. —guiña su ojo.

La tarde pasa volando. Charlamos de Sofía, nuestra amiga que se encuentra de viaje. También de Samuel, primo de Daniel que está terminando de edificar una casa en Punta del Este, así que pronto tendremos fiesta de inauguración.

—Con un poco de brandy quedaría aún mejor —lanza mi amigo mientras da otro trago a su segundo súper café. Asiento con un movimiento de cabeza, seguramente el alcohol tenga un toque especial. Meto una galleta de chispas de chocolate en mi boca.

Daniel es genial. No solo es buen amigo, sino que también un gran médico veterinario. Tiene varias clínicas en Montevideo y es muy respetado en su profesión. Siempre que podemos nos hacemos de un momento para charlar.

—¿Y el viejo? —se refiere al tío, ¡otro que ama a Danielito! Se desvive por prepararle su comida favorita cada domingo que viene por casa. Para el tío sigue siendo un chicuelo fanático de las tortugas ninjas, ese que venía por las tardes a ver los dibujitos animados conmigo.

—En el club social, compartiendo sus “actividades” —pronuncio haciendo comillas con mis manos. Daniel suelta una risa, sabe bien que el club social significa reunirse con otros viejetes a tomar una grapita y jugar a las cartas, ¡así es!, se juntan a comer, tomar y hablar del vecindario. Pero si así son felices ¡salud por ellos!

Continuamos charlando animadamente, contándonos anécdotas y chistes. Siempre termino llorando de la risa con sus ocurrencias. Estoy con la boca repleta de galletas cuando suena el timbre. Lechuga comienza a ladrar en la puerta, eso significa que quien sea que esté fuera no es conocido. Sino ya estaría meneando su cola para todos lados feliz de tener visita. Salto de mi silla aun riendo, tratando de no escupir migajas mientras abro la puerta.

Dejo de masticar y repentinamente mi boca se seca.

Si el pecado tuviera rostro y cuerpo sería así sin dudas. Mis hormonas comienzan a patallar.

«Shhh quietas» trato de calmarlas.

Ante mí, un espectacular Adonis espera impaciente.

Espalda ancha, traje de corte perfecto negro, camisa de un tono rosa claro y lentes de sol modelo aviador Rayban. Inquieto, pasa su mano por sobre su claro cabello, mientras comprueba la numeración de la casa.

«Ansiedad»

Alto, muyalto y elegante. Mi boca cae abierta por el asombro y mi cerebro late. El primer



botón de su camisa se encuentra desprendido, por lo que percibo el bello de su pecho.

«Apuesto huele de maravillas, a perfume caro y testosterona»

—¿María Victoria Rodríguez? —Su voz. ¡Ronca y varonil!

—Ahaam —respondo tímidamente tragando rápido el resto de chispas de chocolate y migajas.

Finalmente mi transmisión neurona a neurona se restablece. Caigo en la cuenta de quién es el caliente y sexy individuo.

Dios mío. ¡Betner! ¿Pero qué hace en mi casa? Mi muy humilde casa, ¡qué vergüenza!

La pintura de las paredes descascaradas, humedad en el techo, un tiradero de libros y apuntes en el suelo. ¡Por qué tuvo que venir! Y ¿Cómo consiguió mi dirección?

—Buenas tardes soy Federico Betner —comenta mientras retira sus gafas para el sol «mierda» ¡Sus ojos!, son azules, los ojos azules más perfectos que jamás vi. —Mi socio me habló de usted, ¿puedo pasar un momento? —aclara, mientras descaradamente observa y repara en todos los detalles de mi casa. Espero me dé la mano como saludo pero no lo hace, solo se limita a escrutar mi persona con cara de pocos amigos.

—Bueno sí, adelante —me hago a un lado para que ingrese.

Mi atuendo da pena, ¡y mucha pena! Pantalones ajustados de yoga color gris, pantuflas con forma de osos gigantes y una camiseta de algodón roja. Un pequeño detalle, bueno, no tan pequeño; estoy sin sostén. Poco serio hablar con este look.

Lo hago pasar y lo guío hasta donde se encuentra Daniel. Éste cuando me ve entrar con un hombre se pone de pie marcando el territorio como suyo. Se dan la mano.

—Buenas tardes, Federico Betner —se presenta el intruso.

—Flanginsky —si las miradas lanzaran rayos laser ¡Betner estaría carbonizado!

Mi amigo lo mira con el ceño fruncido, sé que en el fondo Daniel siempre estuvo enamorado de mí. Claro que nunca lo mencionó, sabe que la amistad es la mejor forma de estar a mi lado sin asustarme.

He tenido problemas para relacionarme con el sexo opuesto. En terapia me dijeron, que viene relacionado al abandono de mi madre a temprana edad. El no tener un referente femenino ha creado un complejo de inseguridad en mí. Sé que soy bonita, en la calle me lo dicen todo el tiempo, mi cabello castaño tirando al rubio, ojos verdes los días nublados y café los de sol. Según los hombres tengo ojos de gato, mejor dicho de gata, por la forma rasgada. Mis compañeros de clase mueren por invitarme a salir, pero no, no puedo. Lo he intentado con algún chico lindo, ir al cine, o a cenar. Pero no pasa más de besarnos y hacer manitas en el coche. Nunca. Solo entre las cuatro paredes de mi hogar encuentro la seguridad y contención que hacen sentirme en paz, con el olor a café y pan recién horneado del tío.

«Estoy jodida»

—Tome asiento por favor —pido de forma educada, muevo mis apuntes a un lado para dejarle lugar. Generalmente soy una persona tranquila y amable, pero esta presencia me altera, estoy nerviosa.

Daniel no entiende quién es este hombre. Nadie salvo yo sabe sobre mi “situación matrimonial”, por esa misma razón, se pone de pie me da un casto beso en mi mejilla y se marcha.

Tomo asiento frente a Betner. Se encuentra serio y rígido, debe tener miedo de impregnar su traje de diseñador con olor a pobre.

Lechuga lo mira con postura de perro de caza. No le gusta, solo espero no haga ninguno de sus atentados meando su pierna o algo peor.

—¿Quiere un café? —ofrezco amablemente, mientras le doy un sorbo a mi capuchino.

—No, gracias. Hablemos de una vez. Mi socio me puso al corriente sobre el asunto. Quiero escucharlo de usted, y ver qué acciones seguir luego que se me informe de la situación.

—Bueno, pienso igual que usted. Créame que fue un balde de agua helada encontrarme con esta noticia. El día de ayer fui al banco por un trámite personal, a la hora de concluir me entero ¡que falta la firma de mi esposo! Cuando trato de explicar que soy soltera, me sacan a la fuerza de la institución. Esto no me gusta para nada, es una pérdida total de tiempo.

—¿En qué banco fue que ocurrió ese suceso? —no me gusta este individuo, por más guapo que sea, me da mala espina «engreído y sin gracia»

—¿Eso importa?— respondo un tanto altanera.

—¡Por supuesto! Necesito investigar junto a mi abogado lo anormal de esta situación —se inclina adelante, entrelaza sus manos y fija su atrapante mirada en la mía. Me cautiva por completo. Lo malo es que el hechizo dura poco, continúa hablando y es como una maquina aplanadora pasando sobre mí —Seré franco con usted señorita Rodríguez. Si encontramos algo turbio, iniciaré acciones legales por fraude y es posible que vaya a prisión.

—¡Pero cómo se atreve a decir semejante disparate! ¿No se da cuenta que soy yo la damnificada? Voy al banco por un simple trámite y me encuentro con el regalito de tener un marido —me pongo de pie tan rápido que derramo todo el capuchino sobre mi ajustada camiseta, el caliente liquido quema mis pechos.

—Mierda, ¡me quemo! —trato de separar la tela de mis tetas, aunque ya estoy empapada y con olor a moka y vainilla.

Betner se pone de pie para separar mis apuntes del derrame. Mientras que con una servilleta intenta secar el desastre de mi ropa, freno en seco mis movimientos y grito.

—¡Pero qué hace! — lo empujo, no sé quién es este sujeto y me está secando la camiseta sobre mis ciento veinte centímetros de busto.

¡Imbécil!

—Solo trato de ayudar.

—Fuera de mi casa degenerado —susurro con tono firme, entrecerrando mis ojos. El arrogante y engreído caballero, hace una mueca de suficiencia y ríe de lado.

—¿Degenerado yo? Quédese tranquila que no es mi tipo de mujer.

¡Si será atrevido! Me paro frente a él, tratando de parecer lo más alta que sea posible, aunque con pantuflas casi no le llego al nudo de la corbata. Y suelto un misil de los míos. No sé porque

pero este individuo no me gusta y no inspira mi confianza.

—Tiene razón. Ahora que lo miro mejor me parece que su tipo no son las “mujeres” con esa ropita rosa tan elegante —hago comillas en el aire cuando pronuncio la palabra mujeres. Sonríe y se aleja en dirección a la puerta.

—¿Gay? ¿Crees que soy gay? —me mira directo a los ojos. —Parece que nunca te deben haber atendido bien para pensar eso. Dime el nombre del banco por favor.

—¡Fuera de mi casa grosero!

—El nombre del Banco ¡ya!

—MVD Bank.

—Te mostraría que tan gay soy, pero no tengo tiempo en este momento. Quizás la próxima. —mira la hora en su caro reloj, me da un guiño y se marcha. Suena como lo que fue, una amenaza.

Una sensual y tentadora amenaza.

¡Imbécil!

Corro hasta la ventana y lo espío. Veo como sube a un impresionante auto gris, creo es un BMW —Hijo de puta... —el olor a perfume caro y masculino me afloja las piernas.

«Y el elástico de mi ropa interior»

¡Porque! Porque Betner tenía que ser tan engreído, elegante, alto, pedante y ¿guapo? No, ni tanto, mi yo interior ríe tirada en el suelo sosteniendo su vientre.

Igual no es mi tipo de hombre, escucho más risas de mi interior.

«Si Victoria miénteme»

¡Shh basta conciencia!

—Buenos días. Soy Federico Betner, vengo hablar con la Señora Griselda Milans.

—La Señora Milans lo espera adelante.

Camino directo a la oficina de mi gran amiga y Gerente General del MVD Bank. Trataré de arreglar lo antes posible, el tema del no matrimonio con la mocosa atrevida. Por suerte para nosotros, soy un gran e íntimo amigo de ella.

—¡Fede mi amor! —como siempre mi “amiga” está impresionante. Falda tubo negra, camisa ajustada blanca y tacones hiper altos. Tiene 42 años pero no los aparenta en nada. Me encanta su estilo, tiene el cabello negro tirante en un apretado moño, y los labios rojos pasión. Esos labios que tantas veces vi rodeando mi miembro, es una loba. No tiene límites, ni en su profesión, ni en la cama. Cuando quiere algo va tras él. «Y lo consigue, por supuesto»

Nos abrazamos y besa mis mejillas.

—¿Que trae por mi Banco a un hombre tan ocupado como tú Betner? —Bueno, admito que no solo vine a deleitar mí vista con tus curvas. Tengo un asunto que solucionar urgente.

Tomamos asiento en su elegante oficina. Por teléfono la puse un poco al tanto sobre el asunto del matrimonio. Pero al ser un tema delicado, por la gran cantidad de dinero que poseo en este Banco, preferí venir en persona.

—Griselda, hay una chiquilla que se presentó en mi oficina diciendo que aquí, figura casada conmigo. También me comentó que la sacaron a la fuerza cuando intento explicar que era un error.

Mi amiga se reclina en su sillón ejecutivo. Ríe al recordar algo.

—Sé de qué me hablas querido, fue el tema de conversación del día. La sacamos a la fuerza, cuando se puso como loca con la empleada que la atendía. Se encuentra todo en video, como sabrás dentro del recinto queda todo filmado, y no como fetiche... —da un guiño recordando algunos de nuestros juegos.

—Quiero ver el video.

—Adelante, ven conmigo.

Salimos de su oficina, y caminamos al ascensor. Bajamos dos plantas hasta llegar al área de Sistemas Informáticos. Desliza una tarjeta electrónica para ingresar a una sala, donde dos guardias de seguridad monitorean las diferentes cámaras esparcidas por el local.

—Buenos días a todos. Él es mi amigo Federico Betner, necesitamos ver la filmación de la chica que ocasionó el revuelo hace dos días y fue sacada. —Ambos guardias sonrían al recordar el asunto.

Debo reconocer que me molesta un poco que se rían de ella. Imagino que cualquier persona en su sano juicio, se debe alterar, si tratan de imponerle algo siendo inocentes.

Tomo asiento frente a un monitor, me entregan unos auriculares para escuchar la conversación.

Ahí está la mocosa, la puedo ver. Se encuentra con su cabello mojado por la lluvia, tratando de explicar que jamás se casó, que no sabe quién soy, que no tiene novio. Esto se está poniendo bueno,

pero la frutilla del pastel es oírle decir que es ¡virgen! Debo acomodar la entrepierna de mi pantalón, tratando de ocultar a mi desbocado miembro, cuando la escucho decir eso.

Es un hermoso espécimen de fémina. Su pelo tiene un movimiento en ondas que le da un look salvaje, sus labios fueron una de las cosas que más atrajo mi atención, son rojos y carnosos, como si acabaran de ser besados con fuerza. Claro está que sus labios y sus tetas fueron las cosas que atrajeron mi atención. Cuando derramó el café sobre su ropa sus pechos quedaron marcados a la perfección, no usaba sostén y sus pezones erectos se transparentaban. Tetona y de labios gruesos, todo un pecado para la imaginación masculina. Enterarme que es virgen no ayuda mucho. Nunca tuve a una mujer virgen, ¿que se sentirá?

Ese cuerpo nunca antes explorado. «Me intriga y mucho»

—Suficiente... —me pongo de pie. —Griselda necesito copia de la filmación. También los datos de la chica y todo lo que puedas brindarme.

—Todo lo que necesites —responde ella dándome un guiño.

—Hoy viernes, mi abogado está en Buenos Aires, pero el lunes a primera hora ajustaremos este asunto. No sabemos de dónde se arrastra esta equivocación. Solo espero que se resuelva sencillamente. No me da la impresión que sea una estafa.

—Tampoco me da esa impresión. De lo contrario la chica no se hubiera puesto tan molesta. En fin ya veremos, investigaré el error personalmente.

Salimos de la oficina y nos despedimos con un salvaje polvo en el ascensor. Quedamos de vernos la próxima semana, cuando su marido esté de viaje.

En la soledad de mi departamento. No puedo quitarme la imagen de esa mujer de mi mente. Sus labios, sus pechos y esos ojos gatunos. ¿Qué estudiará? Supongo algo de letras. Tenía una gran cantidad de papeles y notas. Creo haber visto algo sobre el filósofo Kant.

Estoy sentado frente al ventanal, contemplando la nada. Mi departamento se encuentra en un décimo piso. Frente a mí, la playa con la inmensidad del mar, son mi cable a tierra. Es tarde, más de la una de la madrugada, voy por el whisky número tres. Camino al sillón, tomo asiento. Continúo pensando en lo mismo «Victoria» todo el puto día pensando en ella.

«Es muy sexy» Su pantalón de yoga, y esa camiseta ajustada sin nada debajo.

Hago girar mi vaso, el hielo tintinea. Mi mente no me deja en paz, continúa con lo mismo. Necesitaba un préstamo de diez mil dólares, ¿qué sucederá en su vida? ¿Para qué el dinero?

Me intriga, ¿me pregunto que estará haciendo en este momento? Un viernes a la noche. ¿Saldrá a bailar, o quizás al cine?

No puedo parar de imaginarla en su cama, como una buena niña de braguitas estudiando para sus clases.

¡Basta! No me interesa lo que haga esa mujer ¡ni la conozco!

Sin darme cuenta estoy duro nuevamente. Dejo mi vaso sobre la mesa y bajo la bragueta de mi pantalón. Libero mi abatido miembro. Comienzo acariciarlo suavemente.

Dejo caer mi cabeza para atrás, muevo mi pellejo de arriba abajo. Imagino que son esos carnosos labios los que acarician mi falo, o que me masturbo entre sus tetas mientras ella se las aprieta para darme más placer.

Cierro los ojos acelerando el movimiento de mi mano más y más. Hasta que finalmente la veo, está frente a mí, de piernas abiertas, tocándose el clítoris. Desliza la lengua por su labio inferior, se aproxima y se coloca a horcajadas, la penetro de golpe, ella entreabre la boca con un gemido. Me dejo ir; me vengo, en mi mano, en mi living «solo» no sé qué carajo me está pasando. Soy un hombre de treinta y dos años, activo sexualmente. No un adolescente pajero que fantasea con mujeres menores que él.

Intento no pensar mucho en mi comportamiento. Camino tratando de no derramar nada del pegajoso desastre, directo al baño, por una ducha. «Fría»

Miro el reloj, ya la una de la madrugada y aun no puedo dormir. Rodeada de papeles, continúo estudiando para mi parcial.

Estoy congelada, ¡esta casa es muy fría! Ni los dos pares de medias que tengo puestos, ni el pijama de franela me hacen entrar en calor.

Quizás lo que necesito es un hombre. Uno arrogante, atlético y musculoso, para que me estreche en sus brazos, mientras me susurra palabras calientes al oído. Seguro que de esa forma sí entraría en calor.

¡Segurísimo!

Sonrío por mis pensamientos ¡basta Victoria! Me lo digo a mi misma. Sola estás mejor, los novios complican y sacan tiempo. Me gusta la libertad, mentira, ni yo me lo creo.

«De veras»

Bajo la escalera, voy en busca de un chocolate caliente y un trozo de pastel de limón, que hay en el refrigerador. Tomo asiento frente a la mesa de la cocina. Lechuga se acurruca junto a mí.

Pruebo el chocolate. Humeante, delicioso espeso y caliente; mmm tal como me gusta. Paso mi lengua sobre mis labios, para limpiar el resto de pegote que queda.

Muerdo el trozo de pastel, dejo escapar un gemido. Es suave como el terciopelo, la crema blanca de limón chorrea, paso mi dedo por ella y lo chupo. No me puedo contener. Quiero más y más, en mi boca la textura cremosa acaricia mi lengua. La sensación de placer me inunda, no paro, sigo hasta devorarlo todo. Quedo agotada, luego del banquete me dejo caer en mi cama extasiada. No sé qué me pasa, ¡jamás me levanto a comer de noche! Pero bueno, ahora sí, panza llena y a dormir .

## Capítulo 3

Nuevamente amanece lloviendo a mares.

Tomo una ducha, como todas las mañanas. De bóxer, camiseta blanca de manga corta y descalzo voy a la cocina. Me dispongo a preparar mi café, un ritual para nada sencillo, tiene que ser simplemente ¡perfecto!

Cargo la maquina exprés con una de capuchino. Introduzco dos panes en el tostador y busco el periódico en la entrada de mi puerta.

Hace calor, la calefacción central del edificio está dispuesta de tal forma, que si quisiera, no me enteraría que estamos en pleno invierno. Camino por mi silencioso departamento sin un rumbo definido. Enciendo música, Celtic Woman, una hermosa melodía tocada únicamente a violín, comienza a salir de los parlantes que hay a lo largo del piso. En contra de lo que debo hacer me dirijo a mi escritorio. Enciendo mi ordenador, Facebook buscador.

«María Victoria Rodríguez»

¡Scheiße!

Hay muchas. No tiene segundo apellido, eso dificulta mi búsqueda. ¡No entiendo porqué la busco! Si no me interesa nada de ella, solo ajustar el tema de mi soltería.

«¡Lo juro!»

Tomo el celular, busco él número y presiono llamar.

Suena una vez... dos... tres —Hola —una voz de hombre mayor atiende ¿será el padre?

—Buenos días, ¿podría hablar con la Señorita María Victoria?

—¿De parte de quién? —preguntan del otro lado animadamente.

—Federico Betner —Espero. Se escuchan voces de fondo hasta que finalmente ella toma el teléfono.

—Hola.

—Buenos días Victoria, ¿cómo estás?

—Bien, ¿qué necesita? ¿Porque llama tan temprano? —miro la hora y «mierda» son recién las ocho de la mañana.

—Disculpa, ¿te desperté? ¿O a tu padre?

—No, para nada, yo estaba estudiando y mi tío es un madrugador innato. ¿Dime en que te puedo ayudar? —La mocosa es cortante. Únicamente le interesa el motivo de la llamada ¡pero no tengo uno! solo ¿hablar? Que idiota eres Federico, inventa algo ¡YA!

—Victoria, llamo para invitarte a almorzar. Me gustaría discutir tranquilos algunos asuntos sobre el Banco ¿puedes?

—Mmm si puedo. —Duda al responder «trabajo de hormigas Betner» dejo escapar el aire de



mis pulmones. Increíble pero estoy nervioso, siento alivio.

—Bien, entonces paso por ti ¿a las doce? —como en los negocios trato que la persona piense lo menos posible, así mayor probabilidades de que un *sí* salga como respuesta.

Pero en este caso soy sorprendido con una contraoferta.

—No, mejor nos encontramos en algún lugar.

—Disculpa Victoria, pero insisto. Paso por ti, afuera llueve mucho.

—Mira Federico, no es necesario que actúes como caballero. Esto no es una cita ¿ok? —Una sonrisa se dibuja en mis labios, cuando escucho mi nombre salir de su boca «Fascinante»

—Entendido —sí, ya sé que soy un pollerudo. Es innegable que esto será una tarea difícil. Propongo un lindo Restó en el barrio de Pocitos. Donde la comida es deliciosa y el lugar lo suficientemente íntimo como para poder hablar tranquilos.

Nos despedimos, cuelga antes que yo. Eso no me gusta y hace que me sienta tan estúpido. No entiendo qué está pasando dentro de mí, pero es seguro que nada bueno.

Voy por mi capuchino. El olor a café, me hace pensar en la mujer con la que estoy “casado”. Su casa olía a café y ella también una vez que derramara el suyo sobre su ropa.

Esa mujer me tiene a mal traer. Soñé con ella, y ahora la invito a almorzar. Me inquieta ¿no sé porque llama mi atención? es bonita ¡sí, lo admito! y sexy, pero no más que las tantas mujeres con las que acostumbro a salir.

Es sencilla y creo que ni siquiera le simpatizo ¿será eso lo que me gusta? «Un capricho tal vez»

Betner me invita almorzar. Espero que ya tenga una solución para el “asunto”. Comienzo con el apronte. Es raro, pero me encuentro nerviosa. Sé que no es una cita, pero no puedo evitar encontrar a este hombre intimidante y sexy a la vez.

Tomo una ducha bien caliente para aflojar mis músculos. Opto por un bonito jean que realza mi trasero, mis botas Caterpillar de cuero claro, y un buzo escote V color manteca. Termino el look con un pañuelo al cuello animal print. Me veo bien, casual y discreta a la vez. Frente al espejo del baño le doy volumen a mi cabello y coloco mascara en mis pestañas. Como el día está nublado, mis ojos están más verdes que de costumbre. Un toque de perfume Red Door detrás de mis orejas y listo, salgo para la reunión. Admito que no entiendo por qué me tome tanto trabajo en quedar presentable, si al final no volveré a ver a este hombre jamás.

«Mierda»

Coloco mi sacón color chocolate, mi bolso y marchó al encuentro. Camino a la parada del autobús, la lluvia no para ni por un segundo. Intento evitar los numerosos charcos que se forman, mi nuevo paraguas transparente y yo subimos al bus, tomo asiento junto a una viejecita. Me observa, la anciana no para de mirarme, y por momentos me incomoda. La miro y sonrío, a ver si con eso detiene su “acoso”, no entiendo porque tanta insistencia. La señora habla finalmente.

—Tu ángel de la guarda se encuentra feliz y quiere que sepas que no debes temer, a lo que está por llegar. Dice que abras tu corazón a lo nuevo —giro mi rostro para enfrentar a la impertinente

señora, se parece a la viejecita de la película Titanic. Cabello blanco y ojos azules, los más azules que jamás haya visto. Siento que puede ver en mi interior, y es muy perturbador. Por suerte llego a destino, me pongo de pie y desciendo.

Cuando ingreso, el lugar está muy concurrido. Hay personas esperando mesa y camareros que van y vienen. Busco entre la multitud hasta dar con Betner. Está sentado sobre el final del salón comedor mirando algo en su celular, camino al encuentro.

—Buenos días.

Se sorprende, sonrío de lado y se pone de pie para separar mi silla de la mesa. Madre mía ¡que guapo es! Hoy se encuentra con vestimenta casual. Muy distinto de cómo se presentó en mi casa, jean con una camisa celeste clarito, su pelo castaño tiene un libre movimiento y esos ojos azules, simplemente matan. Pero lo peor de todo, es su perfume. Los perfumes son mi debilidad y Betner es un desgraciado por oler tan bien. Tendría que tomarme una foto con él, pienso. Así se la puedo mostrar a Sofí mi mejor amiga cuando ésta vuelva de su viaje por Europa «¡Así es Sofía, figuro casada con un bomboncito de hombre!»

Tomamos asiento uno frente al otro.

—¿Qué te gustaría tomar Victoria? —apoya sus antebrazos sobre la mesa y arrima su cara a la mía.

—Agua por favor.

—¿Agua? ¿De veras? —Está desconcertado, su sonrisa se esfuma.

—Si agua está bien para mí.

—¿No te gustaría compartir una botella de vino conmigo? —propone seductoramente, y una luz roja de alerta se enciende sobre mi cabeza. «Peligro»

—No gracias, no tomo alcohol —me estudia sorprendido. ¡Claro que tomo alcohol! pero en este momento necesito tener la mente limpia y no crear tanta confianza.

Betner llama al camarero y pide nuestras bebidas. Ojeamos la carta en un incómodo silencio. Ver el menú me produce gastritis, los precios son desopilantes, ¡treinta dólares un plato de pasta! Madre mía, no estoy segura de cuánto dinero tengo en mi bolso.

—Te recomiendo el pescado con verduras al wok y salsa de limón, claro que esa opción es si te gusta el pescado.

—Si el pescado está bien, gracias —luego veo cuánto cuesta ese plato, me saldrá caro el almuerzo de hoy. Pero con la vista que tengo, bien vale unos billetes de más.

Noto a Victoria lejos muy lejos. Se está tomando el almuerzo como un trámite. Se encuentra inquieta por irse, tengo que tomar las riendas de la charla y así guiarla a mi objetivo.

—¿Que estudias Victoria? Vi muchos apuntes en la mesa, cuando fui a tu casa —lanzo la pregunta mientras corto un trozo de pan y lo unto con mantequilla de ajo. Me observa curiosa, cruza sus largas piernas y toma un trago de agua.

—Psicología, estudio psicología.

—Interesante, ¿en qué año estas?

—Cuarto, casi quinto —Psicóloga y sexy ¡lotería!

—Yo soy Arquitecto —suelto, tratando de iniciar conversación.

—Interesante —no da lugar a que pueda entrar en confianza ¡mierda!

—¿Trabajas? —no me deja alternativa que convertir esto en una entrevista y ser yo quien haga todas las preguntas.

—Sí, tengo un negocio gastronómico.

—¿Un catering?

—Sí... bueno, no exactamente, en realidad me dedico a repostería.

—¿Tienes una tienda?

—¡No que va! Hago las entregas de los pasteles que hace mí tío. Pero estoy buscando otro tipo de trabajo, uno de ocho horas.

—¿Pero, y tus estudios?

—Mis estudios tendrán que esperar por un tiempo.

—¿Estas con problemas económicos?

—Eso es privado.

—Entiendo, disculpa. Es que como fuiste a pedir un préstamo al banco, quizás estuvieras con algún tema de dinero.

Pero ella cambia el rumbo de la conversación de súbito. También su porte, se sienta más recta, se nota que está a la defensiva.

—Dígame Señor Betner, ¿para qué quería reunirse conmigo? ¿Tiene alguna noticia sobre el error del banco?

—¿Apurada por marcharte?

—No veo el motivo para estar reunidos salvo ese asunto —es muy sincera, «demasiado»

—Aun no tengo noticias sobre lo del banco. Pero viendo que por el momento eres mi “esposa”, no veo nada de malo en almorzar juntos —Lanzo con mi mejor cara patentada de galán.

—Mire Señor Betner.

—Federico, por favor. Llámame Federico —es tan exótica, se la ve molesta. Mantiene un brazo sobre la mesa, justo debajo de sus pechos, mientras que con la otra realiza movimientos en el aire tratando de captar mi atención. Y sí que lo logra. Solo, que lo que llama mi atención son esos ojos gatunos. Pensé que eran color café, pero hoy los tiene verdes. Es bella, lo admito.

—Bien, Federico —retoma su argumento —el que figuremos casados, es solo una cuestión administrativa. No le veo sentido a intentar conocernos, sinceramente no tengo interés en saber nada de ti.

«Sincericidio» ¡Chan!

—Mira Victoria ¿te puedo tutear?

—Sí claro.

—Seré franco contigo, porque te veo apurada por marcharte. Tú no eres mi estilo de mujer. Me

atraen las mujeres elegantes, altas, refinadas con sentido de la moda y de más edad, pero...

Mientras narraba el estilo de mujer que me atrae, o mejor dicho me “atraía” la mocosa asentía y elevaba sus hombros como diciendo «¡no entiendo para que me cuenta esto!»

—Pero como te estaba diciendo Victoria.

—Pero nada Federico. No tienes que decirme todo esto. No es de mi incumbencia tu estilo de mujer, porque no me interesa saberlo —interrumpe.

Retomo.

—Victoria, como te decía...

—Nada, dejemos el tema por acá.

—¡Pero me gustas! —suelto antes que vuelva a interrumpir —Y desde que te conocí, no puedo dejar de pensar en ti, y he visto como treinta veces el video del Banco.

Su boca cae abierta por el asombro.

Justamente proyecto de psicóloga tenía que ser. De seguro este acto mío es una patología, y tiene un nombre raro, de esos que aman usar los médicos.

Me pongo de pie furiosa. Esto no puede estar pasando, es un degenerado. ¡Miró el video de seguridad treinta veces! eso es totalmente insano.

—¿Pero dónde lo consiguió? —esos videos tendrían que ser confidenciales, malditos ricos y sus amistades ¡ricas!

—Contactos —responde de lo más calmado.

—¿Contactos?...¡contactos! —Me estoy enojando ¡y mucho! Trato de guardar el aplomo, estoy en un lugar lleno de personas. No estaría bien visto, que me sacaran por segunda vez a la fuerza de un lugar público.

Por ese motivo, dejo un billete sobre la mesa, tomo mi bolso y salgo del lugar. Betner se pone de pie y grita llamándome. Lo ignoro.

Afuera hace frío y continúa lloviendo.

Al encontrarme cerca de la playa, el viento sopla con fuerza. Con la velocidad de mi escape me doy cuenta que olvido mi abrigo y paraguas. Me congelo, pero no importa, sigo caminando por una calle de la que no sé el nombre en busca de un taxi. Con este clima seguro termino en cama con una gripe. ¡Uuuuh como necesito un móvil! me doy cuenta en momentos como este. Al fin veo una parada de taxis. Me detengo debajo de un techito a esperar que llegue el siguiente. El hombre que se encarga de conseguir los coches pregunta.

—¿Señorita quiere entrar? ¡Se está mojando!

—No se preocupe, estoy bien, gracias. —¡Ni loca!, me metería en ese cuartito, con un hombre que no conozco.

Hoy no es mi día, mejor dicho esta no es mi semana. Intento mantenerme en movimiento para conservar el calor mientras aguardo. Estoy helada, me congelo. Estoy tiritando, los dientes me tiemblan, no puedo dejar de pensar en que para qué cuernos vine.

Soy una tonta, tendría que haber imaginado que algo así podría suceder. Ayer lo dejo claro con su amenaza. Que no me “atendía” porque no tenía tiempo «hijo de puta»

En ese instante un precioso auto gris se detiene frente a mí. Tiene los vidrios negros, de todas formas sé a quién pertenece, lo sé por espiarlo desde la ventana de mi casa.

Federico Betner.

El lunático hombre desciende del coche.

Se protege de la lluvia envolviéndose en su gabardina. Da la vuelta hasta llegar junto a mí.

Se quita su abrigo y me cubre con él. Mi ropa está empapada y adherida a mi cuerpo. Solo espero que los documentos, y el dinero dentro de mi bolso se mantengan a salvo.

—Victoria, subí al auto que te llevo a tu casa. —Ordena.

—¿Qué? Pero se volvió loco, ¡fuera de mi vista degenerado! —señalo con un tono un tanto

chillón para mi forma de ser.

—¡No soy un depravado! —se lo nota frustrado, pasa repetidamente su mano por sobre su cabello. —Solo soy un hombre, el cual se siente atraído por el sexo opuesto, ¿no veo nada raro en eso? —nuevamente, el empleado de los taxis sale de la cabina y nos observa.

—Señorita ya llegó su coche.

—Cancélelo por favor —responde Federico por mí —ella se va conmigo.

¿Qué? ¡Pero qué dice este hombre!

—¡No! no lo cancele —me saco su gabardina de mis hombros y la empujo contra él.

—¿Señorita este hombre la está molestando? ¿Quiere que llame a la policía? —El empleado observa la situación. No sabe cómo proceder. Federico es un hombre grande y alto, le saca más de una cabeza. Duda si hacerle frente o no.

—Cancélelo, ella es mi esposa y se va conmigo —le entrega un billete muy generoso como propina. Luego coloca nuevamente la gabardina sobre mí. Toma mi brazo con más fuerza de la necesaria y con ímpetu, caminamos y me introduce en su coche.

Estoy chorreando agua. Calada hasta los huesos y que hecho humo de la furia.

«Bastardo»

Subo del lado del conductor. Enciendo la calefacción, para que Victoria entre en calor. Se encuentra empapada y helada, coloco un poco de música para calmar a la fiera.

—Te traje el abrigo que dejaste en el restaurante —la leona de melena rubia mira por la ventanilla en dirección opuesta a mí.

—Gracias.

—No es nada.

Y fin de la charla, enciendo el auto y me dispongo a llevarla a casa.

«A mi casa»

No va a ser tarea fácil, pero me gustan los retos y la idea de domar a esta pequeña fierrecilla me atrae, y mucho.

Diez minutos más tarde, presiono el comando a distancia. El portón eléctrico de mi edificio se abre. Entro mi auto.

Finalmente Victoria abre su boca para hablar.

—Federico, no sé qué impresión te he dado. Pero déjame decirte que no soy de esas que se mete en el departamento de un hombre así como así.

La miro divertido, mientras guío mi coche al lugar que tengo designado para estacionar. Apago el motor, desabrocho mi cinturón de seguridad y la enfrento.

—Solo te voy a ofrecer un café y quizás una camiseta seca. Tranquila que esto no es un

secuestro. Puedes llamar a tu familia en cuanto entremos.

—No pedí que me trajeras aquí. —Escupe furiosa.

—Lo sé. Fue mi decisión traerte —está cada vez más enojada, no puedo evitar provocarla, me encanta su enfado.

—No vas a lograr seducirme. Tampoco eres mi estilo de hombre.

—¿Cuál es tu tipo de hombre Victoria?

—Eso no te interesa Federico, solo diré que tú no lo eres.

—Bien, perfecto —no seguiré insistiendo en qué tipo de hombre le gusta. No viene al caso. Desciendo de mi auto y doy la vuelta para abrir su puerta. Solo que no me da lugar. La pequeña mal criada esta fuera antes de darme tiempo a llegar.

Llamo al ascensor y subimos al pent-house. Mi departamento es grande y sofisticado. Cuando entramos Victoria lo observa con asombro.

—Ven. Te mostrare el baño donde te puedes dar una ducha caliente —tomo su mano y la guío por un pasillo, en el que hay un baño social, un dormitorio de huéspedes y mi dormitorio con otro baño dentro. Por un momento entre freno y dudo a cual llevarla. Opto por la decisión más sensata, abro la puerta del baño social y enciendo la luz.

Es grande y minimalista todo en tonos crema con detalles en naranja. Una tina rectangular y muy profunda es la pieza central, sobre la misma hay un duchero en forma de lluvia, de tal forma uno puede relajarse en un baño de espuma o tomar una ducha de cinco minutos. La mampara es de vidrio ahumado, dejando ver únicamente la silueta de quien esté dentro. Ese detalle me pareció muy sensual. Un gran espejo abarca toda la pared y en un extremo de la mesada, descansa una piletta de cerámica, color naranja mandada hacer a medida por una artista local.

Del armario tomo dos toallas. Se las entregó a una asombrada Victoria.

Eleva una ceja y entrecierra sus hermosos ojos.

—No me pienso bañar, ya te voy avisando. No soy una pequeña sumisa para que manejes a tu antojo Betner —deja caer las toallas al suelo en un acto de rebeldía infantil.

La contemplo. Me encanta mirarla. Me recuerda mucho a la actriz Argentina China Suarez, esos ojos con forma gatuna y esa mirada desafiante.

—Estas mojada y helada. —Estoy perdiendo la paciencia lentamente. Continúo —lo más sensato es que tomes un baño y luego te prestaré ropa seca. Prometo no molestarte, la puerta tiene una llave, puedes trancarte si no confías en mí.

—Es que No confío en ti. —Recalca el no. —Y lo más sensato —imita mis palabras, —Es que me dejes marchar a mi casa ahora mismo.

—Lo más sensato, es que tomes un baño caliente. —Fin, mi poca paciencia llego a su fin. Doy un paso hasta quedar a escasos centímetros de ella. Escucho su respiración agitada. Veo un pequeño temblor de frío, y sus labios que se están tornando morados.

Estamos en pleno invierno, y la temperatura de hoy ronda los cinco grados. No es buena idea quedar mojada por mucho tiempo.



—Poco me importa que no confíes en mí. Creo que no he hecho nada malo como para que desconfíes, pero lo acepto. Llamá a tu casa, di mi dirección para que te quedes tranquila —le entrego mi móvil.

Toma el teléfono de mis manos. Nuestros dedos apenas se tocan. Una tensión está aumentando entre nosotros, tengo miedo de no poder controlarla por mucho más.

Disca un número, espera, mientras tanto, no aparta sus ojos de los míos. Está claro que no se fía de mí. Lo bien que hace, es que con ella frente a mí, dentro de un baño, imágenes de ambos en la tina desnudos no paran de llegar a mi mente. Sinceramente, ni yo me fio de mí mismo. Eso me encanta y excita aún más.

Finalmente deja un mensaje —Tío soy yo, estoy estudiando con gente de la facu, cualquier cosa la dirección es Rambla —tapa el auricular con la mano y me pide el número, se lo digo en voz baja.

—Rambla 2367 piso 10 un beso, en un rato estoy por ahí — cuelga y me entrega el móvil. Cuando lo hace, tomo su mano a la altura de la muñeca, ella se sorprende y jadea. La suelto divertido porque la idea es no asustarla o sino saldrá corriendo de mi lado.

—Bien, ya no corres riesgo de que esto fuera un secuestro. Ahora... tomarás tu baño caliente por las buenas, ¿o tendré que desvestirte a la fuerza? —comento muy tranquilo con mis brazos cruzados en el pecho.

Elevo una de mis cejas desafiándola a responder. Mi espalda es ancha y le llevo más de una cabeza de altura, no es que quiera intimidarla, de veras.

Unos minutos más tarde escucho el agua de la regadera correr. Antes de “persuadirla” a que se duchara, le entregue un pantalón de chándal negro y una camiseta ajustada que alguna de mis “amigas” olvidó.

Voy a la cocina a preparar café. Cuando termine va a estar más furiosa que antes. Y necesitare la ayuda de la cafeína para mi cometido.

¡No puedo creer que me obligara a bañar!

¡Hijo de puta!

Pero debo reconocer que el agua caliente sobre se siente divino. Tenía tanto frío que ya no sentía los dedos de las manos. Estoy trancada, mejor dicho encerrada, no sé porque pero no termino de confiar en Federico Betner. Se ha comportado como todo un caballero, eso no lo niego. Pero hay algo en el que me mantiene alerta. Quizás sea por lo guapo que es ¡sí, debe ser eso! No acostumbro a rodearme de hombres, heterosexuales y menos aún ¡guapos!

Tomo las toallas para secarme, son suaves y mullidas, un placer envolverme en ellas. Luego me visto con la ropa que dejó para mí, el pantalón es un tanto apretado en el trasero, pero la blusa perfecta. Solo un detalle, no tengo ropa interior, la mía esta empapada, y esta pequeña y justa prenda negra con la frase *Love is in the Air* justo sobre mis pechos convengamos no es lo ideal.

Repito una y otra vez en mi mente, que no me haré problema, mis pezones delatan que no tengo sostén, pero tengo que tratar de ignorarlos para no avergonzarme más.

Abro la puerta, se escucha música. Camino en dirección del sonido y llego a una cocina preciosa. ¡Si la viera el tío alucinaría!, encimera de granito, anafe y horno empotrado, una bodega de techo a piso con todo un festín de botellas de vino. En el centro una mesada central con taburetes y en uno de los cuales se encuentra sentado mi “adorado” esposo.

Salgo al ataque de una. No pienso dejarme engatusar con su galantería otra vez. Ya llegue hasta aquí por ceder a un almuerzo, ni quiero imaginar que hubiera pasado si fuera una ¡cita!

—Federico necesito me llames un taxi para marcharme.

El ignora mi comentario «madre mía» tiene su camisa fuera del pantalón haciéndolo ver más sexy, si eso fuera posible.

Su espalda es muy ancha, seguro se ejercita.

Hay veces en que me pregunto, que se sentirá tener la piel de un hombre sobre la mía. Y este espécimen en particular, hace plantearme esa hipótesis desde la primera vez que lo vi.

Federico se pone de pie y separa uno de los taburetes, indicándome sin palabras que tome asiento. No me pregunten porqué pero lo hago, me acomodo en uno de ellos tal como lo indica.

Se dirige a la cafetera y vuelve con dos capuchinos, me entrega uno y ocupa su lugar frente a mí.

—¿Azúcar o edulcorante?

—Azúcar.

—Bien Victoria, hablemos porque hay algo que quiero proponerte.

Luego que pronunciara esas palabras jamás, pero jamás de los jamases, hubiera esperado escuchar lo que salió por sus hermosos labios.

«Jamás»

Bien, hora del show, me carcome esta mujer. Y en este instante que la tengo sentada frente a mí sin ropa interior, ¡porque se nota que no la tiene! hace sacar lo peor de mí y no puedo esperar más.

—Cómo te comente anteriormente me gustas. No sé bien porque, pero me pareces exquisita y sexy. Te deseo, y quiero ofrecerte un trato.

Dicho esto, ya está de pie, dirigiéndose al salón en busca de sus botas y bolso.

—¡Un trato! lo que tú eres Betner, es un lunático —comenta mientras busca su bolso, el cual claramente no encontrará.

Sí. Soy un hombre tramposo. Lo sé, y no hay límites cuando el objetivo lo amerita y esto sí que lo amerita.

—Victoria, puedes tomar asiento un momento. La puerta está trancada y no podrás salir a menos que yo lo permita. Quédate tranquila que no soy un psicópata, ni un asesino en serie. Solo tengo una propuesta que nos beneficiaría a ambos.

De mala gana vuelve a su lugar. Incluso da un trago al café, así que continúo.

—Lo que trato de decirte Victoria, es que quiero proponerte algo, en el video que tengo del Banco, se puede ver que necesitabas un préstamo de diez mil dólares ¿es así?

—Sí, es correcto.

—¿Imagino que no me vas a querer contar, el destino que le vas a dar a ese dinero?

Por un milagro, ella se afloja y deja escapar el aire de sus pulmones. Luego apoya la cabeza en sus manos.

—El dinero es para saldar deudas. Debemos impuestos de la casa, y si éstos continúan acumulándose, nos la rematarán, y es todo lo que tenemos.

Me sorprende. El asunto es más serio de lo que pensé. Creía que era para comprar un coche, o por algún viaje de mujer soltera. Pero la chica ¡trata de salvar su hogar! En este momento cuestiono mi propuesta.

—¿Qué es lo que quiere proponerme Betner? Dígalo rápido así me puedo marchar de una vez. —Se ve cansada y algo se retuerce en mi interior. Una parte de mí, que no sabía que existía, tiene ganas de cuidarla y protegerla.

Pero trato de convencerme de que yo no soy así. Soy un hombre egoísta, que piensa en sus intereses antes que en nada, y ahora lo que quiero tiene nombre y apellido: Maria Victoria Rodriguez.

—Bien, lo que quiero es una cita. Quiero que viajemos a Punta del Este, nos alojemos en un lujoso hotel y pasemos la noche juntos, eso quiero, una noche contigo Victoria. Saber que se siente poseer a una mujer virgen. Me pareces hermosa, y te deseo desde que te vi por primera vez. A cambio te ofrezco cincuenta mil dólares, los cuales depositaré en la cuenta que tú indiques por adelantado.

Pánico.

Terror.

Indignación.

Pueden servir para describir su actitud para conmigo.

—Pero... ¿pero que me está proponiendo? ¡Hijo de puta! ¡No soy una prostituta para que venga con estas propuestas indecentes! —gritaba furiosa, sacudía sus brazos al ritmo de sus improperios y caminaba de un lado al otro.

Me recuesto en la pared y la observo en silencio.

—Lo sé, no quiero una prostituta —mi tono es pausado y calmo —Te quiero a ti, y como por el momento estamos “casados”. Técnicamente sería una propuesta *casi indecente*.

—No soy virgen. —Sonrío, me gusta su carácter.

—Si lo eres, estoy seguro que ni siquiera has tenido novio formal.

—¡Hijo de puta! —nuevamente el adjetivo con mi persona, le molesta que la describa a la perfección.

—Mira Victoria, dejemos a mi madre fuera de esto. Hoy por hoy es muy común, que la gente tenga sexo de una noche solo por mero placer. No veo lo malo de que a cambio recibas un regalo de mi parte. Prometo ser muy reservado.

—¡Me voy! Esto no puede estar pasando... —camina con una mano en su cintura y la otra apoyada en la frente. La furia va creciendo y con la indignación a flor de piel, soy amenazado con su dedo índice —¡Y no se le ocurra detenerme! ¡Quiero mi bolso ya!

Camino sabiamente, en dirección del placard donde guardé su bolso. Se lo entrego.

Lo toma con una actitud huraña. Se coloca las botas sobre el pantalón de chándal y encima su chaqueta. Parece una loca, igual se ve hermosa, dudo que se vea mal con cualquier ropa, o sin ella.

—Deja que te lleve, afuera sigue lloviendo —pero creo eso no va a ser posible, salvo que la ate y la meta en la cajuela de mi auto. Porque la mocosa con su cara desencajada, toma un gran jarrón comprado en la India, que su precio debe ser de unos tres mil dólares y lo arroja contra la pared. El adorno se hace añicos y mi tolerancia va en el mismo camino. Está bien, no la llevaré si es lo que quiere.

—No quiero que me lleve y no quiero nada de usted, ¿entendido?

Levanto mis manos en rendición. Mis ojos no se separan de los suyos mientras camino rumbo a la puerta. Está a punto de salir, furiosa como una leona, cuando la atrapo en el descansillo y enjaulo con mis brazos a la altura de sus hombros. La observo detenidamente, Victoria me mira con una mezcla de sentimientos y sin más, la beso.

Le estampo un beso en esos carnosos labios, mi mano sujeta su nuca y la mantiene en su lugar.

Tenía que probarlos, por si no llegaba a tener una segunda oportunidad. Mi lengua invade su boca y para mi sorpresa ella le permite ingresar. Se siente cálido, húmedo y este simple acto me deja con ganas de más.

Retiro mis brazos liberándola, le entrego mi tarjeta personal y espero la típica cachetada de chica de telenovela. Pero no, solamente me mira y luego observa la tarjeta que tiene en sus manos. Da media vuelta y desaparece.

Cierro la puerta.

Deliciosa, tal como lo temía.

Un beso delicioso y totalmente adictivo.

Tiene que ser mía, no hay opción, mía por una noche.

«Voy por una ducha fría»

## Capítulo 4

¡Me besó! ¡No lo puedo creer! Lo peor de todo, es que me gustó, y mucho. Incluso después de su propuesta indecente, o casi indecente como señaló Federico me sentí poderosa y sensual. Me excitaba la idea de que me comprara, toda una mezcla de sentimientos nuevos para mí.

Siempre, me consideré un tanto feminista. Y enterarme que yo, justo yo María Victoria Rodríguez me excita la idea que me ofrezcan dinero por ¡sexo!

Algo no está bien. Ha pasado una semana y continúo pensando en él. Rememorando una y otra vez nuestro beso. Un beso masculino, un beso prepotente, ambicioso y lo más sexy de todo «robado»

«Fascinación»

Como mujer pensante, y a punto de recibirme de psicóloga, me inquieta mi comportamiento. Porque una cosa es que me guste físicamente este individuo, que hay que reconocerlo, debería ser yo la que pague por una noche de sexo con él. Pero esto de que quiera comprarme ¡no está bien! Tendré que profundizar en el tema. Puesto que, no estoy segura si acostumbra a pagar por sexo, o simplemente le atrae la idea de ser el primer hombre en mi cuerpo. ¡Odioso!

También está el tema del pago. Viene de la mano con el asunto de no generar vínculos sentimentales y marcar un claro poderío.

Una cosa es que tenga relaciones con una mujer una noche, quedando así expuesto a reclamos, por posibles no llamados o futuras citas. En el caso de que el acto sea remunerado cuenta como negocio. Trabajo remunerado, lo deja libre de ataduras y reclamos. Así es Victoria, este hombre tiene problemas de relacionamiento, y miedo al compromiso. Posibles padres separados a temprana edad.

Cierro el grifo del agua. Toda mi evaluación psicológica fue mientras tomaba una ducha. Me envuelvo en una toalla, estoy de muy buen humor, es sábado a la noche. Al ritmo de *Sunday bloody sunday* del grupo Sambo, comienzo con mi apronte para salir.

Al fin volvió Sofía, mi amiga, de su viaje por Europa. Junto a sus padres y su hermano Tomás, pasaron unas hermosas vacaciones, celebrando el reciente título de su hija, y que ya haya encontrado trabajo en una gran firma.

Me emociona verla. Ya quiero abrazarla y conversar por horas. Quedamos también con Daniel y Samuel Flanginsky.

Iremos o a cenar, luego a la disco a mover el esqueleto y brindar por Sofi con unos cuantos Pisco Sour, el reciente descubrimiento de Danielito en su último viaje por Chile. Un delicioso trago que te hace bailar hasta el himno nacional.

Por el momento la propuesta de Betner es muy reciente. Y pienso guardarla solo para mí. Aun figuramos casados en el Banco. Espero que su abogado haga los ajustes pertinentes. Y que se solucione todo cuanto antes, para no verlo más.

Supongo que pasados los meses, solo quedará la anécdota del hombre que ofreció cincuenta mil dólares por mí. ¡Uf que honor!

Seco mi cabello con una toalla, una no tan mullida como las que había en la casa de Federico.

«¡Basta de pensar en ese hombre Victoria!» Extrañamente la idea de no verlo más me molesta.

Suena el timbre de casa. Bueno, fin de mis pensamientos mis amigos ya están acá, ¿qué hora es? ¿las nueve? Pero si quedaron de pasar a las diez para ir a cenar con tiempo. Tendrán que esperar mientras termino de aprontarme.

Igual los chicos con mi tío tienen para entretenerse. Seguro ya los tiene sentados en la cocina con algún sabor nuevo de pastelillos. Uno de sus últimos experimentos fueron cupcakes de coco con crujiente cobertura de tocino y caramelo, aún recuerdo mis náuseas.

También están sus cañas con sabores, damasco, ciruela, butiá. En fin, un rato con el tío y rezar mucho para que la policía de tránsito no nos detenga porque seguro hay una multa para el conductor.

Hora de vestirme. Elijo una mini negra justa y muy corta, zapatos de plataforma también negros. Blusa de gasa azul eléctrico más larga atrás que adelante semi transparente, que permite apreciar mi sostén oscuro. Dejo mi cabello suelto y salvaje. Maquillo mis ojos con sombras negras logrando un ahumado de lo más sugerente. No sé porqué, pero desde la propuesta de Betner me siento más linda, más sexy y deseable. Me alegra que de ese momento extraño sacara algo positivo. Y bueno, es que no cualquiera pagaría esa cifra por mí. Un toque de brillo rojo en mis labios, me tiro un beso por el espejo y bajo las escaleras a rescatar a mis amigos.

Aquí estoy. En la casa de Victoria, con excusas y nada más que excusas.

La verdad de este asunto es que aún **no** hablé con mi abogado, tampoco hablé con el banco, ¡nada! Absolutamente nada de nada, así puedo dilatar el asunto y continuar viendo a la mocosa por más tiempo.

Sé que es una tontería de mi parte. También sé, que cuando mi abogado se entere, que permití a una mujer figurar en el Banco como mi esposa, pudiendo hacer uso de mis cuentas corrientes por más de una semana me matará. Pero no veo peligro en ella, no me da la impresión que sea una caza fortuna.

«Igual me matará»

Cuando arribo a su casa, un hombre de unos cincuenta años me atiende. Pienso que es el padre, más tarde este me pone al tanto de la situación y me cuenta que es su tío. Que solo son ellos y que no hay más familia. Me pregunta de dónde nos conocemos, y por un momento me hace dudar, luego respondo lo más cerca de la verdad que viene a mi mente.

—Del Banco, nos conocimos en el Banco —no estoy seguro si el buen hombre, sabe de la confusión con los papeles. Por lo que prefiero hablar poco. Supuestamente ella está tomando un baño y que en breve bajara.

Tengo conmigo una carta para que firmemos ambos. Donde dejamos constancia a la Gerente del banco que no existe tal sociedad conyugal.

Llevo más de cuarenta minutos esperando. ¿Estará por dormir? ¿Quizás ya se acostó? su tío me simpatiza, es muy ameno. Me sirvió una taza de té y un trozo de un pastel de chocolate y nuez ¡delicioso!, como su sobrina.

Escucho tacones por la escalinata de madera.

—¡Aquí estoy, apuraditos de mi alma! —la impresión que nos llevamos es grande. Ella no esperaba encontrarme aquí, por su atuendo deduzco que está por salir. Yo al esperar a una Victoria de pijama a encontrarme a una despampanante, sexy y salvaje mujer es grande, gigante, ¡inmensa!

Ella frena de golpe. Se recuesta en la entrada de la cocina y me observa con la boca abierta, luego a Mario. «Anonadada sería una buena descripción»

—¿Qué hace él acá? —me señala con el dedo mientras le habla a su tío. Ignorado es poco.

—Vicky el joven me comentó, que tienen problemas de papeles en el Banco. Por una tarjeta de crédito o algo así. Dice que necesita tu firma.

Estoy de pie expectante.

En general, sé manejar bien a una mujer. ¡Pero no con ella! Me descoloca por completo y me deja en la cuerda floja. Está claro que no se emociona para nada al verme.

Con cara de pocos amigos, responde.

—Ah sí, claro. ¿Justo sábado a la noche pasa por este asunto?

Lanza el ácido, da unos pasos hasta quedar frente a mí, tiende su mano y me saluda como si recordara poco mi cara.

Su mano está caliente y con su apretón da seguridad.

—Buenas noches Victoria. Disculpa que me presente así en tu casa. Es que mañana me voy al interior del país y quería tener tu firma para el lunes a primera hora —trato de parecer seguro y ¿creíble?

—Entiendo —ella se pone de espaldas a mí para servirse una taza de café. ¡Madre mía lo que mis ojos ven!

«¡Mis ojos, se queman!»

Ante mí queda su monumental cuerpo. De espaldas tengo la mejor vista que jamás tuve en mi vida. Cintura pequeña, culo perfecto y unas piernas que parecen no tener fin.

Está vistiendo una minifalda, muy pero muy diferente a como la vi los pasados días. Sus curvas son sensuales, piernas largas y tonificadas, culo respingado y ni hablar que su delantera haría ganar a cualquier cuadro de fútbol. Tengo que evitar mirar su trasero nuevamente o voy a necesitar hielo para mi erección.

—Chicos si me disculpan, este viejo se va a dormir, estoy fundido y me duelen los huesos. Federico, un placer conocerte —su tío se despide con un apretón de manos.

—El placer es todo mío Mario, espero nos volvamos a ver —soy sincero en mis palabras. No solo tengo un claro interés por la sobrina, ¡en verdad me parece un buen hombre!

—Vickita cierra bien la puerta cuando se vayan con los chicos.

«¿Los chicos?»

—Si tío, no te preocupes, hasta mañana —le da tres besos y su tío se marcha escaleras arriba.

En ese momento la dulce e inocente Vickita salta al ataque, su voz es apenas audible y el



susurro que me da es mortal.

—¿Qué hace acá Betner? Creo fui clara en que no quería volver a verlo.

—¿Vas a salir?

—Eso no le interesa.

—¡Me puedes tutear!

—Si puedo. Pero no lo haré, ¿dígame a qué ha venido?

—Traje unos documentos para firmar —paso las manos por mí cabello un tanto inquieto —Y sobre lo que hablamos la semana pasada, quería pedirte disculpas. —«Faldero»

Ella toma asiento frente a mí con su taza de café. Esos ojos pintados de negro y sus labios rojos, hacen que mi pene se retuerza y grite debajo de mi pantalón «¡quieto!»

Solo quiero saltar sobre la mesa y reclamarla como mía. No sé qué me pasa, soy un caballero, pero ella saca todo lo peor de mí.

Me asusta su poder «Bruja»

Extiende una de sus delicadas manos. Mientras que con la otra sostiene su café, me observa por encima de la taza. Veo sus ojos, sus felinos y hermosos ojos ¿verdes? Sinceramente no sé qué color tienen con exactitud, lo único claro es que son mi perdición, Desde que los vi por primera vez. Entrego el falso documento y ella comienza a leerlo.

—¿Disculpas aceptadas?— pregunto tímidamente.

Eleva una ceja, me observa entrecerrando los ojos. Me pone nervioso, tengo la fantasiosa idea de que puede ver en mi interior.

—Acepto sus disculpas Betner, pero con la condición que se aleje de mí. Usted no me inspira confianza, veo que tiene problemas de relacionamiento con el sexo opuesto. ¿Tus padres se separaron cuando eras un niño? —No puedo describir mi cara de asombro. ¿De dónde sacó esa información? ¡Quién se lo dijo!

—Mira Victoria, no sé quién te contó eso, pero mi vida privada es justamente eso ¡privada! No me interesa soltarla a los cuatro vientos.

—No le interesa hablar de su vida privada, ¡pero anda ofreciendo dinero a cambio de sexo! Déjeme informarle estimado, que eso que usted hace, es irrumpir en vidas ajenas. Entonces estoy en lo cierto, ¿te da seguridad el comprar personas?

Sacude mi eje con su comentario.

—Solo me da libertad el comprar sexo, no compro personas ni sentimientos.

—Está claro que sentimientos no compras ni los comprarás. ¿Pagar por sexo te resulta más gratificante? ¿Tienes perversiones? —Estamos frente por frente, separados únicamente por la mesa de la cocina, el mundo a nuestro alrededor está en silencio. Pierdo la perspectiva de que estoy en su casa, me tiene bajo su hechizo, hipnotizado con su atrapante mirada. Este tipo de charla jamás la tendría con nadie, pero Victoria hace que todo fluya, incluso lo más privado.

—¡No seas ridícula! Disfruto el sexo como cualquier hombre. Soy poderoso no te mentiré, y generalmente logro lo que quiero, pocas son las veces que pago por sexo. Porque para eso tengo citas con mujeres y por común acuerdo. —Levanto mis hombros restando importancia al asunto.

—¿Por qué yo? ¿por qué ofrecerme esa cifra de dinero a mí?

—¡Porque nunca tuve a una mujer sensual y virgen como tú! —Victoria da una bocanada profunda de aire y mueve sus ojos por la cocina. Me gusta, logro afectarla.

—¡Lo admito! soy un hombre egoísta. Y desde que te vi por primera vez no pude sacarte de mí mente. Pensé en tus labios, soñé con tus ojos y me masturbé imaginando tu cara. —Su cara de sorpresa no se hace esperar. Clava su mirada nuevamente en la mía y sentencia.

—No sucederá Federico, puedes ir haciéndote la idea. —Esta mujer es un misterio de la naturaleza, se nota que mantiene una lucha interna, no sabe si sacarme a patadas de su casa o seguir con nuestra “charla”. Es liberador hablar así, sin tapujos y poniendo todas las cartas sobre la mesa. Generalmente las chicas que frecuento quieren frases románticas y promesas de amor, las cuales claramente no voy a cumplir. No me gusta mentirles, soy honesto con ellas, lo mío no es el romance ni los noviazgos.

—Me intrigas Federico. Reconozco que eres buen mozo y elegante. Pero tu interés en querer poseer un cuerpo virgen, en la época que vivimos es simplemente... repugnante. —Baja la mirada al documento, toma un bolígrafo y estampa su firma. —Aquí tienes mi firma y que tu abogado se comunique conmigo si es necesario. —entrega la hoja con una de sus manos, con la otra tamborilea la mesa.

—Justamente eso Victoria. En la época que vivimos poseer a una mujer la cual nunca se entregó a nadie, me excita enormemente. Me gusta que seas una mujer y no una adolescente. Me inquieta ese cuerpo tuyo. Y tu personalidad desafiante, quiero que seas mía al menos una noche.

Su cara se ruboriza.

—La respuesta es no —lanza de lo más calmada.

—Eso ya lo veremos —frunce el ceño. A la gatita no le gusta que la desafíen. Suena el timbre y salimos del hechizo.

Nuevamente se escuchan los sonidos de la casa y la calle, el perro comienza a ladrar, ella se pone de pie.

—Tengo que irme, gracias por el documento y esperemos que esto —hace un gesto con sus manos señalando ambos —termine cuanto antes —me está despachando.

¿Se va? me genera mucha impotencia el no poder retenerla. Hoy sábado perfectamente podríamos salir a cenar , luego a mi departamento, poner algo de música romántica y tener sexo ¡pero con ella no!

Esta mujer no me da las cosas fáciles. ¡La rebelde Victoria se marcha y vaya a saber uno con quién!

No me da más opción que retirarme. Caminamos hasta la puerta y al abrir un grupo de personas nos observa, hay dos hombres y una mujer.

—¿Federico Betner? —una bella rubia sonrío radiante al verme ¡gracias universo gracias!

—¿Sofía Castellanos? —es increíble la casualidad. La psicóloga con quien tuve una reunión hace un mes, para que trabaje en mi empresa, ¡se encuentra aquí!, nos saludamos, estrechando nuestras manos.

—Ella se aparta para abrazar a Victoria, ambas gritan y saltan de emoción. —Amigaaaaa — grita Sofía dando pequeños saltitos con sus altísimos Stilettos.

—Volvisteeee ¡qué emoción! —Grita Victoria, también saltando de alegría —Te extraña tanto nena ¿qué tal tu viaje?

—Europa es simplemente...¡hermoso!, España, Francia, Alemania, ¡son lugares increíbles! Traje chocolates, y regalos, tenemos que juntarnos para ver las fotos, ¡prometo que iremos en algún momento! —las amigas sonrían con complicidad —¿Y de donde se conocen ustedes? —comenta Sofía con suspicacia.

“Del Banco” decimos a la vez.

—Bueno, tuvimos un problema de documentación en el banco, y el señor Betner trajo unos documentos para que firme, pero ya se va. —aclara Victoria bajo la atenta mirada de su amiga.

—¿Hoy sábado noche? Y tú tan guapa amiga —Sofía sospecha al instante y eleva una ceja mientras sonrío. Los dos sujetos se mantienen fuera de la conversación, a uno de ellos lo recuerdo de la primera vez que vine a su casa. Son altos y atléticos, solo espero que no estén emparejados, ella nunca hablo de un novio, debo estar atento.

—¡Bueno vamos! Que perderemos la reserva para cenar —comenta una efusiva Sofía.

—¿Federico nos acompaña? —Oh sí ¡gracias Dios! por poner a esta mujer en mi camino. Es mi comodín, arruino todo, o logro que finalmente ella se fije en mí.

—Me encantaría —respondo mientras le doy a Victoria una sonrisa encantadora. Su cara de asombro no se hace esperar y fulmina con la mirada a su amiga, pero ella la ignora. Me gusta su amiga. Le aumentaré el sueldo, apenas comience a trabajar.

—Bien, nos encontramos en el Restopub Terra Nostra —Sofía da dos palmaditas al aire y gira sobre sus talones. Se da cuenta de mis intenciones al instante, y está jugando a Cupido.

«Oh no querida Cupido no entra en juego aquí» ¿O sí?

«¡No Claro que no Betner!»

—¿Victoria te gustaría venir en mi coche? —lanzo la propuesta con mi mejor cara de hombre serio.

—No gracias, que vaya Sofía así se ponen al corriente —y sin más se dirige al auto de su amigo. El hombre mantiene la puerta delantera abierta, permitiendo subir a Victoria. El otro sujeto sube detrás, y un sentimiento de mierda se apodera de mi ¿Celos? Sí Federico, un raro y enfermizo caso de celos.

«Muchos celos»

No quiero que la vean menear su trasero en esa minúscula falda. Tengo que jugar mis mejores cartas esta noche. Aun no sé qué puede llamar la atención de esta mujer, poder no, dinero definitivamente ¡no!

Convengamos que soy un hombre que atrae las miradas femeninas. Voy al gimnasio todos los días, y mi cara no está mal, pero con Victoria ¡no ha funcionado!

Dos opciones. La primera, no le atraigo físicamente, la segunda, le gusto pero no es suficiente.

«Mierda, ¿será lesbiana?»

Cenamos los cinco, en un hermoso lugar Italiano. Al momento de tomar nuestros lugares, intenté quedar lo más alejada que fuera posible de Federico. Me senté entre Sofía y Samuel, lo malo es que sin darme cuenta quede frente por frente a Betner.

Frente al hombre que quiere comprar mi cuerpo, siento sus ojos fijos en mí. Trato de ignorarlos, de otra forma no podré tragar bocado.

Es muy apuesto el hijo de puta, su vestimenta, su cabello y esa cara por la que mataría cualquier galán de telenovela. Intento recordarme que también es un capullo, que me quiere pagar como a una puta.

La cena transcurre tranquila, y el vino fluye por nuestras venas, soltándonos. Me sorprende descubrir a un Betner fanático del fútbol y el box. Mientras tanto que con Sofí intercambiamos cotilleos de su reciente viaje.

Cuando llega la cuenta, Federico levanta la mano, e insiste en pagar por todo. Daniel y Samuel no están a gusto con esto. Pero ante tanta insistencia, aceptan. Unas deliciosas pastas más unas cuantas botellas de vino, con postres y café, hace la cuenta bastante grande, claro que no para él, solo deposita una tarjeta de crédito Gold sobre la mesa sin mirar la cifra.

—Voy al baño antes de irnos —le informo a mi amiga.

—Te acompaño — ya sé por dónde viene la mano, esta curiosa de mi relación con el elegante sujeto.

Frente al espejo mi guapa amiga cae al ataque —¿Qué tienes con Federico? ¡Madre de deus, es un bombonazo!

—Nada Sof, no tengo nada. Solo algunos trámites pendientes.

—Le gustas.

—Naaaada que ver.

—Me lo acaba de decir. Dijo que eres la mujer más bella, y con peor carácter que jamás haya conocido.

—¿De veras? —«Bastardo»

—No me interesa lo que dijo, él no es mi tipo —miento, claro que miento ¡es el hombre más guapo que jamás vi! Y todas las noches en mi cama, rememoro nuestro beso. Pero nunca se lo diré, ¡ni loca!

—¿Y quién es tu tipo Victoria? ¿Daniel Flanginsky? ¿Crees que podrías ser feliz con un hombre que te diga amen a todo?

«Bruja» me conoce de la A a la Z.

—Ehhh... sí, ¡claro que podría ser feliz con él! «si me gustara» Pero Daniel es solo un amigo y no me atrae de esa forma.

—¡Porque te atrae Federico Betner eso está claro! —Sofi está frente a mí, moviendo las manos con las palmas arriba. Me hace reír, es un gesto muy típico de ella, tratando de hacerme entender su postura —¡Te gusta el macho alfa y no el cachorrito faldero! —suelta —No te engañes amiga, tú no

eres una mujer fácil, necesitas un “hombre” con todas las letras, que te sacuda y te tenga cortita para que no te aburras. —Ríe, mi amiga ríe.

—Sabes bella Sofía, hay días en que te ¡mataría! hoy es uno de ellos —finjo cara de enojo, entrecerrando mis ojos y frunciendo los labios.

—¡Ahhhh como te quierooooo! —grita.

Gritamos y damos saltitos, nos abrazamos. La adoro, es la hermana que nunca tuve. En ese instante, entra una estirada y elegante dama, soltamos nuestro abrazo, y retocamos el brillo labial. Salimos del baño haciéndonos caritas.

—Lady Victoria, si ya hizo pipi y se lavó las manitos, ¡marchemos de fiesta de una buena vez, en busca de unos sementales para copular —comenta Sofía imitando el gesto de una reina. Dando pequeños pasitos con elegancia, se gana una mirada de asco de la coqueta dama que acababa de entrar. Me destornillo de risa, ¡mi amiga es lo más!

Los hombres están de pie en la entrada esperándonos. Federico se encuentra recostado en el marco de la puerta, con ambas manos en los bolsillos de su pantalón. Mi cerebro le grita a mi entrepierna, «estúpida, no dejes perder a este espécimen» pero mi parte sensata, esa que me da lata desde hace años, indica que ¡NO! de ninguna manera. Hay que reconocer que está para comérselo y un calor húmedo recorre mi vientre.

—¿Nos vamos? —Pregunta Daniel.

—Si Danielito vamos —responde Sofía, tomándolo del brazo. Mierda, ya se lo que la bruja de mi amiga intenta hacer. No se lo permitiré.

Salimos a la calle, hace mucho frío.

Yo y mi escasa minifalda hace que se me congele hasta mis partes más nobles. Caminamos en dirección al estacionamiento, cuando mi “amiga” y posible “ex amiga” en breve, si continua comportándose así, indica que ahora ella va con Daniel y Samuel. Me toca viajar con Betner.

«Perraca consagrada»

Federico sin darme mucho tiempo a protestar, apoya su mano en mi espalda y abre la puerta del acompañante de su BMW. Busco furiosa la mirada de Sofía. Ella tan pero tan linda sonrío y me da un guiño, mientras sube al coche de Daniel.

Opto por no hacer escenas, frente a mi grupo y tomo asiento en silencio.

Federico cierra mi puerta y rodea el coche, adentro es enorme y muy hermoso. Puedo incluso cruzar mis piernas sin chocar con nada. La tapicería de cuero negro se amolda perfectamente a mi cuerpo. Ya he viajado en él una vez, el día de la tormenta. Pero en ese momento de lo molesta que estaba ni preste atención en los detalles del interior.

Ocupa su lugar, enciende la calefacción y pone música, Enya Orinoco Flow, me encanta esa canción.

—Cinturón.

—¿Qué?

No responde, sonrío de lado y tiende su brazo sobre mí, toma el cinturón de seguridad y lo

abrocha. Cuando realiza ese movimiento, roza uno de mis pechos. Mi estómago se contrae, dejo de respirar, me observa por unos segundos. Luego suspira y sacude la cabeza, tratando de salir de su transe, toma el volante.

—G...g...gracias —tartamudeo. «¡Estúpida!»

Estoy acalorada, ¡qué vergüenza! seguro me sonrojé. Pone en marcha el auto y en silencio seguimos a mis amigos.

Bueno Fede, no seas boludo y saquémosle jugo a la noche. Son mis pensamientos mientras conduzco mi auto por la noche Montevideana. Por uno de esos milagros de la naturaleza. Victoria habla y saca tema de conversación.

—¿A qué se dedica tu empresa Federico?

Giro mi cabeza y la miro con una sonrisa que muestra todos mis dientes, estoy encantado de la pregunta.

—Bueno, creo ya te comenté que soy Arquitecto. Junto con mi socio que es Economista, tenemos una compañía dedicada a la construcción y asesoría de grandes proyectos. Trabajamos mucho con licitaciones del estado.

—¿Por qué el apellido de tu socio, no figura en el cartel de la puerta?

—Bueno eso se debe a que el dueño de la compañía soy yo, luego él se unió a mí con un porcentaje menor y formamos la sociedad.

—¿Tienes muchos empleados a cargo?

—Sí, tenemos alrededor de trescientos empleados a lo largo del país, más los obreros y peones que son tercerizados.

—Debe ser una gran responsabilidad, lograr que todo salga bien y sin riesgos.

Ni se imagina lo difícil que es. Manejar el stress no es fácil, generalmente duermo solo cuatro o cinco horas cada noche. Pero esa información la guardo para mí.

—Si es una gran responsabilidad, la cual me mantiene con la adrenalina a cien cada momento. Justo por ese tema fue que conocí a tu amiga Sofía ¿Sabes? Necesitábamos un psicólogo para evaluar a cada empleado. Sobre todo los que manejan maquinaria pesada o se encuentran bajo condiciones de trabajo extremas, bajo tierra en un túnel o setecientos metros en una grúa. En fin, minimizar riesgos. Me enloquece pensar que alguien pueda salir lastimado de mis obras.

—¿Eres muy controlador?

—Lo soy. Suelo intentar controlar cada instante de mi vida —Detengo el coche y giro mi cabeza para mirarla, no puedo dejar de ver esa gatuna mirada. Si supiera cuan controlador puedo llegar a ser, infartaría.

—Hemos llegado.

—¿A los que te rodean, también tratas de controlarlos? —suelta la pequeña atrevida.

—A los que me rodean sobre todo. —respondo esta última frase, mientras desabrocho su cinturón de seguridad y la tengo cara a cara.

Me estudia, me observa, eso me inquieta, tengo la sensación que todo el tiempo analiza mi comportamiento.

Salgo del auto, doy la vuelta para abrir su puerta, pero ya no me sorprende. Nuevamente Victoria está fuera del auto antes de permitir que yo le abriera.

Sus amigos están esperándonos fuera de la disco. Cuando intento tomar la mano de la fiera, ella me la esquivo, dándole el brazo a su amiga para entrar juntas.



¡Qué mujer tan frustrante!

Fuera de la disco hay una interminable fila de personas para ingresar. Claro que no será nuestro caso, ya hablé con un conocido, que a su vez es amigo del dueño de este lugar, para tener libre acceso. No me gusta esperar y cuando uno es rico, siempre hay alguien dispuesto a cumplir tus caprichos. Menos Victoria claro está.

El lugar es oscuro, suena música electrónica a todo volumen y el alcohol corre a mares. La entrada se encuentra en un alto, y desde allí se puede divisar una de las pistas donde la multitud se agita al ritmo de David Guetta.

—Vamos por tragos antes de bajar —grita Daniel sobre el fuerte sonido de la música. Este hombre no me gusta, parece un tipo tranquilo pero me da mala espina, lobo disfrazado de cordero.

Las chicas caminan delante de nosotros, los hombres devoran con la mirada a mi “no” chica. Si fuera mi novia tendría mi mano apoyada sobre su trasero marcando el terreno como propio.

¿Novia? ¡De donde salió ese pensamiento! Me asusto de mí mismo. ¡Jamás tuve novia!, ni la tendré. El matrimonio, hijos y todas esas cuestiones no son lo mío.

Victoria y Sofía toman asiento en la barra mientras el barman comienza a batir unos tragos. Pasados unos minutos, coloca frente a ellas dos bebidas de color naranja, calculo algo con mango. Los primitos piden unas cervezas Corona y yo un Ron con cola y lima, no pienso beber mucho, luego tengo que conducir.

Brindamos, Victoria está más suelta y se la nota divertida pese a mi presencia. Probamos las bebidas, brindamos y bajamos a la pista.

El sonido estridente imposibilita la charla, así que nos dedicamos a bailar. No es que ame este tipo de locales, pero me muevo bien, y las mujeres se fijan en mí. Casi metro noventa, hace que sobresalga a los otros dos hombres, mi chomba estilo rugby azul con líneas blancas horizontales, ensanchan mi espalda.

El asunto es que solo me interesa captar la atención de una en particular, una a la cual le paso desapercibido. Tendré que probar con los celos, dicen mis amigos que eso siempre funciona.

Las bebidas pasan en nuestro círculo como si fuera agua. Sofía y Victoria van por el quinto trago, todos de diferentes colores, clara señal que están mezclando. Punto uno en la regla del buen borracho, ¡jamás mezclar bebidas!

Me coloco descaradamente detrás, ella baila al ritmo de Ricky Martin la canción “Adiós” presiono su trasero contra mi cuerpo y paso mi mano por su vientre apretándola contra mí.

*Dame sólo una vez,  
Sólo quiero otra vez.  
Te juro, me marcho después,  
no pienso jugar a ser juez.  
Seducido, yo me rindo a tus pies...*

Nunca una canción podría describir mejor la situación que estamos viviendo. Gatúbela menea el trasero al ritmo de la melodía, y ya estoy tan empalmado, que podría armar una tienda de campaña con mi pene. Coloco mi boca cerca de su oído y susurro —Si continuas con ese movimiento, es posible que te rapte y te meta en mi coche a la fuerza —ella detiene el movimiento, y gira

colocándose frente a mí. Una encantadora sonrisa de borracha dibujada en sus labios, sus ojos están vidriosos. Abre su boca.

—Usted Bunter es un asqueroso y guapo degenerado —rodea mi cuello con sus brazos. Sonríe cuando pronuncia mal mi apellido.

—Betner —la corrijo. Con mi rostro a escasos centímetros del suyo. Tomo su cadera con mis manos, aproximándola peligrosamente más. Veo al veterinario mirar con cara de pocos amigos, no me importa.

Coloco mis labios lentamente en su cuello, pero no la beso. Meneo mi cuerpo al son de la música, Victoria deja escapar un gemido, que me deja loco y me hace desearla más. «Si es que eso fuera posible»

Pero en ese momento ella me empuja y se aleja.

—¿Pero Bunter usted es sordo? Aléjese de mí porque no estoy interesada en usted... —tropieza con sus propios tacones, y tengo que sostenerla, para que no termine con su lindo culo en el suelo.

Mantengo una lucha interna. La veo borracha, y sus amigos no están en mejor estado que ella. Sofía ya está con el maquillaje corrido, bebiendo cerveza Corona del pico de la botella, siento que debo protegerla, pero no tengo ningún derecho sobre ella. «Mierda»

Se aleja bailando junto a su amiga y suben en una especie de tarima. Empieza la canción de Chayanne, Humanos a Marte. Victoria y Sofía se mueven sensualmente, captando la atención de todos los hombres que están entorno a ellas. Baila con los ojos cerrados, está disfrutando la música, sin percatarse de que la miran. Su minúscula falda cada vez está más arriba. Me estoy volviendo loco de celos, si ¡celos!

Mierda, en un giro que da, claramente se ve su ropa interior. Esa fue la campana que necesitaba, para caminar en su dirección y bajarla a la fuerza sobre mi hombro.

—¡Pero qué hace! —está furiosa y por un momento parece que el alcohol se evapora de su cuerpo.

—¡Solo trato de salvar tu reputación niña tonta. No te diste cuenta que todos te miraban el culo! ¿O es que querías tirarte alguno de esos tipos? —Es cuestión de un segundo, cuando recibo una bien merecida cachetada. Larga chispas de sus ojos. Está furiosa conmigo y en parte tiene razón.

—Federico, no lo voy a repetir. Mantente lo más alejado que puedas de mí. —Su voz suena perfecta, no hay rastros de la mujer divertida y borracha. Da media vuelta y desaparece entre la multitud.

La noche continúa, y Victoria se dedica a estar lo más alejada que puede de mí.

Pasadas un par de horas, y como la ignorancia de Vickita continúa, pongo en prácticas los celos. Sino resulta por lo menos esta noche tendré compañía en mi cama.

Tomo a una hermosa morocha que baila a mi espalda con sus amigas. Le doy la mano haciéndola girar, y la ardiente chica comienza a menear su cuerpo contra el mío, su apretado y corto vestido no deja mucho a la imaginación.

Bailamos y lo disfruto, pero mi sorpresa fue, cuando intenté ver la expresión en la cara de Victoria, y ésta no estaba por ningún lado.

Samuel se encontraba a los besos con una chica, cuando lo interrumpo para preguntar por ella. Dice que seguro fue por otro trago. Miro a Sofía, esta sonrío y vomita frente a mí.

La realidad era, que no sabíamos dónde o con quién se encontraba. Beso la mano de mi chica, agradeciendo el baile y salgo en busca de mi verdadero propósito.

Camino por la pista tratando de divisar su cabello con mechones claros. Nada. Entro al baño, no me importa que sea de damas, la busco pero no está por ningún lado. Salgo para ver si volvió con sus amigos, pero antes de llegar la veo, en los brazos de él, a los besos; si así es, besándose con Daniel Flanginsky.

«¡HIJO DE PUTA!»

Por un minuto pienso en marcharme. Pero rápidamente aclaro mis ideas, mejor me quedo y evito que el imbécil la meta en su cama.

Algo es algo, quizás no pase de un mero beso de borracha.

Apenas lo recuerdo. Casi que no pero sí, Daniel me besó.

Estúpido Daniel.

«NOTA: hablar con él»

Y estúpida yo por creer en la amistad entre el hombre y la mujer.

Es domingo, son las diez de la mañana, me duele la cabeza y tengo nauseas. Mi tío me entrega dos ibuprofenos y un vaso con agua, nos encontramos en la cocina de casa desayunando, lo noto muy pálido y cansado.

—¿Tío estas bien?

—No mi reina, en realidad estoy muy cansado. Me duelen los hombros de tanto cocinar anoche. Es que termine el pastel de 4 pisos que tenía que entregar.

—¿Llamo al médico?

—No. Ni se te ocurra, sabes que tengo fobia a los doctores, estaré bien.

Pasan unos minutos y sin más se desmaya. Pálido y con su boca abierta, mi vida se detiene por completo. Un escalofrío recorre mi columna.

—Tío, tío no por favor. Tío no te me mueras... ¡no! —Lágrimas, pánico y terror invaden mi cuerpo.

Salgo a la calle a los gritos, en busca de mis vecinos.

Mi casa se llena de médicos. Me encuentro en modo autómatas, como si mi alma hubiera sido arrancada de golpe. Este hombre lo es todo para mí, no puedo pensar en que algo le suceda.

Dos días más tarde, mi tío se recupera lentamente de un infarto.

¿La causa? una carta.

Una maldita carta. La cual traté que no cayera en sus manos por todos los medios, pero el día llegó. Esa mañana Mario recibió la notificación de remate de nuestra casa, por atrasos en los impuestos.

Tengo que solucionar esto. Tengo la solución en mis manos.

¿La tengo?

Sí claro, desde hace semana y media.

Tomo la tarjeta que guardo en mi bolso, y marco su número de móvil.

—Betner —atiende una masculina y dominante voz —Soy Victoria.

—Lo sé. Dime Victoria, en que te puedo ayudar —lo noto molesto y distante, creo que fue por el beso con Daniel.

Tomo aire, y junto el valor que *no* tengo para decirle el motivo de mi llamado.

—Federico, llamo para decirte que acepto —el sonido de mi voz es carente de emociones, esto es un negocio, es un negocio repito como un mantra a modo de consuelo.

—¿Aceptas qué?

—Acepto tu propuesta. Estoy dispuesta a entregarme a ti, necesito el dinero. —Un silencio inunda la línea, solo escucho su respiración profunda.

—Bien. El sábado te pasaré a buscar a las tres de la tarde. Trae ropa como para un día, el domingo en la mañana te devolveré a tu casa.

—Está bien —mi voz es un susurro, mi corazón está estrujado ante la frialdad de sus palabras.

—Dime el número de tu cuenta bancaria, para girar el dinero. Hoy miércoles en la tarde tendrás los cincuenta mil dólares depositados.

—Nueve, tres, uno, doble cero, dos.

—El sábado...

—Hasta entonces.

Me largo a llorar. No puedo hacer más que eso, estoy prostituyéndome.

Lloro y lloro, sola en mi casa. El tío continúa hospitalizado.

Él se lo merece, se merece esto y más.

Mi tío fue quien salvo mi vida de vivir en un orfanato.

Lechuga apoya su cabeza en mis piernas, también tiene cara de resignación, seguramente escuchó todo lo que hablé.

—Es que no tengo muchas opciones Lechuga, ¿tú me entiendes verdad?

Solo una noche, solo una noche, solo una noche.

Será mía. Finalmente lo será. Solo no entiendo, la razón de porque no estoy tan emocionado, como pensé que lo estaría.

El propósito siempre fue ese, lograr tenerla. Poseer su cuerpo, que fuese mía antes que de otro hombre. «¿Pero qué cambió?»

Aún sigo molesto por el beso que le dio el veterinario. Esa noche me hizo contemplar a una mujer joven, alegre, y llena de energía. Y en el fondo, pero muy muy en el fondo, hizo preguntarme, qué se sentirá tener una novia.

Una mujer a la que consentir. Pasar a buscar ir al cine, tener sexo con amor y dormir abrazados.

¿Y por qué no?

¿Por qué?

Porque sus un jodido Federico, porque no fue lo que te inculcaron, tus padres no eran así. «Shh conciencia, nadie te preguntó»

Mi casa, siempre fue un antro de ricachones hijos de puta. Mis padres me convirtieron en un hombre sin sentimientos. Las glamorosas fiestas que hacían. Fiestas de antifaz, donde todos vestían trajes largos. ¿Y la pequeña Lucía? Que sería de mi hermanita si mis padres hubieran sido otros. La pequeña y alegre Lucia.

Me pongo de pie de golpe. Necesito bloquear estos pensamientos, y mandarlos nuevamente, a la parte de mi cerebro donde van los malos recuerdos.

Me sirvo dos dedos de whisky y miro por la ventana de mi oficina. Es martes de noche. Queda poca gente en la Ciudad Vieja. Todos ya se marcharon a sus casas, con sus familias, por cenas calientes y mimos frente al televisor.

Todos menos yo, que me encontraré con Griselda Milans en un club de sexo explícito, ella ama ese tipo de espectáculos. Son muy vip, mesas elegantes, las cuales se reservan con unos quinientos dólares. Mesas de mantel y copas donde por medio de ellas circula un pequeño escenario y se puede ver sexo de todo tipo. Esta noche, será una pareja de hombre mujer practicando sexo oral y anal, eso es lo que figura en la carta. No me atrae el sexo gay hombre-hombre, dos chicas podría ser. Pero hoy no, no estoy de ánimo, en mi cabeza solo está la inocente chica a la cual le robare, o mejor dicho comprarle su virginidad el sábado.

No puedo dormir, mi casa sola hace ruidos extraños.

Tengo miedo de los fantasmas. Aún es temprano pero quiero poner mi despertador a las cinco de la mañana para ir a cuidar al tío. Me tengo que dormir.

—Lechuga —llamo a mi perro que está durmiendo en el piso de abajo. Quiero que se acueste junto a mí, necesito compañía.

Enciendo la tele, una película podría ayudarme. Encuentro lo que necesito “Un Buen Año” con Russell Crowe. Amo esa película, es muy romántica «suspiro» un hombre así, ¿dónde estará? Uno que cambie el poder por la simplicidad de una copa de vino, que cambie el poder por amor.

Me duermo por un instante.

Pero tengo sueños extraños. Viñedos, piscinas vacías con fango en el fondo. Un hombre de piel negra, muy alto me entrega un fajo de billetes. Luego me acuesta en una mesa, y lentamente abre mis piernas, yo sollozo de angustia. El desabrocha su bragueta y deja ver su miembro, está por penetrarme a la fuerza mientras grito y lloro cuando me despierto.

Estoy sudando y con lágrimas en los ojos, abrazo a Lechuga y trato de calmarme, ya dentro de poco todo pasara.

Miro el reloj, ¡recién las diez! «Mierda»

Será una larga noche.



Son las diez treinta de la noche. Estoy bañado, perfumado y con un traje limpio. Cuando me dispongo a dejar mi oficina suena mi celular.

Es Sofía.

—Hola Fede, ¿cómo estás?

—Bien a punto de salir de la oficina, ¿a qué debo el honor de tu llamada?

—¿Trabajando aún? —esta mujer es terrible. No da vueltas, ella salta con el interrogatorio de una.

—Bueno en realidad trabajé hasta las nueve. Ahora me duché y cambié para salir a cenar. Como sabrás los hombres como yo, que trabajamos tantas horas, tenemos una segunda casa en nuestras oficinas —sonrío con un dejo de tristeza. «Si querida, soy un maniático y enfermo del trabajo»

—Bueno Federico, no te quiero robar mucho tiempo. Solo quería comentarte, que el tío de Victoria sufrió un infarto el domingo, se encuentra internado, pero fuera de peligro. Solo a modo informativo.

Quedo perplejo, no esperaba esa noticia.

—¿Cómo está Victoria? —no puedo evitar preocuparme.

—Ella no está muy bien. Es muy reservada y testaruda. Por si no te lo dijo, Vicky no tiene más familia que ese tío suyo, son solo ellos dos. No quiso contarme que está pasando, pero se los nota preocupados. Le propuse ir a dormir con ella,... pero se negó, así que está sola. Bueno en realidad está con Lechuga.

—Bien gracias por la información —la llamaré en cuanto pueda.

Cuelgo. Miro la hora en mi Ronde Louis de Cartier. Quedan treinta minutos para encontrarme con Griselda. Tomo las llaves de mi auto, billetera y celular, apago la luz de mi oficina y salgo cerrando la puerta tras de mí.

Suena el timbre...

¡Me asusto!

Miro la hora en mí mesa de luz, son las once y cuarto de la noche. Lechuga salta de la cama ladrando como loco.

Bien.

No es una novedad que me encuentre fuera de su casa.

Yo Federico Betner soy un cachorro faldero con todas las letras.

Dejé plantada a Griselda por Victoria. Cambié una noche de sexo salvaje por venir tras la niña que revolucionó mi vida «qué pendejo Betner.»

Por un momento creo que no hay nadie. Finalmente se encienden luces y se asoma, por los cristales que hay a un lado de la puerta. Se sorprende al verme.

Se escuchan ruidos de llaves y cadenas y más cerraduras abriéndose, hasta que finalmente aparece.

—Federico ¿Qué hace aquí?

—Vine a hacerte compañía, ¿puedo pasar?

—Ahjam —asiente con su cabeza. Su cara está roja de llorar, su nariz hinchada la delata. Igual se ve bella, con un pijama rosa a lunares blancos y sus pantuflas de oso.

Se hace a un lado permitiendo que entre.

Toda la casa está en silencio, hay soledad y tristeza. Me alegro de haber venido. Su perro me mira con desconfianza, y mantiene su oreja en alto.

Cuelgo el saco de mi traje sobre el respaldo de una silla. Luego deposito sobre la mesa de comedor las llaves de mi casa, las del coche y mi billetera.

—¿Comiste Victoria?

—No, pero no tengo hambre. Ya estaba en la cama mirando una película.

Camino en su dirección, y me inclino para mirarla directo a los ojos. Esos ojos que hacen que pierda mi norte.

—¿Tienes hambre?

—No, ¿tú sí? —su cara me puede, la veo tan sola y vulnerable que una parte de mi quiere cuidar de ella y protegerla.

—Gracias, pero ya cené, ¿qué película estás viendo?

—Un Buen Año —su labio tiembla, creo que está con ganas de llorar nuevamente. Antes que suceda tomo su mano, y tiro de ella escaleras arriba, donde creo se encuentra su dormitorio.

—Me encanta esa película, vamos.

—¿Qué?

Está sorprendida pero obedece. Se la ve cansada, cansada y sola.

Yo cuidaré de ella. Sin acuerdos, sin dinero de por medio, ni sexo; nada, solo cuidar de una persona sin esperar nada a cambio. Será una experiencia nueva para mí, pero con ésta mujer todo es nuevo.

Llegamos al pasillo del segundo piso.

—Muéstrame tu dormitorio Victoria.

—Pero está muy desordenado Federico, no esperaba a nadie. —Una enorme sonrisa se forma en mi rostro, no lo puedo evitar.

—Eso me alegra, muéstramelo —mi voz es ronca. Tenerla cerca, y en una casa vacía, hace estragos en mi autocontrol. Caminamos hasta el final del pasillo pasando por varias puertas. En una de ellas me sorprende el letrero que cuelga al frente.

— ¿Prohibido Entrar?

—Era joven cuando lo coloqué. Esa etapa en que pasas horas escuchando música en soledad — mueve sus hombros restando importancia.

Sonrió pero con tristeza, mi vida es así, solo en mi gran palacio con un cartel de Prohibido Entrar en la frente. Estoy solo, además no dejo que nadie entre en mi vida. Estas jodido Betner, «Solo y jodido.»

Cuando entramos, me sorprende lo que veo. Una cama somier de dos plazas, con cubre blanco, un millón de almohadas, caja de pañuelos descartables y un juntadero de los mismos llenos de mocos. Una TV puesta en la pared con la película en modo pausa, y un paquete obscenamente grande de galletas con chispas de chocolate.

Detrás de la cama la pared es azul. Su dormitorio es íntimo e inspira tranquilidad. Un reflejo de quien habita en el mismo.

Tomo la palabra para así no crear falsas expectativas.

—Victoria sé que tu tío está internado, por esa razón hoy me quedaré aquí junto a ti. No temas, porque aunque no lo puedas creer, soy un caballero y jamás haría nada sin tu consentimiento. ¿Estamos de acuerdo? —por un momento duda, hasta que finalmente acepta.

—De acuerdo.

—Bien. ¿Podrías poner la película del principio? Hace tiempo que no la veo.

Obedece.

La película comienza y la sensación que siento es exquisita. Equivalente a veinte copas de vino, a un orgasmo, a ganar una nueva licitación. Siento placer, placer de compartir. Algo tan simple como eso, compartir con la persona que quieres.

«¿Quieres?»

Haré de cuenta cerebro que jamás pensaste eso.

Mi cerebro ríe.

Tomo asiento en la mullida cama. Quito mis zapatos y medias, luego de pie desprendo mi cinturón y fuera pantalón. Todo esto, bajo la atenta mirada de una, más que asombrada Victoria. La qué no ha cerrado la boca desde que entre en su recámara. Una vez doblado mis pantalones sobre una silla, me meto en la cama de bóxer y camisa hago señas invitándola a ocupar el otro lado.

—¿Pero dormiremos juntos?

—No le veo nada de malo. Somos dos adultos, y te di mi palabra de caballero, así que no corres riesgo... hoy al menos —ríó. Ella se afloja un poco y se mete en la cama. No antes de formar una muralla de almohadas en medio. No hay problema puedo vivir con eso.

Estoy incomoda.

Apretada y con calor.

Siento algo aprisionando mi espalda y un sonido molesto.

—Shhh Lechuga —¡no sé porque gruñe!

¿Gruñe? Ese no es Lechuga. Eso es un ¡ronquido!

«Mierda»

Estoy acostada de lado, con mi cabeza sobre el fornido brazo de Federico Betner, envuelta en un abrazo de oso. Su ronquido en mi oreja y su erección presionando mi espalda.

Taquicardia.

Aún no amanece, y este hombre duerme plácidamente, abrazado a mí.

«¡Dormimos juntos!»

Sí. Y no solo dormí, sino que dormí profundamente, en la seguridad que él inspira. Todo él inspira respeto, masculinidad y por raro que parezca protección. «Me siento protegida»

¿Pero qué hago ahora?

Trato de moverme un poco, pero él afirma su agarre y continúa roncando. ¿Cómo un hombre tan guapo y elegante puede producir ruidos tan molestos? Pienso.

¿Y mi muralla de almohadas?

¡No funcionó!

Despacio tomo el pesado brazo que está apoyado en mi cintura y lo levanto hasta liberarme de su agarre. Su miembro duro está presionando mi baja espalda. Suavemente trato de sentarme en la cama sin hacer ruido.

—¿Ya despierta?

«Mierda»

—Solo voy... al baño —no soy buena mintiendo. ¡Ni que lo digan!

—Mentirosa.

—Mentirosa yo ¿por qué?

—No puedes dormir con un hombre —está inclinado en la cama, apoyado en un codo. Tiene esa sonrisa sexy, que lo hace tan, tan, ¿comible? ni sé si existe esa palabra. Pero en verdad está para comérselo. Despeinado, sus ojos chiquitos de sueño y esa erección que haría babear a más de una mujer.

Me pongo de pie, con mis brazos cruzados.

—Bueno Federico, tienes razón. No puedo dormir, con alguien que produce tantos ruidos. ¡Me

despertaste!

—¿Cómo que te desperté? —está curioso, su sonrisa de perfectos dientes blancos me afloja las rodillas.

—¡Claro que lo hiciste! ¡Con tus ronquidos!

—Yo no ronco —pronuncia cada palabra remarcada con énfasis.

—Pues, si lo haces —imito su tono de voz y río, es muy cómico... ¿acaso nadie se lo dijo nunca?

—Nadie se quejó nunca. Bueno, salvo mi socio en una oportunidad en que compartimos hotel.

—Ahh, lo sabía —apunto mi dedo en su dirección de forma acusatoria y río.

Son solo fracciones de segundos, cuando Betner toma mi mano, con la que estaba señalándolo, y tira de mí a sus brazos. Aún se encuentra en la cama y caigo sobre sus rodillas, me estruja como si fuera un bebé. Me observa, solo se escucha nuestra respiración. Y el sonido de mi corazón que galopa a mil.

«Madre mía me va a besar»

Acaricia mi rostro con ternura.

—Eres hermosa —no para de observarme.

Con una de sus manos sostiene mi cabeza, mientras me tiene atrapada en su regazo. Al tiempo que con su mano libre, delinea mis labios con su dedo.

Está serio. Acaricia mi cuello, nunca rompe el contacto visual, su mano continua bajando, jamás toca mis pechos. Baja hasta mi abdomen y sube mi camisola de dormir, desliza su mano por la piel que circunda el ombligo.

Estoy bajo un hechizo, no puedo moverme. Apenas respiro, amo el tamaño de sus manos, adoro sus caricias, es donde quiero estar siempre. «En sus brazos»

Sé que si no freno ya, esto puede terminar mal, o bien, eso depende quien de los dos es quien cuente el cuento.

Retiro lentamente mi mano. Su piel es tan suave y perfecta, nunca nadie produjo tantas sensaciones en mí.

De a poco comienzo a incorporarla, hasta que está sentada en mis rodillas. El hechizo se rompe y por un momento, ella vuelve a ser la esquivada chica con la que estoy ¡casado!

Si, así es. El tema del *no* matrimonio continúa intacto. Ella lo dejó de lado cuando su tío enfermó. Y yo; y yo nada. Yo no he hecho nada para dejar en orden la “situación”.

No quiero dejar de verla, reconozco que estoy jodido, y las relaciones no se me dan bien. Salvo cuando ejerzo un papel de poder, el de jefe o el de galán, que sale una o dos veces con una chica y fin de la relación.

Jamás me interesaron los gustos de las mujeres, ni sus familias, nada de nada. La ecuación es simple. Cena, luego una copa de vino en casa, lo cual lleva a que terminemos en mi cama. Pasadas un par de horas las devuelvo sanas y salvas a su hogar. El negocio perfecto  $1+1=2$  y fin del cuento.

Pero esta mocosa me produce sensaciones raras. Hace que quiera estar con ella. Compartir, protegerla «Novia Betner, eso se llama quererla de novia»

El sonido del teléfono rompe nuestro hechizo, Victoria atiende y cuelga inmediatamente.

—¿Pasó algo?

—No. Nada solo era el servicio despertador. Lo activé para que suene a las cinco de la mañana. Tengo que irme a cuidar al tío

—¿No activas la alarma de tu celular?

—Es que no tengo uno, el día que fui al banco me lo robaron.

Tomo nota mental de comprarle un teléfono. Con su tío internado es indispensable que tenga uno.

—Federico, en verdad agradezco tu compañía esta noche. No es fácil dormir cuando la casa está vacía. Gracias, pero debo irme.

Afuera es plena noche. En invierno amanece a eso de las siete, y la calle esta desierta.

—Vístete, y te llevo —no me gusta que camine sola a esta hora, es peligroso.

—No te preocupes. Lo hago todas las mañanas, no hay riesgo.

—No fue una pregunta Victoria. Es una orden. YO TE LLEVO.

Y fin de la discusión, tengo mi auto estacionado en la puerta, no permitiré que nada le suceda.

Dicho esto, y de muy mal humor. Toma ropa de un pequeño placard y se encierra en el baño. Se escucha el sonido de la ducha. Y tengo que practicar unas respiraciones profundas, al mejor estilo yoga, para no meterme junto a ella en el baño.

«Ooommm.»



## Capítulo 5

Jueves

¡Estoy agotada!

Me desperté a las cinco de la madrugada. Le hice compañía al tío hasta las doce. Luego fui a clase hasta las cuatro de la tarde. Pase por casa para alimentar a Lechuga. Y nuevamente al hospital, para que la estadía del tío sea lo más amena posible.

Todos los que estamos junto a él, le llevamos, libros, en su mayoría de cocina y novelas de amor, también crucigramas.

Son las diez de la noche y literalmente fui sacada a la fuerza por el mismo Mario.

Mi tío quiere que descanse. Me nota delgada y con ojeras, lo que menos necesita en este momento es preocuparse por mí. Así que le hago caso. Beso su frente y nos abrazamos. Lo extraño, me siento sola sin él en la casa.

—Te amo viejito...

—¿Viejito? ¡Viejo los trapos querida! —grita indignado, con la mano abierta sobre su pecho. Se hace el ofendido, me hace reír.

En la calle veo un taxi, lo paro y subo, a esta hora ya no hay mucho transporte. Cuando llego, no puedo creer lo que mis ojos ven. Frente a mi casa está el BMW de Federico.

Cuando ve que se detiene mi taxi, sale de prisa del auto y se aproxima para pagarle al conductor. Por más que mis protestas no se hacen esperar. Argumento que no tiene por qué hacer esto. Que no es nada mío para pagar mis cosas, que soy una mujer grande y bla bla bla son en vano.

El taxi ya se fue, y yo continúo protestando.

—¿Qué haces aquí Federico?

—Bueno, recién terminé de trabajar. Y como tenía hambre, fui por unas hamburguesas y se me ocurrió pasar a alimentarte. —Eleva sus hombros restando importancia.

Ese gesto me roba una sonrisa. Y en este momento de mi vida, mis sonrisas son escasas. Tomo la llave de la puerta principal y un apurado Lechuga nos atropella para salir a orinar.

Cierro la puerta dejando a mi perro fuera. Betner mira asombrado.

—¿Dejarás al perro afuera?

—Sí, golpea para entrar.

—¿Golpea?

No puede creer que mi perro, sea más humano que cualquiera de nosotros. ¡Pero así es! rasca la puerta para entrar. Incluso sabe abrir la puerta de la heladera. Este Lechuga no es un perro fácil, para nada.

—¡Sí claro! —contesto chula y orgullosa de mi cusco.

Betner asume la misma rutina que la noche anterior, se quita el saco y deja sobre la mesa de entrada sus llaves y billetera.

Coloco dos individuales sobre el mesón central de la cocina. También vasos y una botella de agua con gas, Federico comienza a sacar de la bolsa todo un festín de calorías. Hamburguesas, papas fritas, aros de cebolla, mayonesa y kétchup.

Mis arterias aplauden por el festín de grasas trans qué estoy por ingerir.

La cena es amena, hay que reconocerlo Victoria es una mujer inteligente y con sentido del humor. Su personalidad alegre e irónica, hace que el tiempo vuele. Cuando nos damos cuenta son las doce, ella bosteza. Se la nota cansada, está sobre exigida y su cuerpo lo siente.

—Si quieres ve y acuéstate. Yo ordeno la mesa —ofrece una parte de mí, la cual no sabía que existía.

—No te preocupes, solo me duele la cabeza. Tomo un calmante y ordeno luego. Tu vete tranquilo, gracias por la cena.

¡Otra vez lo mismo! está intentando despacharme.

—Victoria, por si no te diste cuenta, mi intención es quedarme nuevamente, así no duermes sola.

—Lo sé Federico, y en verdad te estoy agradecida, pero...

—¿Pero?

—Pero no estoy acostumbrada, a dormir con nadie —admito finalmente.

Su boca se eleva en una sonrisa, tan grande como la del gato risón, de Alicia en el país de las Maravillas. No puede evitarlo. Lo hace inmensamente feliz, saber que no estoy acostumbrada a dormir con nadie. Eso lo hace ser, el primer hombre, con el que comparto ¡mi cama!

—Bueno, ya es hora de que te acostumbres.

—¿Qué? ¡No!

Tomo su mano para que se ponga de pie. La envié a que tome un calmante y luego que se dé un baño caliente. Yo me encargaré del resto.

Calculo que debe ser por la falta de sueño. Porque sinceramente, dudo que sea por el respeto que le inspiro, pero obedece. Abre un cajón de un mueble de la cocina, toma dos ibuprofenos y marcha escaleras arriba.

Tiro los envoltorios de la comida chatarra, todo bajo la atenta mirada de su perro, no me fio de él. No me gustan los animales.

Lechuga me observa. Me preocupa no caerle bien, noto que es parte importante de la casa.

Pero que tonterías Federico. ¡Eres un hombre pensante!

Lo sé, mi raciocinio me dice, que un perro es un perro y nada más. Pero mi lado humano indica que ese engendro de animal, es más que eso. Es un integrante de la familia.

Ordeno la mesa, tranco la puerta y apago las luces. Veo que el cuenco, donde el engendro tiene el agua está casi vacío. Tomo una jarra y lo relleno.

—Buenas noches —estoy quedando loco sí, lo sé. Pero saludo al animal. ¡Que dios me ayude!

Subo al dormitorio de Victoria, ella aún continúa en la ducha.

Repito la misma rutina de ayer. Fuera zapatos, medias, pantalón y camisa, odio arrugar mi ropa. Ayer conservé la camisa para no asustarla, hoy ya no corre con esa suerte. Del baño escucho arcadas, creo está tosiendo o vomitando.

Golpeo. «Nada»

Más arcadas, abro la puerta sin esperar respuesta.

Me encuentro a Victoria de rodillas, vomitando en el retrete. Está de ropa interior y camiseta corta, el pantalón de pijama cuelga de un gancho. Sostengo su frente, ella trata de zafarse, pero se lo impido.

Si no está bien, la ayudaré. Pasan unos minutos, cuando parece que está mejor. Se pone de pie y toma su cepillo de dientes.

—¿Estás bien Victoria? ¿Necesitas que llame un médico?

—No gracias. No me siento bien pero pronto pasará.

No puedo evitar mirar sus largas piernas, con su tanga negra, y camiseta de ejercicio gris, tiene el look de universitaria caliente, típica de película americana. Su cabello claro recogido en una coleta alta desprolija, me tienta a sostenerlo para besarla, es guapísima; incluso en este instante a minutos de haber vomitado.

Sale del baño, la sigo. Se mete en la cama y se tapa hasta el cuello, está con chuchos de frío. Toco su frente, me doy cuenta que vuela en fiebre. Procedo de forma drástica y a la vieja usanza, tal como lo hacía mi abuela. Destapándola, no estoy acostumbrado a cuidar de nadie salvo de mí. Por esa razón nunca tuve novia y ni hablar que jamás se me pasó por la cabeza el tema de la paternidad. Pero Victoria inspira cuidarla, ¿me veré reflejado en ella? dos almas solitarias sin deseos de formar familia.

—¿Pero qué haces? ¡Estoy congelada! —chilla en cuanto retiro su acolchado de plumas.

—Estás con fiebre, has vomitado los calmantes que tomaste. Así que medicina a la antigua, destapada y paños con agua fría en la frente.

—Con razón me siento fatal, pero ni se te ocurra ponerme nada frío encima —imágenes de mi cuerpo caliente sobre ella, asaltan mi mente «oh querida, yo sí que podría darte el calor que necesitas»

—¿Prefieres algo caliente encima?, porque puedo pensar en algo —río de lado y elevo una de mis cejas. Se sorprende, pero no es momento para asustarla. —Tranquila, te cuidaré —entro al otro lado de la cama, y comienzo a acariciar su cabello para calmarla.

Le indico que apoye su cabeza en mi pecho, sostengo su mano justo encima de mi corazón y caemos en un profundo y reparador sueño.

Mi celular corta el hechizo.

Escucho el sonido del teléfono, pero mi cerebro no se ubica.

¿Dónde estoy?

Poco a poco, me incorporo de la cama. Estoy cómodo, la habitación es muy oscura y fría. Raro, pero duermo bien y profundo en ella, en esta pequeña casa, sin calefacción ni lujos me siento muy a gusto. Es un hogar, hay olor a hogar. Mi gran departamento tiene calefacción central, huele a vainilla y lustra muebles, nunca a comida casera, jamás.

Respondo al molesto teléfono, que no para de sonar.

—Hola —mi voz es ronca, aún estoy adormilado.

—¿Amigo dónde estás?

—¿Manuel? ¿Qué pasa amigo? ¿Qué hora es, por que llamas tan temprano?

—¿Temprano? ¡Pero si son las nueve de la mañana! Estamos reunidos, esperándote para la junta sobre la maderera de Río Branco. ¿Lo olvidaste?

«Mierda»

—Me dormí —miro a mi lado y tengo a la hermosa Victoria acostada con su hermoso trasero al aire, es un manjar para la vista, y bien vale perderme de una estúpida reunión a cambio de esto.

—Encárgate tú Manuel. En la tarde hablamos, hoy no iré a la oficina.

—¿Estas bien Fede? —es lógico que se preocupe, soy un enfermo del control y jamás dejo de ir a la oficina. Pero las circunstancias de hoy lo ameritan, ese culo redondo y dorado lo amerita.

—Bien, cualquier cosa que necesites llama. —Mi amigo y socio sabe mejor que nadie, lo de no hacerme muchas preguntas, por eso cuelga acatando mi pedido sin decir ni mu. Ahh, María Victoria ¿qué me estás haciendo?

Viernes

Me despierta un fuerte dolor de cabeza.

Miro en mi mesa de luz, y el reloj marca las doce treinta. «Mierda me dormí» ¡pobre tío debe estar solo!

La persona del servicio de acompañantes se va a las seis de la mañana. Me siento horrible, tengo dolor de garganta y me duele la cabeza. Me levanto un tanto mareada, busco un pantalón de yoga para vestirme, mi casa está helada. Bajo las escaleras, me llama la atención que Lechuga no venga a mi encuentro, a medida que voy acercándome a la cocina escucho voces.

¡Federico, claro! lo recuerdo. Anoche se quedó a dormir, y me vio... ¡vomitar! Que la tierra se abra y me trague ya mismo.

Federico mantiene una charla con Lechuga.

—Es que no sé si puedes comer más de eso, te hará daño, ¿porque mejor no me dices donde guardan tu alimento?

Mi perro se encuentra acostado en el piso, sobre su colchón y con una pata se tapa el hocico, clara señal que no quiere escuchar lo que le están diciendo.

—¿Qué desayunaste Lechuga?

Ambos se asustan a la vez, Federico gira y sonrío. Estaba de espalda preparando un té, Lechuga queda con la cola entre las patas.

—Buen día Victoria ¿estás mejor?

Tomo asiento en una silla y acepto la humeante taza que me entrega Federico.

—En realidad me duele mucho la cabeza, y la garganta. Pero lo que más me mortifica es que mi tío está solo. La acompañante se marcha a las seis y no fui al relevo.

—Bueno ese problema ya fue resuelto. Me tomé el atrevimiento de llamar a la empresa y pagar por horas extras de compañía. Sofía llamo a tu tío para que no se preocupara, le dijo que no te encontrabas bien.

Estoy asombrada.

No me salen las palabras de agradecimiento. Pasa, qué cuándo siempre estuviste por tu cuenta en la vida, y alguien se hace cargo de todo, se siente lindo y raro a la vez. Es una liviandad sobre los hombros.

—Gracias.

Me regala una sonrisa seductora, que detiene mi corazón. «No me gusta los sentimientos que estoy teniendo»

—No es nada. Mientras dormías estaba pensando, que me gustaría que te fueras unos días a mi casa, mientras tú y Mario se recuperan. De esa forma estarás acompañada, y yo podré llevarte al sanatorio, para que no andes sola a cualquier hora de la madrugada. Además mi departamento tiene calefacción central, estarás cómoda, y podrás curarte mejor.

—¿Qué? ¡No, ni loca! No dejaré mi casa, además está Lechuga, él no puede quedarse solo tanto tiempo. ¡Extrañaría!

—Ya pensé en eso, lo llevaríamos con nosotros.

—No es perro de apartamento. Seguro sufrirías de las consecuencias por tenerlo encerrado. Camino y apoyo mis manos, frente a donde está sentada.

—Estoy dispuesto a correr ese riesgo *por ti*, y otra cosa, tienes que ver a un médico hoy mismo.

—Pues, no puedo.

—¿No puedes por qué exactamente?

—Porque, no tengo ningún servicio de salud, ni público, ni privado.

—Eres un caso María Victoria, ¿Cómo puedes estar sin sistema de salud? ¡Al menos el gratuito!

—Lo sé, pero es que jamás enfermo. Y cuando nuestras deudas comenzaron a juntarse, deje de pagar el mío, para continuar pagando el de Mario.

—¡Desastre!

—Gracias por tu calificativo. Pero no iré, y tampoco veré médico, mañana ya estaré mejor. Esa es mi respuesta final.

— ¡Irás!

—No... ¡claro que NO!

Pasadas dos horas, Lechuga termina de olfatear el departamento de Federico Betner.

Prácticamente soy traída a la fuerza. Mi única condición, es tener un dormitorio independiente. Me siento mal, afiebrada y con dolor de cabeza, antes de mi exilio forzado, también fui llevada a ver al médico privado de Betner. Este me recetó, antibióticos para mis llagas y calmantes para la fiebre y el dolor. De camino Federico paró en una farmacia, y compró todo sin preocuparse de mis quejas.

No quiero dormir junto a él. Tengo vergüenza, que me vea en este estado. Él todo un galán, alto con ojos color mar, sonrisa apta para comercial de pasta dental, abdominales que uff, para que hablar de sus abdominales; solo diré, que pensé que esas cosas únicamente existan en las revistas gracias al Photoshop. Pero no ¡son reales! y Betner tiene una tableta de chocolate en su abdomen. Pese a que estaba vomitando y a punto de morir de dolor de cabeza, no pude evitar fijarme en ellos la otra noche.

¿Qué si moriría, de un pico de glicemia, por esa gran tableta de chocolate?

¡Si obvio!

«¡Basta Victoria!»

No muy a gusto, Federico me asigna un dormitorio de invitados. Tiene un baño en suite que es hermosísimo y enorme. Una pared entera es ventana y junto a mi recamara está la suya, compartimos balcón, los ventanales corredizos dan a una terraza con amplios sillones. La vista a la playa quita el aliento, ¡todo aquí quita el aliento! el departamento, el dueño. En fin ¡todo!

En el centro de la recamara, una gran cama con cover de plumas en color azul y almohadones blancos, TV plana enorme y vestidor, ¿pueden creer que los ricos, tienen toda una habitación, para guardar su ropa? Yo con dos cajones, son más que suficientes. Dejo mis magras pertenencias en el “guarda ropa”. Apoyo mi mochila con apuntes de la facultad sobre la cama. Lechuga se acomoda en el sillón. Debo admitir que esta casa es un palacio, y que Betner no solamente es el hijo de puta que quiere pagar por mi virginidad, también descubro que hay un ser humano tras el galancito.

Golpea y entra todo a la vez.

—¿Necesitas algo que no tenga la recamara? ¿Algún pedido especial? Porque iré a la oficina un momento, cuando regrese te puedo comprar lo que quieras.

—No es necesario. Todo es... perfecto. Dime en que puedo ayudar, me siento un estorbo sin hacer nada. —Cuando estoy sin fiebre me siento animada.

—No eres un estorbo, tú solo descansa.

—De verdad, me gustaría ayudar. ¿Quieres que cocine? Porque lo hago muy bien —pongo mi patentada risa pícara para convencerlo, aunque luego dudo de mi propuesta, no sé qué tipo de comida le gusta a los ricachones como él. Seguro hace alguna dieta especial para tener ese cuerpazo, y yo soy criada, en una casa en que cuando se termina de comer, hay que desprenderse el botón del pantalón. También está el tema de la casa, es tan reluciente que seguro si engraso algo me ¡mataría!

—Sería un honor que me cocinaras. —¿Un honor? Y lo dice serio. Bueno tampoco es que sea una chef, solo comida casera, no se preparar cosas muy elaboradas, mi especialidad es la pasta.

—Bien cocinaré entonces. ¿Algún pedido en particular?



—Sorpréndeme.

Y dicho esto sale de la casa, con su gabardina y traje sin corbata. Autocontrol. ¿Dónde está mi autocontrol cuando lo necesito?

«¡Dios mío que hermoso bastardo!»

Me va a cocinar, siempre pensé que la cocina es un gesto de amor. ¿Será, porque mi madre nunca lo hizo? Yo tampoco sé mucho sobre cocinar, dar amor y cosas por el estilo. Conozco mis falencias, soy autoritario, engreído, egoísta y rencoroso. Seguro que si pienso un poco, encontraría más defectos.

Pero que ésta mujer, cocine para mí, produce sensaciones raras. Me siento especial, ¿mimado?

¿Tendría que ir a un psicólogo! A un puto psicólogo, para qué acomode la mierda que dejaron mis padres en mi cabeza. ¿Tendrá razón Manuel?

Bueno, aunque ahora tengo a una hermosa y sensual, proyecto de psicóloga para que me analice. Seguro que donde sepa algo sobre mí pasado, o gustos saldría disparada. Es muy inocente. Eso es lo que más me atrae de ella. Que ignore en parte, las perversiones del mundo, la cabeza retorcida de un ser como yo.

Mañana es sábado, el día que acordamos para estar juntos. Es el día que acordé para hacerla mía.

Pero no quiero que esto sea así. Ahora quiero otra cosa, antes me excitaba la idea de ponerle precio y decidir donde y cuando se daría el encuentro. Pero ahora... ¿Qué me pasa? ¿Qué quiero de esto?

¿Una novia? Es eso estúpido y faldero Betner, ¿quieres una novia?

«¡No!» Claro que no.

Pero la maldita realidad, es que son las cinco de la tarde, estoy en mi escritorio, y muero de ganas de llamar a mi casa, para ver cómo se encuentra. Cuando la dejé estaba mejor, con los antibióticos y los calmantes, no la llamaré.

No la llamaré.

No la llamaré.

Miro fijamente mi iPhone, y éste. Me sorprende, atiendo.

—Betner —por un instante, pensé que podría ser Victoria quien llamara. Pero el ronroneo de una voz femenina, sale del otro lado.

—Hola papurri ¿por qué me dejaste plantada la otra noche? ver el show sin ti, no fue lo mismo.

—Hola Griselda, ¿cómo estás amor?

—Bien hermoso con ganitas de verte, ¿puedes hoy? Alfred sigue en Brasil —me tienta la invitación, Griselda sabe cómo complacer a un hombre, siempre lleva algún juguete nuevo o alguna amiga para que lo pasemos bien. Buen sexo, champagne, y nada de llamadas posteriores ni reclamos. Ella felizmente casada y yo felizmente soltero, la dupla perfecta. —¿Paso por ti a las diez?

—A las diez —repite. —Espérame en la esquina de casa como siempre.

Cuelgo sin responder, de todas formas esto no cuenta como infidelidad ¿verdad?

Porque yo no tengo una relación. Pero me siento malditamente culpable, por armar este plan sin consultarle a Victoria.

—¡Te juro Sofía que prácticamente me obligó a venir! Decía que mi casa es helada, que no me cocinaría, que no puedo entrar y salir para ir al hospital a cada rato, mientras tengo una infección. ¡Incluso me hizo sentir culpable que contagiaría al tío si iba en ese estado!

Camino descalza, por la amplia cocina mientras hablo con mi amiga por teléfono.

—Eso hace un hombre, cuando gusta de una mujer tontita.

—Tontita tu madre.

—Hablando de mamá, ella te manda un beso y te trajo unos perfumes del viaje.

—Ahh tan linda mándale otro.

—Además concuerdo con Federico. Tu casa es una cripta fría, seguro ahí estarás mejor.

—¿Mejor? ¡Pero si no sé qué hacer aquí! Me siento una total extraña, no quiero tocar nada. Me la he pasado en mi dormitorio con Lechuga estudiando.

Una asombradísima Sofía, no puede creer que mi perro este aquí conmigo.

—¡Claro que esta acá, sin Lechuga no hubiera venido!

—Ok listo, ya entiendo todo. No solo le gustas Victoria, ¡ese hombre está enamorado de ti amiga! Por lo poco que sé, Betner es un maniático del orden y no le gustan los animales. Si aceptó, traer a eso que tú llamas perro, a su lujoso departamento ¡esto es serio mamita!

—Pero mira que dices locuras, ¡cómo va a estar enamorado de mí! —río al tiempo que giro para salir de la cocina.

«Chan»

Y así es señores, lo que piensan sucedió.

Al dar media vuelta, veo a Federico, observarme desde la entrada de la cocina. ¿Cuánto escucho? No lo sé. «Espero que poco»

Mis ojos alucinan, ante lo que tengo delante, paso a describirlo.

Llego de la oficina. Cuelgo mi saco en el despojador que hay en la entrada, en ese momento escucho voces desde la cocina. Camino en esa dirección y la imagen que tengo delante, es de lo más sensual que he visto en mi departamento, y eso que por aquí han pasado, súper modelos con lencería de lujo y demás.

Pero Victoria, la maldita, caprichosa y sexy Victoria, está usando un mini short de pijama gris, una camiseta manga tres cuartos a tono y sobre ello un delantal con peto negro. Descalza y con el cabello recogido en un desprolijo moño, la podría describir como sensual y salvaje. Lo peor de todos es que al parecer, ella ignora su propia belleza y sensualidad.

Cristo, si fuese mi mujer, ya estaría sobre el piso, con sus piernas alrededor de mi cintura, gritando de placer.

«Si fuese mi...»

Pero como no lo es, ni lo será. Solo puedo ser un mero espectador, un voyeurista, y deleitarme con la vista de ese turgente culo, el que me da ganas de palmear y estrujar.

Se encuentra al teléfono con Sofía. Tiene los codos apoyados sobre la mesada, de espaldas a mí, ignora mi presencia. La vista no puede ser mejor, ¿Cuánto escuche de la conversación? Lo suficiente, créanme.

Gira, y al verme, se pone nerviosa. Rápidamente, saluda a su amiga y cuelga el teléfono. Se excusa.

—Fue ella quien llamó, yo no he usado el teléfono para nada.

—¿No has llamado a tu tío? —piensa que me preocuparía, si usara el maldito teléfono. ¿Es un chiste verdad?

—No, solo me enteré con Sofi, que está bien y mañana sábado le darán el alta.

—Llámalo tú. Si es por la cuenta del teléfono, créeme que puedo pagarla. Y otra cosa, tendremos que comprarte un celular. No es seguro que no tengas uno.

—¡Ni, se te ocurra! —lo pronuncia como una amenaza y entrecierra sus ojos de gato.

«Adorable»

—Pues resulta que SI se me ocurre, y SI compraré uno para ti. —Está molesta y cruza sus brazos. Instantáneamente mis ojos viajan en dirección a sus pechos, los que ahora están más marcados.

—¡Pero no quiero, que me compres nada! —eleva el mentón en señal de y enojo.

—Ya compré más que eso. ¿O lo olvidaste cariño? —imito su gesto, y también cruzo los míos. Descalza queda varios centímetros por debajo de mí. Mantengo la mirada en la de ella, hasta que finalmente baja su cabeza con culpa, y se sonroja.

—Lo sé, pero eso es diferente, fue pura necesidad y no estoy segura de poder cumplirlo. Mañana el tío saldrá del sanatorio y tengo que estar con él en casa. Así que por el momento no hay trato, no quiero tu dinero.

Ella ignora, que el dinero ya está en su cuenta, desde el día que realizamos el acuerdo. Jamás la obligaría a cumplir el trato, entiendo por lo que está pasando y su familia está primero.

—Lo traeremos acá, va a recuperarse mejor que en tu fría casa. —El muñeco de nieve que siempre fui, se está descongelando. ¡¡PELIGRO ALERTA!! ¿Tendrá razón Sofía y me estaré enamorando?

¡Nooo!

Su cara. Su cara es un poema. Partes iguales de asombro, enojo y prejuicios.

—¡No, claro que no! iremos a nuestra casa y fin del tema Federico.

—Ah chiquita orgullosa “y fin del tema”, no me conoces bien pequeña, ya veremos quien ríe último.

«Yo Claro»

—¿Que cocinaste para mí? —cambio de tema.

—Crepes de mozzarella y pollo con salsa crema, de cherrys y ciboullete. Espero te guste, fue lo que pude hacer con lo que encontré en tu refrigerador. —Pone carita de niña, la cual muestra un dibujo a su padre esperando aceptación.

—Me parece perfecto, y suena delicioso, me lavo las manos y cenamos.

—¿Tan temprano? —es verdad, no son ni las nueve, pero como tengo planes, tendré que acelerar este tema.

No veo la necesidad de mentirle.

—Es que tengo una cita más tarde, si no te molesta prefiero cenar temprano.

—Oh, sí claro, ya caliento la comida. —Da media vuelta y comienza con la tarea de emplatar los creps, para meterlos en el microondas. No sé si soy yo o huelo celitos, mmm chiquita, si me lo pidieras con todo gusto me quedaría aquí.

Cenamos tranquilos, la comida es ¡deliciosa! Que mala combinación, mujer guapa y excelente cocinera, faltaría saber si es buena en la cama. Ojala que no, sino tendría que pedirle casamiento ¡ya mismo!

Levantamos los platos, cargamos el lavavajillas y nos despedimos. Son nueve y cuarenta, debo ir por Griselda. Bajo hasta el estacionamiento donde está mi coche, dudo.

Por un momento, dudo si ir a los brazos de la loba feroz, o quedarme con la caperucita roja que tengo en casa. Luego de unos minutos de debate interno, opto por la loba, pongo en marcha el auto y me voy.

¡Se fue!

Y sí, claro que se fue, ¡si no somos nada!

Tiene todo el derecho del mundo, de marcharse a las citas que quiera. Eso lo dice mi lado racional, pero mi lado de hembra, está celosa, ¡muy celosa! se me caen las lágrimas, pensando en lo que debe estar haciendo. Teniendo sexo caliente, con alguna mujer de mundo, elegante, alta y sofisticada.

¿Y yo? Nada, mirando una película. En el living de su casa, con mi perro, un viernes de noche.  
«Patética» grita mi subconsciente.

Tomo mis antibióticos, y me recuesto a mirar la tele. ¿Justo qué película están dando? Mujer Bonita.

«Bingo»

Me doy por aludida, sexo por dinero.

Tengo sueño, espero que termine la película y me voy a la cama.

Una respiración en mi cara hace que me despierte asustada.

Federico se encuentra de rodillas, a un lado del sillón donde me he quedado dormida.

Creo estaba acariciando mi cabello. Se encuentra de camisa, se ha quitado el saco y tiene sus dos primeros botones desprendidos. Huele divino. No sé cuánto hace que ha llegado. Me observa raro, aún estoy media dormida, pero lo noto extraño, sonrío de lado con calidez.

—A la cama —pronuncia suavemente. Pasa sus brazos por debajo y me levanta como si fuera una princesa y pesara ¡nada!

Camina por el pasillo, donde se encuentran nuestros dormitorios, pasa por alto el mío y entra al suyo.

—Pero, Federico... —intento protestar.

—Shhh, solo dormir, lo prometo —me acuesta, y tapa con un hermoso edredón gris. Su cama es deliciosa, cómoda y tiene su olor.

Él entra al baño, escucho la ducha, luego cepillada de dientes y por fin viene. Está usando solo un bóxer negro. Se mete en la cama, y en un tierno gesto, coloca mi cabeza sobre su pecho. Me acurruco, me gusta esta sensación, sentir su piel en mi rostro, entro en un sueño calmo nuevamente. Casi cuando estoy dormida por completo escucho.

—¡Te extrañé! —y casi, casi sin darme cuenta respondo un

—Yo también.

## Capítulo 6

Sábado 8:00 am.

Estoy en la cocina preparando café. Sé que a Victoria le gustan los capuchinos, así que pongo de todo mi esmero, para que el suyo salga perfecto. Sirvo jugo de naranja y pongo pan en el tostador.

Anoche nuevamente dormimos juntos. Cuando llegue a casa, pasada las dos de la madrugada, y la vi dormida, no pude aguantarme.

La miré dormir, la observé un rato largo y también la besé. No sé qué me pasó, pero no pude controlarme. Le di un tierno beso en sus dulces labios. Ella se despertó por mi presencia, pero ignora el beso.

Durmió en mi cama. Es la primera vez, que una mujer pasa toda la noche en mi cama. Solo la uso para sexo y punto final. Terminada la diversión, llevo a mi acompañante a su casa, para descansar tranquilo.

Ella hace que duerma bien, me da paz escuchar su respiración, es como un bálsamo. Me gustó abrazarla y que me lo permitiera.

Luego de volver de mi cita con Griselda, me sentí sucio, me sentí ¿infidel?

No sé porque tengo ese sentimiento, de que traicioné algo. Si la realidad es que ¡no! No traicioné nada, porque no hay nadie a quien rendir cuentas.

Camino al baño para afeitarme, luego iremos por el tío de Victoria. Sé que no será fácil, pero no daré opción, lo traeremos a mi casa, quiera o no.

Entro en el baño de la recamara de invitados, para no despertar a la caperucita que está durmiendo en mi cama. Y ¡oh sorpresa!, que dentro de este, encuentre a mi señora esposa, cepillando sus dientes. Su pelo está enmarañado, y sus ojos más verdosos.

Se sorprende al verme entrar tan de golpe.

—¿Pero tú nunca golpeas? —comenta con una sonrisa y su boca llena de pasta de dientes.

—No generalmente. Eso pasa, cuando uno vive solo por mucho tiempo.

Me observa espejo por medio, nuestras miradas se encuentran en él, le sonrío. Luego tomo la espuma de afeitar, y comienzo aplicarla en mi cara.

—Ejeem no quiero interrumpir, pero estas en “mi dormitorio”.

—Bueno técnicamente estoy en “tú baño” —continúo con mi tarea, de colocar espuma en mi rostro para luego afeitarme.

De pronto, soy salpicado con agua fría, mientras ella se enjuaga su boca. Pone cara de compungida y se disculpa.

—Oh disculpe Federico, que torpe, es que no estoy acostumbrada a compartir... baños —hace caritas y eleva sus cejas de forma triunfal. En ese momento, la palma de mi mano, cargada con espuma aterriza en su rostro.



Frunce su cara para evitar tragar la espuma. Se limpia con su mano, la que obviamente, aterriza en esta oportunidad sobre mi cara

—Ahora si está bien espumoso señor Betner —sonríe, la muy descarada ¡sonríe! y tiene hoyuelos en sus mejillas «¡me está matando!»

Camino amenazadoramente en su dirección, mientras que con una mano sacudo la espuma. Comienzo a cargar una copiosa cantidad en la otra. Ella retrocede, un paso, dos; yo continúo caminando, va dando marcha atrás y sale corriendo, voy tras ella, gira y se esconde dentro de la bañera, muerta de risa.

«Jaque mate» con solo un dedo abro la manija de la ducha la cual se dispara sobre ella, empapándola en segundos. Grita y ríe, cuando intenta escapar, la atrapo.

«Ya está, es mi presa»

La presiono contra la pared, hundiendo mi boca en la suya. Levantándola del suelo, deja escapar un gemido, el agua fría cae sobre nosotros. Una parte de mi cerebro, la sensata, me dice que no le debe hacer bien este baño helado, habiendo estado con fiebre hace dos noches. Pero mi parte primitiva, la de hombre de las cavernas no me deja pensar, solo actuar, como una fiera, como el animal que soy y estuve tratando de controlar.

Abre su boca para hablar, pero solo logra que mi lengua entre en ella.

—Shhh no digas nada —pronuncio mientras le doy un apasionado beso. Muerdo su labio, ella jadea, toma mi cabello para acercar más mi boca a la suya.

Tiene la ropa adherida al cuerpo, casi sin pensarlo la desnudo, dejándola de tanga y corpiño. La levanto en brazos y la llevo a la recamara. Victoria intenta decir algo nuevamente, pero no se lo permito «el momento llegó» estoy agitado, mi corazón late a mil y mi erección no aguanta más.

Ya no hay vuelta atrás, la dejo caer en la cama, apoya en los codos tratando de persuadirme. «No lo lograré»

Me dejo caer sobre ella y comienzo a gatear hasta que mi cara está frente a la suya.  
Susurro

—Victoria, quiero hacerte el amor...ahora —espero que diga algo, pero no lo hace. El silencio otorga, me siento a horcajadas sobre su cadera, y se me hace agua la boca. No sé por dónde comenzar, apoyo mis brazos uno a cada lado de su cara, bajo mis labios hasta su largo y sensual cuello, voy dejando un camino de besos, deja caer su cabeza hacia atrás y su pecho sube y baja.

Está o mejor dicho estamos nerviosos. No es que sea mi primera vez, pero Victoria despierta sensaciones, que jamás sentí. Continúo besando sus hombros y clavícula, es tan sexy. Su piel blanca y suave es una invitación al pecado. Me tienta dejarle marcas de propiedad, deslizo una mano por su espalda y desabrocho su sostén, lo saco del medio y sus dos pechos grandes y firmes asoman ante mi lujuriosa mirada. Debo tener presente que es virgen y ser cuidadoso, continúo bajando con mis labios hasta uno de ellos, deslizo mi lengua sobre su pezón, ella se retuerce debajo de mí. Subo nuevamente hasta su boca, una de mis manos sostiene su cabeza mientras nos besamos, con mi mano libre tomo su muslo invitándola a rodear mi cintura con él, lo hace, es buena aprendiz.

Mi pene está a punto de romper mi ropa interior si no lo libero, le doy un pequeño y casto beso en los labios antes de ponerme de pie, «Algo así, como la calma antes de la tormenta». Comienzo a

desnudarme, lentamente bajo su atenta mirada. Trato de mantener en todo momento el contacto visual, quiero saber qué piensa, que está sintiendo. Su cara de sorpresa, cuando termino de bajar mi bóxer me mata de amor, «¡oh si querida estoy bien dotado!», pero no temas, es amigable y tendremos mucho cuidado.

Luego de quedar como dios me trajo al mundo, vuelvo a la cama y comienzo a deslizar lentamente su tanga por sus largas piernas, dejando su intimidad al descubierto. Por un momento intenta taparse, pero sujeto sus brazos para impedirlo. Mis manos recorren todo su cuerpo, finalmente llego a sus pliegues, los separo cuidadosamente y acaricio su clítoris, siento la humedad brotar de ella, está excitada, pero aún no lo suficiente.

Me coloco de rodillas en el piso, tengo que probarla, muero por probarla, desde la primera vez que la vi. Jalo sus piernas hasta que la tengo donde quiero, su trasero en el borde de la cama. Subo primero una y luego otra de sus piernas sobre mis hombros y hundo mi cara en su sexo.

—Federico, no ahh, por favor no —está apenada y excitada a la vez, ignoro su pedido. Mi lengua comienza una danza sobre su clítoris. Está muy húmeda, juego con su cuerpo, lo saboreo, lo devoro, lo huelo y cuando la veo entregada por completo, a punto caramelo, me sitúo, y con mis manos tomo sus rodillas, separando sus piernas. La punta de mi ancho miembro, ya está en posición sobre su abertura, mi boca sobre la suya, dejo un tierno beso y le explico.

—Vida esto puede doler un poco.

—Ahjam —asiente, pero no puede hablar, está muy agitada.

Y sin más entro en ella, por un momento detiene su jadeo y freno.

—¿Estas bien? ¿Duele mucho?

—Si... bien, duele pero continúa —entonces rodea mi cintura con sus largas piernas, dándome carta blanca.

Con una segunda estocada, estoy dentro suyo por completo.

Es estrecha y caliente, le doy un momento para que se aclimate, y comienzo a moverme. Salgo lentamente y entro poco a poco, impregnando mi miembro con su humedad, repito el movimiento, ella deja escapar un gemido y toma mi cabello con sus manos. Pienso que no tengo un preservativo conmigo, lo pienso, pero no hago nada para detenerme. Beso sus pechos, y tomo su trasero con ambas manos, descanso mi peso en ella, aumento el ritmo de mis embestidas.

Victoria se mueve buscando mayor contacto y comienza a gemir, al notarla próxima al orgasmo, acelero mis movimientos, jadea, gime, grita y se viene, en mis brazos, toda mía, su primera vez, su primer hombre. Toco el cielo con las manos.

Apenas se recupera descargo todo lo que venía acumulando desde hacía semanas. Hundo mi cara en su cuello, ahogando un grito y clavo mis dientes en ella. Me dejo ir, la sensación es increíble, jamás sin protección ¿pero por qué con ella soy diferente? No sé y no lo voy a pensar ahora, fue mía. ¡Es mía!

Salgo de su interior, la estrujo contra mi pecho. Nos arropo con el edredón, que ahora se encuentra manchado de sangre por su virginidad perdida y beso su frente.

«Silencio» No sé qué estará pensando.

—¿Estás bien? —me preocupa su silencio, temo no le haya gustado.

—Sí... —algo no está bien, solo que no sé qué.

No puedo creer que finalmente sucediera. Pero todo es diferente, ¡esto fue diferente!

No me acosté por el puto acuerdo. Solamente se dio así, él me gusta, y mucho.

«¡Mierda que hice!» ¿Qué va a pensar de mí?, que soy una puta, una prostituta, que en vez de estar parada en una esquina, meneando el trasero. Acuerda un pago, pensará que finalmente cumplí mi parte del trato. Quiero llorar, me siento sucia y vulnerable, perdí mi virginidad con un hombre que pagó por ella.

Tengo asco de mí, solo quiero llegar a mi casa, meterme en la cama para llorar.

—Federico no usaste protección... —mi voz es fría y distante.

Besa mi frente.

—Lo sé cariño, y lo lamento... jamás he hecho algo así, pero no pude separarme de ti. Simplemente no pude razonar. Tengo mis chequeos al día y estoy limpio —rodea mi cuerpo con sus brazos, mientras me habla al oído. —Eres tan increíbles Victoria, que cuando te tengo frente a mí no logro pensar con claridad.

—Necesito alguna píldora, de esas que... —no sé cómo decírselo, ¡de esas que evitan un embarazo no deseado! Pienso.

—Si claro, ya mismo pido a la farmacia —se pone de pie y desnudo, con su glorioso cuerpo sale del dormitorio. Aprovecho ese momento para tomar ropa y entrar al baño.

Miro mi reflejo en el espejo, siento su semen deslizarse por mi pierna, finalmente mujer.

Jamás pensé que sería así.

Acaricio mis labios, están hinchados de sus besos, en mi piel hay marcas de pasión, mi cuello tiene la mordida con la que ahogó su orgasmo. Todo es tan triste, quiero salir de este lugar cuanto antes. Tomo una ducha rápida, me visto y salgo del baño ya vestida, me sorprende encontrar a Federico en la cama, con una bandeja de desayuno para los dos. Pensé encontrarlo, bañado y listo para despacharme de su vida. Se asombra, al verme vestida, salgo y tomo mi bolso. Sin mediar palabras camino en dirección a la puerta. Federico se pone de pie y sale a mi encuentro.

—Victoria, ¿dónde crees que vas?

«Tengo que escapar»

—¡Me voy! gracias por cuidar de mí, tengo que ir por mi tío —hablo entrecortado, no quiero llorar; no aquí y no ahora.

Coloca sus manos en mis hombros y me observa a los ojos, —Está bien, pero deja que al menos te lleve. ¿Pensé que iríamos juntos?

—¡No! no, gracias —me zafo de su agarre y salgo del departamento.

Comienzo a caminar por la calle, un mar de lágrimas caen por mis mejillas.

« ¡Que estúpida fui!»

¿Se fue?

¡Se fue!

Pero ¿qué carajo hice mal?

De la sorpresa paso al enfado. «¡Mujeres!»

Fui caballero, y todo se dio tan naturalmente. Estoy seguro de que ella deseaba lo mismo.

¡No las entiendo ni un poco!.

Lechuga me observa. Un As bajo la manga —Tendrá que volver por ti amigo —en su locura de huir olvido a su perro.

El engendro de oreja y media, me mira a los ojos. Su mirada es desafiante. Y lenta, muy lentamente, levanta la pata y ¡noooo!

¡No lo puedo creer! Acaba de mear un sillón de cuero blanco que hay en mi sala.

«Vendetta»

—¡Pero como te atreves! ¡No se hace eso! Perro malo —protesto mientras busco unas toallas de papel, para limpiar el desastre, Lechuga se ríe de mí.

«Lo juro me mira con una sonrisa»

Luego que dejo todo en orden, tomo una ducha rápida. Voy a la cocina, miro la cafetera y en cuanto estoy por encenderla, cambio de opinión «un paso al costado café, esto es un trabajo para el alcohol» me sirvo dos dedos de whisky sin hielo. Lo tomo de un trago, el líquido ámbar calienta mi garganta. Plan, necesito un plan.

Estoy molesto y mi primer pensamiento, es no llamar más a la loca de Victoria. El segundo es ir por ella, meterla en la cajuela de mi coche, y secuestrarla.

Ninguno de los dos son buena idea.

Llego al sanatorio y mi tío me recibe con los brazos abiertos.

—Hola pichona, ¿estás mejor? —pregunta mientras me recuesto en su pecho y lo abrazo. Una y otra vez tengo que repetirme que no voy a llorar. —Sí, mucho mejor, ahora que mi viejito loco vuelve a casa —ríe y tira de mi oreja como cuando era una mocosa.

Ya tenemos el bolso pronto, y estamos a punto de marcharnos cuando llaman a la puerta.

—Adelante —digo en alto. Esperaba que fuera el cardiólogo, para darnos el alta firmada. Pero no. Me sorprende, bueno en realidad no tanto. Federico ingresa a la habitación donde está mi tío, en el fondo, muy en el fondo esperaba ese gesto de él. Quería que viniera por mí, quería marcharme y que me siguiera. «Ególatra»

Entra y me dirige una fría mirada, llena de enojo y palabras por decir, se lo nota molesto. Camina hasta dónde está mi tío, le estrecha la mano.

—Mario, me alegro que esté mejor —el tío aun esta delicado pero en humor ya volvió a sus andanzas

—Pero mira que muchachote vino a verme, no me envidies Vickita.

Pongo mis ojos en blanco, e ignoro la charla. Continúo guardando las cosas que trajimos, así de una vez por todas podemos irnos.

Salgo un momento de la recamara, hasta la farmacia para buscar los medicamentos del corazón y la presión arterial, que tendrá que tomar de por vida. ¡Más gastos!

Y la sorpresa que recibo, cuando vuelvo a entrar, los dos hombres tienen toda mi vida organizada.

Creo que el infarto, debe de haber atacado la cordura de Marito, porque está de acuerdo en terminar su recuperación en la casa de Federico. «¡Pero si ni lo conoce!»

No, debe ser un chiste, un muy mal chiste.

—Yo no iré.

—Lechuga está allí —aclara Federico de forma cortante.

—No iré. —Repito mirándolo a los ojos. Nuestras miradas sacan chispas.

—¡Si irás! —esta vez es mi tío quien responde.

—Pero...pero, ¡tío!

—Nena, Federico me explicó, que pone a nuestra disposición su casa, para terminar mi recuperación. Sinceramente creo voy a estar mejor ahí que en nuestra frío hogar. No te enojas mi niña, prometo solo serán unos días.

Giro sobre mis talones refunfuñando por lo bajo.

—¡Está bien!

Finalmente Victoria acepta.

Su tío me da un guiño, y cuando ella está de espaldas pone su pulgar arriba.

El Quid de la cuestión fue ser sincero. Bueno «casi sincero» porque sería un demente, si contara que le propuse dinero por sexo a su sobrina. Aunque eso ya fue cosa del pasado. Finalmente ocurrió lo que tanto quería, pero fue de común acuerdo, nada de lo planeado en un principio.

Debo reconocer, que me atrae Victoria, y mucho. Es un sentimiento de mierda. Ya que me gusta ¡pero no la puedo controlar! No sé qué pasa por esa cabeza suya. «Mierda»

A Mario le dije que me gusta su sobrina, que le hice compañía mientras él estuvo mal, que la cuide cuando ella enfermó. Pero que Victoria tiene miedo al compromiso «Mira quien habla» ¡lo sé!, siempre le tuve pánico al compromiso, pero bueno, algo está cambiando, aún no sé bien qué. ¡Si estoy loco! me meto en la fosa solito, pero ¡mierda! No puedo evitarlo, la quiero en casa, me gusta ahí. Me siento acompañado, quiero que me cocine y dormir juntos abrazados.

¡Eres un caso Betner! ¿Y tú feliz soltería dónde está? ¡La mandaste al garete!

¿Garete? Ni sé qué significa eso, a la mierda mi feliz soltería se fue a la real mierda, la quiero a mi lado. ¡Y ya!

Cuando llegamos a mi departamento son las ocho de la noche, su tío queda impresionado con la gran cocina, —Mario mi cocina es tu cocina —hago un gesto con mis manos abriendo mi hogar para lo que quieran, el ríe y agradece.

Su tío es alojado en una recamara de invitados en la parte opuesta a donde se encuentran la mía y la de Victoria. ¡*si claro que fue a propósito!* Tengo todas las intenciones, de colarme por las noches en su dormitorio. Por suerte el tío parece un hombre de mente abierta, y creo no estorbara entre nosotros.

A medida que les hago un tour por la casa vemos los “regalos” que ha dejado su “perrito”.

Maceta con planta rota y encima meada, zapato masticado, toallas regadas por la casa, en fin un claro caso de rebeldía canina.

¡Es increíble lo que logra una mujer! ¡Su poder es fuerte! «Bruja» Hace que un maniático del orden y la limpieza como yo, permita que un perro raza ¡perro!, destroce su pulcro departamento y se le ría en la cara.

Victoria pide disculpas en nombre de Lechuga, y se pone a ordenar el desastre.

Mas tarde tomamos una ligera cena de soufflé de zapallitos con ensalada, todo sin sal, tal como lo indicó el médico.

Mario se disculpa y se marcha a su recamara. Se encuentra débil y debe descansar. Es este, el momento ideal para aclarar los tantos con la chica de mirada gatuna.

Ahora o nunca. ¡Tengo que marcar la cancha ya!

—Podemos hablar ahora —pide o mejor dicho, ordena Federico, con cara de pocos amigos.

Sé que está molesto, me ha tratado con indiferencia desde que llegamos.

—¿Ahora?

—¡Si ahora, vamos a la cocina por un café!

De mala gana lo sigo, como un niño espera ser reprendido por alguna travesura. Imagino sobre que quiere hablar, el porqué de mi huida repentina esta mañana. Solo que no tengo respuesta para eso.

Tomo asiento en uno de los taburetes de la mesada francesa. Entrelazo mis dedos, y espero mientras Federico prepara café.

Es relativamente temprano, pero me encuentro agotada. No veo la hora de poder marcharnos a casa de una buena vez. Debo reconocer que el departamento es ameno y cálido, sobre todo su cocina, todo es de madera y la encimera de granito, sobre la mesada francesa cuelga un artefacto de luz estilo vitreau en tonos naranjas. Da una agradable luz, creando una atmósfera tranquila. Invita a relajarse, con una copa de vino, de esos tantos, que colecciona Federico en su gran bodega.

Me entrega una bolsita de farmacia y seguido un capuchino. Claro, ya lo había olvidado, pero él no. Le preocupa que traiga un pequeño bastardo y reclame dinero por paternidad.

Yo tan descuidada lo había olvidado por completo, son mis píldoras del día después.

—Gracias —leo el prospecto, y tomo los dos comprimidos que trae, tal como lo indica. Luego un sorbo del café para que bajen.

Su mirada no se separa de mí ni un segundo, Federico se sienta frente a mí, me sorprende cuando toma una de mis manos entre las suyas. La armadura que fui creando poco a poco, se resquebraja en el acto.

—¿Por qué escapaste Victoria? —Está serio, incluso lo noto molesto.

—No escapé, solo... me fui. —Saco mi mano de entre las suyas, así todo es más fácil. Intento no mirarlo a los ojos, intimida y me hace sentir una niña, sé que tiene razón, escapé. Era una situación demasiado incómoda, como para lidiar en ese momento.

—¡No me diste ninguna explicación! Hicimos el amor y luego simplemente ¡te fuiste! —Federico tiene los codos apoyados en la mesada y mueve sus manos tratando de hacerme entender lo que sintió.

—Pensé que tuvimos sexo. Para hacer el amor deberían haber sentimientos de por medio, y si no me equivoco esto solo fue sexo. Una más, de tu larga lista de polvos. ¿O me equivoco?

—¿Porque me atacas? Creo, que quedó claro que fue más que sexo, te deseé desde el primer día en que te vi. Yo, yo...

—¿Tú qué Federico?

—Nada.

—¿Y entonces, porqué no me cortejaste? ¿Porqué no una invitación para salir a comer, al parque, al cine... ¡algo! ¡Solo te limitaste, a ofrecerme dinero como prostituta!



—¿Es que no sé cómo! Traté, lo juro pero no sé cómo se hace. Y cuando almorzamos aquel sábado, te comenté que vi el video mil veces ¡te pusiste como loca! Tú no eres una mujer fácil de manejar Victoria.

Es verdad, sé que tiene razón, no soy una mujer fácil. Nunca tuve una relación, y estoy a la defensiva siempre. No quiero un novio, me cuesta hacer amigos y se bien que es porque me aterra el abandono. Temo que me rompan el corazón, o que un amigo me traicione como lo hizo «¿mi madre?»

Así es. Una “madre” puede engendrar una vida, ¿y luego? ¿qué pasa luego?

Hay que formar con el ejemplo, y eso me faltó. Fue una materia pendiente. Huyó de mí, cuando yo apenas llegaba a la mesa en puntas de pie, una tarde de otoño escuché una discusión de ella y mi tío; mi madre gritaba y rompió varios platos, se puso como loca. Comenzó a juntar ropa en un bolso, acaricio mi cabello con sus largas uñas rojas y se fue. No hubo beso, no; no lo hubo, ni abrazo, ni despedida, simplemente cerró la puerta y nunca más supe de ella.

Mario me tomó en brazos, mientras lágrimas caían en sus mejillas, observó mi carita, y con su temblorosa mano movió mis rizos rubios. Forzó una sonrisa.

—¿Sabes que te amo gatita?

—Shi — respondí.

—¿Y sabes hasta dónde?

—Nop —moví mi cabecita con dos coletas.

—Hasta lo alto del techo —susurró bajito, mientras señalaba arriba, con su dedo índice.

—¿Taaanto? —con cara de asombro mire arriba, ¡el techo era muy alto!

—¡Si! hasta lo alto del techo y más.

Y así, simplemente comenzó mi nueva vida. Solitos pero felices, ese es el único recuerdo que tengo de mi madre, su caricia en mi cabeza. Nada de besos o cuentos antes de dormir, nada, solo eso. También sé que gracias a ese día, odio los otoños, según Sofía es por el amargo recuerdo que me quedó.

Pero como siempre dice mi sabio tío *“La vida es un libro, en el hay capítulos lindos y otros no tantos, pero si no damos vuelta la página no sabrás lo que está por venir”*

Vuelvo a la realidad, tras mi repentino pensamiento del pasado, pestañeo.

—Si no me equivoco anoche tuviste una cita. ¿Cómo es que no sabes tener una? Eh... dime Federico —lo ataco, sé que no hay mejor defensa que un buen ataque. Estoy molesta conmigo, y lo agredo a él.

«Bien lo tuyo Victoria, muy sensato» Solo quiero irme a mi dormitorio de una buena vez. ¿Bipolar yo? ¡no, para nada!

¿Cobarde? ¡Sí, mucho!

—Victoria no quiero entrar en detalles, de la vida que he llevado hasta el momento. Pero te aseguro, que lo que busco en las mujeres con las que salgo, es distinto. Ellas saben claramente que no

quiero compromisos, que solo pueden pasar una noche caliente, pero no una relación.

—¿Y en que cambia eso conmigo?

—¡Todo cambia! yo cambio, quiero algo, quiero que sigamos viéndonos. Que seamos algo, no se... amigos al menos.

—Los amigos no tienen sexo —esto es tan absurdo.

Me pongo de pie furiosa, y me voy a mi dormitorio. Trato de evitar, que las lágrimas que hacen fuerza por salir, caigan dejándome como una niña boba, que se enamora del primer hombre con el que se acuesta.

Sé a dónde quiere llegar. Quiere que sigamos teniendo sexo, ser su capricho, hasta que cambie de juguete, y que yo termine con mi corazón aún más destrozado.

Cruzo el pasillo dando grandes zancadas, pero antes de poder cerrar la puerta de mi recamara, su pie lo impide. Hago fuerza para cerrarla igual, es imposible, la abre sin dificultad, ingresa y cierra con tranca.

—¡No me sigas! —le advierto con mi dedo en alto, nuevamente atrapa mi mano, y la envuelve en las suyas, deposita un beso en ella. Me sorprende su ternura. —¿Tu tampoco sabes cómo? —No entiendo a qué se refiere, o quizás sí.

—Explícate.

—Tampoco sabes que nos sucede. O como tener una relación, tienes tanto miedo como yo. Te propongo algo... —me pongo furiosa ¡otro trato! ¡Otra vez!

—¿Otro trato? estás loco Betner, mejor consigue ayuda médica, tú no puedes seguir negociando con las personas, y ya te dije que no quiero tu dinero. Lo que paso fue un momento de debilidad, y ¡te juro que no volverá a pasar!

—Quiero que *tú* me ayudes, quiero que seas mi terapeuta —mi boca no se cierra del asombro, ¿que lo analice? ¿yo? está totalmente loco.

—No estoy recibida, y por lo que pasó entre nosotros, no sería ético —Tira de mi mano y quedo en medio de sus brazos.

—¿Ético? —pronuncia con una sonrisa de lado, que hacen cosquillas en mi panza. Mierda, estas son las mariposas de las que hablan las personas.

«Estoy frita, o en el horno» depende el método de cocción que prefieran.

—Si ético, busca a otra persona, quizás Sofía pueda recomendarte a un colega o incluso ayudarte ella misma —trato en vano de zafarme, pero es una roca musculosa y no afloja su abrazo.

—Pero te quiero a ti, además no creo que Sofía acepte, hacer terapia de diván en ropa interior y portaligas —hace una mueca con sus labios.

Tendría que estar prohibido ser tan buen mozo, fija sus ojos en mi boca y sin más y sin permiso me besa.

—Federico no, esto no está bien —hago un intento no muy convincente para salirme de sus brazos. —Shhh —comienza a quitar mi ropa de a poco, lentamente y sin alejar sus labios de los míos,

es una especie de droga adictiva. Me encanta su gusto, pero mi cabeza no para de hablarme. «Basta Victoria, no es hombre para ti Victoria, te hará sufrir y te romperá el corazón» pero otra parte de mí, pide que siga y disfrute el hoy y el ahora.

Claro que fue el hoy y el ahora, quien ganó la pulseada. Horas más tarde, continuamos en la cama, el dormido y yo sobre su pecho.

Lo miro dormir, es tan hermoso que creo no merecer algo tan perfecto. Soy sencilla y pobre, no tengo nada que ofrecerle, es por eso que no quiero una relación.

«Dolor de cabeza» esto no está bien, no quiero sufrir por amor.

## Capítulo 7

Es domingo por la mañana, me levanto temprano.

Mario está en la cocina, bebiendo té junto a Lechuga y haciendo crucigramas —Buenos días —saludo amablemente. Es raro pero desde que Victoria entró a mi vida, estoy de mejor humor ¿ella hace que sea mejor persona?

¡Claro que no! Es casualidad.

—¿Hola Fede, descansaste? La verdad es que agradezco todo lo que estás haciendo por nosotros. Hemos invadido tu vida y privacidad, y que hayas cuidado de mi nena mientras estuve internado ¡no tiene precio!

«Oh si claro que tiene precio» O mejor dicho, casi lo tuvo. Tiempo pasado, eso cambió, yo cambié ¿me ablande?

—Mario, la verdad fue un placer cuidar de Victoria en tu ausencia, y te brindo mi hogar, para que te recuperes por completo. Lo que necesites, médicos, medicina o cualquier otra cosa no dudes en pedírmelo.

—Bueno Fede, abusando de tu generosidad hay algo que te quiero pedir.

—Lo que sea, dalo por hecho —coloco cuatro rebanadas de pan en el tostador y meto una cápsula de mokachino en la cafetera.

—Solo te pido que no lastimes a mi sobrina, creo está enamorada de ti y no quiero verla sufrir, veo que eres un hombre mundano, bien parecido, con dinero y carácter. En cambio ella, es una persona muy hogareña, jamás ha traído un novio a casa, y me duele pensar en que sufra por amor.

Quedo mudo, las palabras de Mario tocan una fibra en mí, las palabras no me salen.

—Ojo, tranquilo muchacho —continúa hablando, —con esto no estoy diciendo que se hagan novios o que se casen, no ¡qué va!... solo que no la ilusiones.

—Créeme Mario que no es mi intención lastimarla, solo nos estamos conociendo, y nos gustamos... —eso puede definir un poco nuestra “situación”.

Las palabras del tío de Victoria, me dejan pensando sobre esto que me está pasando, porque no soy de los enamoradizos, que andan detrás de una hembra con bombones y flores. De hecho creo jamás le he regalado flores a una mujer, bombones sí. ¡A mi abuelita claro!

Pero esta mocosa, está pasando por mi vida, como un tornado, rompiendo todo lo que tenía formado hasta el momento.

Espero pase pronto.

—¿Te preparo algo de comer? No sé, si te comenté, que además de pastelero soy panadero. ¿Te gustaría pan recién horneado?

Mario es uno de los míos, y cambia de tema sutilmente.

Por favor ¡amo el olor a pan casero! ¿Pero qué es esto? un complot contra mi armadura de

hombre frío.

—Me encanta el pan casero, pero no puedes hacerlo, estás convaleciente.

—Bueno, entonces me ayudas y listo.

¿Qué hora es? Estiro mi mano en busca del reloj de mi mesa de luz, claro que no lo encuentro. Porque ésta no es mi mesa de luz, ésta no es mi casa y estoy en la cama de Federico Betner, desnuda. ¡Otra vez!

Me siento de golpe, por un momento estoy desorientada. Luego armo el rompecabezas mental, y recuerdo que mi tío también está aquí.

¡Qué pedazo de sobrina se buscó! Con todo lo que se sacrificó por mí, y yo aquí, revolcándome en la cama de un hombre que ni siquiera me gusta. Bueno eso es relativo, pero en vez de estar así, desnuda luego de un sexo cinco estrellas, para mi poca experiencia, debería estar preguntándole si necesita algo.

Ropa, busco ropa, hago nota mental de que tenía puesto, antes de “perderla” en el arrebato. Busco, pero no la encuentro «¡Desgraciado la escondió!»

Veo mi ropa interior en la mesilla, me la coloco, bombacha y corpiño verde con florcitas, sin demoras voy al vestidor, donde deje mi maleta con ropa. Comienzo a buscar entre mis petates, hasta dar con un pantalón de chándal negro, lo dejo a un lado, y camiseta, camiseta; ¿dónde guardé una?

—¿Necesitas ayuda? —un divertido Federico me observa desde la entrada del gran vestidor. Esta exquisito, también con un pantalón de deporte y remera manga larga de rugby, me mira de arriba abajo. Intento agarrar el pantalón que dejé a un lado para taparme, pero él es más rápido y me lo arrebató, sin darme tiempo a tomarlo.

—¿Por qué me miras así? ¡No ves que estoy de ropa interior!

—Justamente por eso te miro — eleva una ceja y cruza sus brazos.

—Eso no es muy caballeroso de tu parte. ¿Te gustaría que te comiera con la mirada, mientras estás de bóxer?

—Mucho.

Fuego, calor, mucho calor en mi cara, y sé que estoy sonrojada.

—Descarado —mi tono es ofendido, aunque en realidad esos ojos me hacen sentir sexy y deseada.

—No deberías avergonzarte, tienes un cuerpo hermoso.

—No para mí, así que te agradezco me dejes vestir.

—Claro que sí, eso no es inconveniente. —Se coloca de rodillas frente a mí, me asusta, no estoy segura de lo que quiere hacer. Pero el solo hecho de tenerlo, en esa postura me excita.

Federico acerca el pantalón y lo sujeta para que introduzca una de mis piernas, levanto una de ellas y la introduzco, luego hace lo mismo con la segunda pernera, pero sin darme tiempo a colocarla dentro, sujeta la pierna que tengo de apoyo, y la que está en alto la eleva por su hombro.

Su cara está justo en mi sexo. Jadeo, me aprieta y muerde el elástico de mi bombacha, comenta algo que no logro entender ¿alemán?

—Du bist die schönste Frau der Welt.

—¿Qué? ¿Hablas Aleman? —estoy tentada, ¡no se que demonios ha dicho! Y tiene su cara justo

ahí. ¡Que vergüenza!

Separa su rostro de mí, lentamente se pone de pie.

Me observa, pero es una mirada diferente. Extiende su brazo derecho, y con su mano acaricia mi mejilla. —Sí, hablo alemán.

Responde a mi pregunta. Veo la oportunidad de indagar algo más sobre su desconocida vida.

—Es un idioma muy difícil, por lo que tengo entendido. ¿Dónde lo aprendiste?

—Fuí al colegio Alemán de muy pequeño, y mi familia es alemana. Por lo que el idioma se hablaba normalmente en casa. Mis abuelos paternos, llegaron de Berlín siendo muy jóvenes.

—¿Ellos aún viven?, ¿tus abuelos? —dudo al preguntar, no quiero generar dolor, en el caso que ya no esten.

—Sí, aun viven. Son todo lo que me queda de familia.

—Oh, ¿y tus padres? —no puedo evitar, querer saber más.

—No tengo padres.

—Lo siento, ¿murieron?

—Sí, ambos están muertos. —Está incomodo. Lo puedo sentir con ganas de terminar la charla. Así que cambio el tema, para facilitarle las cosas.

—Dime algo más en alemán —hago ojitos y trompita como niña, logro el cometido, ya que toma una gran bocanada de aire, se aproxima mirandome de arriba abajo.

Toma mi cintura con ambas manos. —¿Algo como que?

—No sé, lo que sea. —Elevo mis hombros, restando importancia.

Su boca deposita un beso en mi clavícula, erizando mi piel, luego otro beso en mi cuello, dejo caer mi cabeza atrás, y otro más lento detrás de mi oreja, finalmente susurra en mi oído.

—Ich liebe dich.

—¿Y eso significa...? —quedo esperando el significado, pero no me lo da.

—Tendrás que averiguarlo por ti misma, aunque si gustas, podría darte clases a cambio de terapia. —Sonríe de lado con carita picara.

¡Me está matando! esa cara, hace que todo alrededor nuestro desaparezca, tiene un fuerte poder sobre mi.

—¿Terapia?

—Sí. Alguien me dijo que tengo comportamientos dudosos, y estoy dispuesto a erradicarlos, con tu ayuda claro.

Sus labios estan sobre los míos, cuando termina su frase. Y su aliento es como el olor a café, me hace desearlo, sé que no es bueno para mi salud, pero el efecto es tan gratificante que no lo cambiaria. ¡Al café por supuesto!

«Mentirosa» Shh conciencia, no te metas.

Una semana despues.

Me encuentro en mi oficina, a punto de entrar en una reunión.

La relación con Victoria cada día es mejor. A pesar de tener a su tío en casa, logro colarme en su recamara, y prácticamente hemos dormido juntos todas las noches.

La que pretendía ser una gatita, se ha convertido en una loba. Siempre quiere mas, me resulta imposible pensar en el solo hecho de que otro hombre algun día toque su cuerpo. Tengo un fuerte sentimiento de propiedad. Fue mía por primera vez, fui el primero en ese cuerpo nunca antes explorado, me hierve la sangre al no poder hacer nada al respecto.

Jamás le propuse una relación seria, ni un noviazgo, pero lo tengo en mente. Cuesta. Un gran progreso fue el no ver a otras mujeres, por lo que me puedo declarar ¡monógamo!

Amo llegar a casa, la comida casera que ella prepara, y amo el desorden de papeles en la mesa del comedor. Mi casa se siente viva, ella hace la diferencia, ahora es un hogar.

Prácticamente me mude a su recámara. Sonará tonto, pero me gusta entrar al baño y afeitarme mientras ella se ducha. Luego ver como se unta las piernas con crema de coco y vainilla.

«Atrapado»

Sí, lo admito. Entre esto y un matrimonio solo hay una pequeña diferencia!

«Una sortija»

Suena mi teléfono, justamente es Victoria.

—Hola, aquí el lobo feroz. ¿Caperucita eres tú? —contesto animadamente.

—Solo llamo para decirte, que ya estamos en mí casa, gracias por la ayuda y qué te vayas a la mierda ¡desgraciado! No puedo creer que depositaras el dinero. ¡Siempre fue lo mismo para ti, un ...negocio! Al parecer, teníamos distintas visiones de lo que sucedía entre nosotros. Ya lo giré a tu cuenta nuevamente y olvidate de mi Betner ¡no quiero tener nada que ver contigo!

Está furiosa, sinceramente ya ni recordaba que deposité el dinero el mismo día que llamó para aceptar el trato. Luego su tío enfermó y nunca más se habló del tema. Pero ahora ella cree, que finalmente le pagué por ¡sexo!

—Victoria dejame explicarte algo, lo que pasó es que...

—No me expliques nada, gracias por todo y adiós para siempre Federico.

Cuelga el teléfono.

¿Para siempre?

¡Pero para siempre es mucho tiempo!

Respiro profundo, y mantengo el oxígeno en mis pulmones. Tengo que arreglar ésta mierda, la única mujer con la que me sentía a gusto, y podía verme dentro de muchos años se fue. Debo recuperarla.

¡Solo, que no sé cómo!



## Capítulo 8

El vacío es grande, llegar al departamento y encontrarlo desierto me deprime. Extraño hasta al engendro de Lechuga con su risa malvada.

Llamo a su amiga Sofía, ella tendrá que ayudarme, para eso le pago como psicóloga de mi empresa.

«Basta de comprar personas, estúpido Betner» mi cabeza tiene razón. Se cazan más moscas con miel, qué con vinagre.

No puedo dormir, llevo días llorando.

¡No es justo! tengo parciales y este estúpido hombre me ha quitado el sueño, el apetito y tomó mi corazón, y lo dejó con la sensación de haber sido lanzado, a la avenida Dieciocho de Julio un viernes ¡en hora pico!

«Maldito Betner»

Me enamoré del desgraciado. Lo que no debía pasar ocurrió, me gusta ¿lo amo? y sí, claro que lo amo.

Estúpida e ingenua Victoria, lágrimas bañan mi rostro ¡cómo permití que esto sucediera!

Son las doce de la noche y no tengo nada de sueño, las pasadas noches me he dormido de madrugada, y a las seis ya estoy en pie con mis libros. El agotamiento y la angustia me consumen. Golpean mi puerta, mi tío asoma su cabeza.

—¿Se puede pichoncita? —sonrío, la dulzura en sus palabras para conmigo, siempre me roban una sonrisa. —Claro titi, adelante —Entra con un té de tilo, toma asiento en los pies de la cama, me entrega la taza y masajea mis piernas por sobre la colcha. —¿Mal de amores? —Comenta mirando sobre sus gafas.

—Sí —logro decir, antes que el río de lágrimas caiga nuevamente.

—No me llores pichoncita, seguro todo se arreglará. Vic eres tan reservada que no sé nada de ustedes y no sé cómo ayudarte mi amor.

—No te preocupes tío, ya pasará. Solo que con Federico rompimos y estoy triste, no puedo dormir, lo extraño mucho. —Nuevamente mis labios, amenazan con un mohín para lagrimear, el tío me da la mano, y me susurra como si fuese pequeña otra vez —*Cuenta la leyenda... que cuando no puedes dormir a la noche, es porque estás despierto, en los sueños de otra persona.*

—¡Ojala sea así! pero lo dudo.

—¡Pues no lo hagas! ¡Seguro ese hombre, se debe querer cortar las bolas, por no tener a semejante belleza a su lado!

—¡Tío! —ríe divertido.

—¿Te fue infiel?

—No.

—¡Bien, eso es importante! ¿Quieres un súper mega abrazototote patentado? —Guiña un ojo.

—Siempre quiero uno de esos abrazotototes —me aprieta y besa mi cabello. ¡Amo a este hombre! Que sería de mí sin él.

Suena el teléfono de casa.

El tío besa mi frente, y sale de la recamara para que hable tranquila. Atiendo. Mi corazón late fuerte ante la idea de que sea Federico.

—Hola.

—Amiga ¿durmiendo? — es Sofía, uff que alivio.

«Mentirosa» es verdad, ¡esperaba que fuera él!

—Hola linda aún no, estoy trancada con el parcial de mañana.

—¿El de terapia cognitiva, con el profesor Flores?

—¡Sí el mismo! El odioso Flores, cada día con peor humor.

—¡Y olor! El viejo ese y sus flatulencias. ¡Qué desgraciado, tendrían que retirarle la matrícula para ejercer!

Reímos, al recordar a nuestro profesor y sus “problemas”. Conversamos un poco sobre mis finales, y sus planes de mudarse sola, cuando Sofí sale al ataque del motivo de su llamada.

—Amiga... Betner me llamó.

—Aham.

—No, aham nada. ¿Qué está pasando entre ustedes? Porque era obvio que le gustabas, pero me llamó para pedirme ayuda, ese hombre en verdad está mal.

—Sofí no me interesa nada de él, así que como buena amiga que eres, ponte de mi lado y no lo atiendas más.

—Bueno Victoria, esa promesa no la puedo cumplir, ya que Betner me paga para cargar con la mierda de sus empleados, además creo está enamorado de ti. Lo noté muy compungido.

Sonrío con tristeza.

—Créeme, que no es amor lo que siente por mí.

—¿Por qué dices eso, que fue lo que paso? Noto que me estoy perdiendo de algo amiga, sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé. —Sofía es una maldita arpía, a la que no se le escapa nada, es como un perro de caza, olfatea y olfatea hasta dar con la presa.

## Capítulo 9

Dos semanas más tarde.

Y sí. Sabía que esto podía ocurrir.

Por eso siempre preferí las NO relaciones, y los NO compromisos, de esa forma ¡mi vida era más fácil!

Porque aquí estoy, yo, Federico Betner, el empresario, el gran hombre de negocios, espiando a la dueña de mis pensamientos, a la mujer que me quita el sueño en las noches.

Hace tres horas que estoy sentado dentro de mi coche, estacionado en la esquina de la universidad a la que concurre ¡espiándola! Por fin la veo salir junto a unas compañeras, y caminar a la parada del autobús. Tenía que verla, aunque sea una fracción de segundos pero verla.

El plan ya está en marcha, solo espero que funcione y Victoria vuelva a mí. La extraño, la necesito.

¿La amo?

Y sí, ¡claro que la amo!

«Que jodido estoy»

Sofí estaciona fuera de casa, es viernes. Este fin de semana tenemos escapada de chicas. Alquilamos una casa en Villa Serrana para pasar dos noches de amigas, música, charlas, mucho chocolate y alcohol.

Primero dudé si ir o no, es que mi estado de ánimo no es el mejor. Hace más de dos semanas, que no sé nada de Federico, soy como un adicto en desintoxicación, lo extraño, pero tengo que ser fuerte. Sé que con el correr de los días, estaré mejor.

Finalmente acepté la salida, mi amiga me dio tanta lata, hasta que finalmente me convenció. Se armó un lindo grupo para la escapada, Sofí y María que es su hermana mayor, dos compañeras de nuestra generación que están a punto de terminar la carrera y yo.

Tengo mi bolso armado sobre la cama. Son las cinco y media de la tarde. Me vestí con un pantalón cargo, color verde, con bolsillos en ambos lados, una camiseta manga tres cuartos blanca y unas chatitas rojas. Recojo mi cabello en un moño alto y ¡listo! Nada de maquillaje, solo un toque de perfume en el cuello.

Saludo con un beso al tío, y subo al coche de mi amiga. Me sorprende no ver al resto del grupo.

—Hola amiga, ¡qué guapa! —Sofí está animada y radiante, el rojo la favorece, y ese buzo cuello V le queda hermoso.

Sofí es la chica más linda que conocí, elegante y sexy en partes iguales, además su sonrisa, hace que todos los hombres caigan a sus pies. Cabello negro, ojos café, pecas, piernas largas y tetas grandes «perraca» amo a esta mujer. Su lengua no tiene freno, sus opiniones siempre saldrán de su boca, quiera uno escucharlas o no.

—¿Y el resto de las chicas?

—Ya salieron hace un rato para la casa, en unas tres horas estaremos ahí.

Subimos el volumen de la música. Nos miramos y sonreímos cuando en la radio suena *Me das cada día mas* de Valeria Lynch, una canción que nos encanta. Como no puede ser de otra forma nos ponemos a cantar como locas, desafinando y haciendo la representación de la letra con nuestras manos y caras.

*En las buenas y en las malas  
A mi lado siempre tú  
De una forma sobrehumana  
A mi lado siempre tú  
No es tan fácil convivir conmigo  
Sin embargo siempre al lado mío  
Mi buen amor, mi gran amor  
¡Siempre conmigo!  
Más  
Me das cada día más  
Aleluya por el modo que tienes de amar  
Más  
Tu eres para mí la cumbre del amor  
La tierra, el fuego, el sol, la lluvia en el trigal*

*Por esa forma tierna que tienes de amar  
Más  
Tu cuerpo con el mío, no hace falta más  
Te quiero al lado mío cada día más  
Yo soy una insaciable, quiero siempre más*

Estoy sensible, lo noto. Y ésta letra toca alguna fibra de mi alma, pienso en Federico, solo espero que con el tiempo mi corazón sane.

«Eso espero»

Son casi las diez de la noche cuando llegamos. La casa está alejada de la ruta, y el poco paisaje que se ve por la oscuridad es todo sierras y campo.

Luego de unos cinco kilómetros campo adentro, se encuentra la cabaña, en verdad es muy linda y grande, un gran enrejado protege a la propiedad que se encuentra en medio de la nada. Hoy hay luna llena, y ésta parece un plato sobre nosotras, me alegro de haber venido. Es un lugar hermoso, la gran casa, porque de cabaña no tiene absolutamente nada, es de piedra y madera, se ven luces encendidas dentro, las chicas deben estar esperándonos.

—¡Muy linda! —comento, mientras tomo mi bolso de la cajuela del BYD.

—Sí hermosa, entremos que me hago pis, luego vengo por mi equipaje. —Indica Sofía mientras cierra la puerta del conductor.

Entramos, solo se escucha música de fondo, no hay rastro de nuestras amigas.

—Quizás estén en el fondo —comenta mi amiga, entrando después de mí.

Un gran ventanal de vidrio corredizo lleva a la parte posterior de la casa, lo muevo con dificultad y salgo.

Nada, nuestras amigas no están. Pero en ese instante dos cosas captan mi atención.

La primera, en el fondo de la casa se encuentra el auto de Federico Betner estacionado, la segunda y peor de todas, escucho el motor del auto de Sofía marchándose del lugar. Salgo corriendo al frente en un intento para detenerla. Es en vano, a lo lejos las luces del auto se alejan, y el portón eléctrico termina de cerrarse por completo.

Mi piel se eriza.

—Buenas noches Victoria.

Giro lentamente, estoy atrapada. Mi corazón se acelera en el instante en que lo veo.

«Traidor» siento calor en la cara, su porte continua intimidándome y sus ojos me derriten. Imposible escapar, a cinco kilómetros de cualquier tipo de civilización, lo que traté de evitar estaba a punto de ocurrir.

Miro ambos lados tratando de buscar una salida. No la veo, en este momento tengo sentimientos encontrados.

Por un lado estoy furiosa de haber sido engañada, soy una mujer grande y con mal carácter, es

seguro que me voy a enojar y mucho. Pero por otro, estoy excitada.

Mariposas revolotean en mi panza, estar atrapada en ésta casa, en el medio de la nada, una noche de luna llena, con el hombre que amo, es muy sexy.

¿Amo? ¡Otra vez lo mismo Victoria!

—Dije buenas noches Victoria, ¿no vas a contestar? ¿O será que ya te olvidaste de mí?

Tomo aire, respiro profundo, espero que mi voz responda y no tiemble al hablar.

—Federico, no sé quién fue que tuvo esta pésima idea de traerme engañada, pero te aseguro que no estoy para nada feliz.

Cuelgo mi bolso en mi hombro, mientras camino a la puerta, la abro y salgo al jardín. Si es necesario, caminaré hasta el primer pueblo que encuentre, aunque admito que la noche en el campo da miedo. Bajo por el camino de piedras que hay en la entrada, dando grandes pasos hasta el portón de hierro, trato de abrirlo pero es en vano, esta trancado.

Giro, solo para encontrarme al hombre de mis sueños y pesadillas parado detrás de mí.

—Federico te pido por favor, que abras y me dejes ir —cruzo mis brazos y elevo el mentón de forma desafiante, no quiero que se sienta en posición de poder, soy una mujer adulta con derecho a decidir. Y esto prácticamente cuenta como rapto, o delito de privación de la libertad.

—¿Dónde piensas ir? No te das cuenta que estamos en medio del campo.

—Iré donde sea, pero no me quedaré contigo, y menos de ésta forma a prepo.

—¿Prepo? — repite con una sonrisa de lado.

—Sí claro, a prepo. Porque no recuerdo ser consultada, sobre si quería verte o no. Así que me voy, ábreme por favor. Estoy furiosa y si no me hace caso juro saltaré la verja.

—Necesitamos hablar —su voz es ronca, mantiene un tono calmo y dominante a la vez, no aparta sus ojos de los míos. —No hay nada de qué hablar, me quiero ir. —Federico se mantiene con las manos en los bolsillos de su jean, toma una respiración profunda mientras mira la luna, está meditando sus siguientes palabras, solo que no las hay.

Jala con fuerza mi bolso, este cae al suelo, luego me toma de la cintura apretándome a él y un segundo más tarde tengo sus labios sobre los míos.

Primero hago un intento de zafarme, pero no lo logro, me tiene sujeta con fuerza, un brazo por mi cintura, su otra mano en mi nuca, manteniendo unida nuestras bocas. La reja que está en mi espalda hace que me sea imposible escapar, muerde mi labio inferior y finalmente mi boca se abre, permitiendo que su lengua entre. Es una noche fría pero siento que mi piel hierve, es un beso salvaje, lleno de necesidad, puedo sentir su enorme erección en mi abdomen.

Con la mano que rodea mi nuca, hace pequeños círculos en mi cuello, que me enloquecen. Enrosca su mano en mi cabello, lo jala elevando mi cara, asalta mi cuello con más besos. Nuestra respiración es un jadeo constante, nos deseamos y mucho, fue mucho de no vernos. Casi sin darme cuenta, corta el beso, se aleja unos centímetros y me mira, temo por mí, desconozco esa mirada.

Sin darme tiempo a nada, se agacha y me eleva en su hombro, como un hombre de las cavernas, mi cabeza cuelga en su espalda y sujeta mis piernas impidiendo que pataleé.

Chillo.

—No, Federico bágame ya mismo —nada —Que me bajes porque te juro que grito. —silencio.

Cruza el umbral y pateo la puerta para cerrarla, comienzo a subir las escaleras.

«Que dios me ayude»



Esta mujer saca todo lo peor que hay en mí.

No sé qué me pasa, pero cuando la tengo frente ¡no puedo controlarme! La cargo y voy escaleras arriba a mi dormitorio, de más está aclarar, que esta casa me pertenece, el sistema de seguridad lo diseñó mi empresa, así que es imposible que escape, y hasta no arreglar el “asunto” no la liberaré.

La idea principal era que habláramos, pero una vez que la tuve frente a mí, tan bella y cabreada me pudo, y mis bajos instintos salieron a flote. Enciendo el regulador de luz de mi recámara, dejándola apenas iluminada, no quiero cohibirla pero necesito ver su cara cuando le haga el amor.

Llego hasta los pies de mi cama y sin mucha delicadeza la dejo caer sobre el colchón, rebota y se trata de incorporar apoyando los codos, así que la tomo por sus tobillos y jalo, para que nuevamente este acostada. Quito uno de sus zapatos, muerdo su dedo gordo del pie. Se retuerce, hago lo mismo con el otro zapato, se nos dificulta respirar, ella por los nervios seguramente, y yo por el deseo carnal de querer estar dentro suyo, caigo sobre ella, sosteniéndome en mis brazos, mantengo el contacto visual, esos ojos felinos me arruinaron desde el primer día en que la vi.

Paso mi lengua desde su cuello hasta sus labios, no los abre, continuo mi tortura de besos en el cuello y mordiscos en el lóbulo de su oreja, ella se retuerce, sé que me desea, sus pupilas están dilatadas y sus labios rojos hinchados. Reconozco las señales que manda su cuerpo para indicarme que se encuentra a punto, él no miente.

—¿Me deseas Victoria? —comento, mientras deslizo su camiseta. Silencio.

Desprendo su sostén y me ocupo de torturarla jugando con sus pezones.

—Pregunté si me deseas... — nada, continua sin emitir palabra, muy lentamente mordisqueo su cuello al tiempo que mis dedos juegan con su pezón.

—Ahhh —lanza mi gatita, ya está para que la tome, pero quiero oírlo de sus labios, quiero que me lo pida, quiero que me necesite tanto como yo a ella.

Desprendo su pantalón y me coloco de pie al tiempo que lo deslizo por sus largas piernas, su tanguita es blanca con lacitos en ambos lados.

Mi boca prácticamente, no puede cerrarse ante semejante tentación. De pie frente a su atenta mirada, comienzo a quitar mi camisa, no digo una palabra, lentamente desprendo los cuatro primeros botones y la retiro por sobre mi cabeza. Continúo con mi cinturón, lo desabrocho y mis jeans dejan asomar mi bóxer negro y a mi muy dolorida erección, fuera pantalón y fuera ropa interior, hoy esta pequeña tendrá dosis completa de Betner y se le irán las ganas de jugar conmigo.

Ya desnudo acaricio mi falo, Victoria se retuerce en la cama, extendiendo mi mano invitándola a quedar sentada, obedece, coloco su mano sobre mi miembro y le enseño como debe mover mi pellejo de adelante para atrás, lo hace. Dejo caer mi cabeza hacia atrás. Estoy enloqueciendo de placer, en ese instante una sensación fría y húmeda hace que mi miembro se retuerce, bajo la mirada y veo la escena más erótica que jamás había visto, los labios de Victoria se encuentran alrededor de mi pene, lamiendo y succionando tímidamente.

Mierda estoy tan caliente y con este plus no creo poder aguantar mucho, sostengo su cabello mientras su cabeza sube y baja, le indico que se recueste en la cama mientras subo sobre ella, doy la vuelta, mi miembro queda sobre su cara, como buena chica que es, lo toma con sus manos y lo

introduce nuevamente en su boca, mientras tanto desato los lazos de su tanga y abro sus piernas. Mi lengua comienza a torturar su clítoris, un gemido sale de su interior y lame con más fuerza, se mueve y eleva sus caderas en busca de más contacto.

—Más... sí... más por favor —pide antes de continuar con su tortura, chupa y mueve mi pellejo a la vez, me encuentro al borde del colapso.

—Victoria, si no quieres que termine en tu boca debes detenerte ya mismo —pero no, aprieta su boca con más fuerza mientras que rodea mi trasero con sus manos arrimándome más, se mueve inquieta, está a punto del orgasmo, unos lengüetazos más y nos venimos, yo en su boca y ella en la mía. Fue una de las cosas que más caliente me han dejado, la sensación de intimidad fue deliciosa. Tengo que admitir lo que me decían todos, que cuando llegara el amor a mi vida lo cambiaría todo, incluso el sexo.

Rápidamente cambio de posición para ver si se encuentra bien. Me sorprendo al verla con una sonrisa de polvo reciente, hermosa su cabello claro alborotado y esos ojos felinos que hacen que mi presión arterial suba.

Caigo a un lado y tapo nuestros cuerpos con el cubrecama, tomo su mentón con mis manos, la miro a los ojos y lanzo la bomba.

—Te amo.

—Yo también —confesó dejando escapar un suspiro.

Federico me abraza y aprieta contra su pecho. Lágrimas caen por nuestros rostros, pasa sus pulgares para limpiar mis ojos, y luego lo repite con los suyos.

—Te extraña tanto Victoria, que no te haces una idea.

—Yo también Fede, pero me sentí tan... — los sollozos impiden que pueda hablar con claridad, tengo esa angustia metida dentro, como una bola que oprime mi pecho.

—Shhh, ahora no. Disfrutemos el momento, te necesito junto a mí Victoria, contigo soy un mejor hombre, y te amo. Mierda, no sé cuándo me enteré, pero no lo puedo evitar, quiero cuidarte, mimarte, quiero pasar los sábados en la noche mirando películas tirados en el sofá, luego llevarte a la cama y hacerte el amor. Quiero que seas mía para siempre. —Pronuncia sin separar sus ojos de los míos, sujeta mi mentón para que no aparte la mirada.

Me encanta oír las palabras que salen por su boca, pero no me es fácil el confiar, y entregarme de esa forma.

—Fede yo siento lo mismo, también te amo, pero creo debemos ir con cuidado, y tomarnos un tiempo para conocernos mejor.

Federico se pone de pie de golpe sobresaltándome. Se coloca su bóxer y toma asiento al final de la cama. Yo me recuesto en el respaldo y tapo mi desnudo pecho con la sábana, me siento expuesta.

—¿Tiempo? te digo que no puedo vivir sin ti, abro mi corazón como jamás pensé podría hacerlo y lo que escucho es que ¿necesitas tiempo? —está molesto.

—Creo ya hablamos sobre esto, te comenté que me cuesta confiar en las personas y entonces tú me pides... — no logro terminar mi argumento, me interrumpe.

—Quiero que te cases conmigo.

Quedo helada, y creo pierdo el sentido del habla, tapo mi boca con ambas manos.

Me largo a llorar, estoy emocionada, asustada y ¿feliz?

Sí, estoy feliz. Quiero a éste hombre, y sé que hay algo especial entre nosotros, logra sacar lo mejor y peor de mí, lo amo y estos meses en los que pasamos separados fueron una tortura.

—¡No llores mi amor! no quiero presionarte. Es solo que no quiero pasar un minuto más de mi vida lejos de ti, te extraño, te necesito y te amo tanto que duele. Por favor, acepta casarte conmigo — me envuelve en sus brazos, donde encuentro ese estado de protección, besa mi cabello.

—No puedo abandonar a mi tío.

—¿Que sucede con Mario? —se aleja para mirarme a los ojos.

—No quiero dejar a mi tío, él me necesita.

—No te preocupes por el tío, ya pensé en eso. Le compraremos el departamento, que está a la venta debajo del mío, y Lechuga viviría con nosotros y con...

—¿Y con quién?

Se separa de mí y se acomoda en el centro de la cama, cruza sus piernas cuan indio, su cara me dice que no me va a gustar, lo que tiene para decirme.

—Es que cuando te fuiste, pensé una y mil formas para captar nuevamente tu atención, así que traje a Lola a vivir conmigo.

Enderezo mi espalda. ¿Lola? ¡Pero quien cuernos es esa tal Lola!

—¿Quién es Lola?

—Mi perra —pone cara de circunstancia, y eleva sus cejas haciendo trompita a la vez.

—Es una labradora de dos años aproximadamente, Manuel la encontró en la ruta perdida, y yo la adopté para tener una excusa para ir a verte. —Sonrió...

—¿Tienes una perra por mí? —Federico eleva sus hombros restando importancia.

—Sí.

—¡Te amo tanto! —suelto de la forma más natural, y créanme que jamás podría ser tan frontal con mis sentimientos, pero su gesto me enternece, y ablanda mi resentido caparazón, se afloja notoriamente con mi respuesta.

—Yo también mi amor, por favor di que sí.

—Sí.

—¿De veras?

—De verísimas —en ese momento se tira sobre mí, y me besa sin piedad, pasado un rato estamos enredados en un manajo de besos mimos y piel.

Son las dos de la mañana cuando me despierto. Mi hermosa mujer duerme profundamente, todo está oscuro y en silencio, recuerdo que su bolso con ropa, quedo tirado en la entrada de mi casa. Me coloco una camiseta y pantalón deportivo, y salgo por él. Aún no puedo creer que aceptara ser mi esposa. Es muy cómico, ya que en el Banco aún lo figuramos, y que gracias a eso yo, el soltero más feliz del mundo, haya encontrado el amor es simplemente ¡increíble!

Afuera la noche esta calma, y la luna llena hace que se vea las siluetas de los árboles y sierras. No me gusta la oscuridad, aunque nunca lo admitiría, creo que fue por lo ocurrido de pequeño, que jamás me gustó dormir con toda las luces apagadas. Entro con el bolso, lo dejo sobre el sillón y me voy a la cama con mi dulce gatita.

Ella se encuentra de lado abrazada a una almohada, me coloco detrás y la abrazo, el olor de su cabello me da calma.

—Fede... Fede, despierta ¿jugamos?

—Pero Lucía es tarde, mamá y papá se molestarán.

—Ufaaa, dale, levántate y juguemos a la escondida.

Lucía toma mi mano y tira de ella, me levanto y corro por el pasillo, mis padres se encuentran en la sala, junto a sus amigos en una de sus fiestas de antifaz. Como es costumbre, nos mandan a la cama temprano a mi hermanita y a mí.

Lucía corre muy rápido y ríe, trato de alcanzarla pero se adelanta y la pierdo de vista. Camino por el largo pasillo, donde se encuentran colgados retratos de la familia, al final del mismo está la escalinata de roble, debajo una alfombra persa cubre el piso de madera. Es una casa de estilo, bella y con presencia, sin embargo siempre preferí la casa de mis abuelos paternos, en el balneario de Las Flores. Un lugar tranquilo con olor a hogar. Continúo buscando ¿dónde se pudo haber escondido Lu?, ¡ya sé dónde está! es su lugar favorito para meterse. Abro de golpe la puerta del armario de las toallas, y grito.

—¡Pica! —Lucía sale gateando, tratando de escapar de mí, tomo uno de sus pies y ella me hace cosquillas, río, reímos, se zafa para salir corriendo, pero tropieza con la alfombra y cae por la escalera.

Cae. Frente a mis ojos, no hay nada que pueda hacer, no llego a tiempo

—¡Lucia!... Lu —grito entre llantos, pero ella ya no está.

¡Lucia!

¡Nooo Lucia noooo!

—Federico, Fede despertate, es solo un sueño.

Me despierto como una de esas tantas noches, empapado de sudor y llorando. Mi hermanita no está, se fue, para siempre. Mi única hermana. Esta vez no me encuentro solo, Victoria está a mi lado abrazándome y conteniendo mi dolor. No entiende que pasa, ella no sabe nada de mi pasado, sé que algún día se lo tendré que contar, pero hoy no, me faltan fuerzas, es demasiado doloroso remover el pasado.

Me entrega un vaso con agua que hay en la mesita de noche, tomo un trago y me observa con preocupación.

—¿Estás bien? —asiento con la cabeza, y me recuesto nuevamente en la almohada, extendiendo mi brazo para que apoye su cabeza. —Pero Fede, ¿Qué soñaste? ¿Quién es Lucia?

—Mañana. Ahora no por favor, ahora no tengo fuerza para eso mi amor.

La estrujo fuerte contra mí, como si fuera un escudo, y sintiendo que junto a ella las pesadillas no volverán.

## Capítulo 10

Amanece

Un rayo de sol me da justo en la cara. Abro mis ojos lentamente, masajeo mi cara para terminar de despertarme. Observo el entorno y recuerdo perfectamente donde estoy, miro los detalles del hermoso dormitorio. Es grande, con un ventanal enorme a los pies de la cama, que prácticamente va de pared a pared. En una esquina veo una estufa a leña, junto a ella una gran biblioteca repleta de libros de diferentes tamaños y colores. La cama tiene un respaldo de cuero marrón oscuro, y un acolchado de plumas color crema, aún tengo su olor en mi piel.

En las paredes, descansan unos cuantos cuadros con figuras de gatos, otros de soles, los reconozco, son del artista uruguayo recientemente desaparecido Carlos Páez Vilaro. Me encantan, transmiten tanta paz y calidez.

Escucho sonidos que vienen del piso de abajo, salgo de la cama, sobre el sofá veo mi bolso, busco algo de ropa, y mi nécessaire con artículos de tocador, entro en el baño para tomar una ducha. El agua caliente me acaricia, aun me duele el cuerpo, debido a la noche de sexo salvaje que tuvimos, de solo pensar lo que sucedió en esa cama y en ese sillón y ducha. Me sonrojo, ¡oh si! fueron unos cuantos round los que transcurrieron, en las pasadas horas. Mi cuerpo no está acostumbrado. En cambio Federico, con su cuerpo esculpido, es una máquina de amar, conoce a la perfección, como dar placer. Sus brazos me giraban a su antojo, y me sujetaba con tanta pasión que me quitaban el sentido. Mierda ya estoy húmeda y excitada otra vez.

Cepillo mis dientes, me coloco un short de jean, una camisola manga larga de color negra con la frase DONT TRY DONT KNOW grabada en blanco sobre mi pecho, las chatitas y un toque de perfume, dejo mi cabello suelto.

Cuando llego a la planta baja, la visión es magnífica.

Federico en la cocina, sentado con gafas de montura negra «amo como queda de gafas» trabajando en su ordenador y hablando por el celular. Me mira y guiña un ojo, continua con su tarea sin apartar los ojos de los míos, lo deseo. Me hace una seña con su mano para que me acerque, obedezco, camino lentamente a su encuentro, separa su silla de la mesa e indica que me siente sobre su pierna. Lo hago, solo que descaradamente descanso mi trasero sobre su abultado miembro. Lo escucho respirar profundo, muevo en círculos mi culito, él pasa su mano por mi vientre manteniéndome en mi lugar, para luego retomar la charla.

—La fecha propuesta por nosotros es 21 de noviembre, si el buen tiempo nos acompaña, estaríamos en condiciones de mantener los plazos —me intriga con quien estará hablando. Ese poder y seguridad de hombre de negocios, cuando escucho su charla me ponen cachonda ¡debe de estar desprendiendo alguna clase de feromonas, porque quiero tenerlo y sentirlo ya!

Tiro mi cuerpo hacia atrás y descanso mi espalda en su pecho, mi cabeza justo al lado de la suya. Su mano, la que sujetaba mi vientre, comienza a bajar poco a poco, y con facilidad desprende el botón de mi short. Me sobresalto «muy hábil» la ansiedad me carcome. Espero el siguiente movimiento, baja la cremallera, para luego introducir su atrevida mano por debajo de mi ropa interior, mi boca deja escapar un gemido.

—Shhh—pide guarde silencio.

—Entiendo, hablaré con mi jefe de personal por el tema de las horas extras, la maquinaria sigue en la zona y en éstas instancias es fundamental maximizar las medidas de seguridad, estaré viajando para supervisar la obra personalmente la próxima semana.

Su mano, sus dedos comienzan a torturar mi clítoris y mi trasero, se mueve involuntariamente, buscando más contacto. Lo noto excitado, siento su erección presionando mi espalda baja. Estoy empapada, quiero más, quiero sentirlo frente a mí, sobre mí, con sus manos en mi trasero masajeándolo y apretándome más contra su piel.

De un momento a otro detiene su movimiento, y retira su mano. Nunca me di cuenta de cuando fue que colgó su llamada, siento su respiración en mi cuello y su voz sobre mi oído.

—Tú te lo buscaste gatita, ahora te voy a coger y no hay escapatoria...

«Me derrito» Literalmente estoy por hacer combustión espontánea, si no se da prisa. Jamás pensé que me gustaría escuchar ese tipo de palabras ¡pero sí! me encantan, me calientan.

Estoy perdida, muy perdida.

Sujeto su cintura invitándola a ponerse de pie.

Mantengo la postura que tenía hasta ese momento, sentado en la silla, coloco música con mi ordenador, Pink de Aerosmith un ritmo sensual, para lo que voy a solicitar, estiro mis piernas y me reclino en la silla.

—Quítate la ropa para mí —elevo una de mis cejas y cruzo los brazos sobre mi pecho.

Victoria se sorprende, y por un instante duda. Pero no. Mi chica sexy sigue adelante al ritmo de la melodía, se aproxima y pasa cada una de sus piernas sobre las mías, siempre de pie. Se sujeta del apoyabrazos de mi silla, y con esos carnosos labios susurra.

—¿El señor quiere un baile privado? —ohh chiquita me encanta este juego, solo espero no meter la pata.

—Me encantaría que bailara para mi jovencita. ¿Cuál es su nombre?

—Soy Mona, y hoy lo atenderé con todos sus pedidos señor Betner —ronronea.

—Bien Mona, me gusta tu nombre, quiero un servicio completo, ¿pago por adelantado? —Estoy jugando con fuego.

—No, mientras le bailo Arquitecto.

Se aleja y eleva su camiseta dejando ver su ombligo, y parte de su bombacha, por el botón que desprendí. Gira sus caderas al son de la música, es increíble, no son ni las diez de la mañana, y estoy teniendo mi propio striptease. Victoria no separa sus felinos ojos de los míos, amo a ésta mujer, su cabello alborotado aún húmedo cae de lado. Me seduce todo de ella, la quiero en mi vida por siempre. Sube la camiseta más y más hasta que la quita por completo, debajo un corpiño rojo me espera y sus redondos y turgentes pechos, «erección, maldita y dolorosa erección» da unos pasos hasta donde me encuentro y gira para quedar de espaldas, se agacha y levanta lentamente, al ritmo del estribillo, comienza a bajar su short y se coloca de lado, donde un minúsculo elástico rojo asoma sobre su cadera, «me encuentro al borde del infarto»

Desliza su pulgar por sobre el elástico invitándome a colocar un billete, busco mi billetera del bolsillo y saco un billete de mil, lo doblo a lo largo y lo introduzco lentamente. Sonríe y guiña un ojo, se aleja, nuevamente queda de espaldas a mí, y la tortura toma forma de mujer, tengo que usar de todo mi autocontrol, para no tomarla en ese momento.

De espalda termina de desprender su pantaloncito, y lenta, muy lentamente comienza a bajarlo por sus caderas. «Una tanguita minúscula» asoma de esas redondas y perfectas nalgas doradas, sus movimientos tienen una gracia increíble. Es más, por momentos pienso, si esta será su primera vez realizando un baile hot, luego mi subconsciente me recuerda que era virgen hasta que la conocí.

Su cabello cuelga por su espalda, gira y viene a mí. Se sube a horcajadas y rodea mi cuello con sus manos, eleva una ceja y mira sus pechos, busco otro billete, lo coloco entre sus dos hermosas tetas, las agarro y aprieto, una mano no me es suficiente para rodear una de ellas. ¡Pechugona! Tetas ideales para introducir mi miembro entre ellas, dice el diablillo que hay en mi cabeza. Coloca su cara, pegada a la mía se muerde el labio, con una media sonrisa y descaradamente desliza su lengua por mi boca.

—Caballero su tiempo ha terminado.



—¿Sí? —rodeo mis brazos por su cintura, fijo mis ojos en los suyos. Hoy son verdes, me pongo de pie con ella en mis brazos, la coloco sobre el mesón de la cocina. —Ahora es mi turno gatita mimosa.

—¿Bailara para mí Arquitecto Betner?

—No en este momento, hermosa dama —mi boca la reclama, mi lengua invade su boca y muerdo su labio inferior. Tomo su culo con ambas manos y la aproximo hasta el borde del mesón. Desprendo mi camisa, y la saco. Victoria muerde mi pecho, va dejando un rastro de caricias y besos húmedos hasta mi cuello, me enloquece, le doy la vuelta y la reclino sobre la mesa. Con mi pie, separo sus piernas. Tengo su bello culo frente a mí. Veo una tijera, que está en el escurridor de cubiertos. Tomo uno de los lados de la tanga, y lentamente corto un elástico, hago lo mismo con el otro extremo. Ésta cae, soy un neandertal, no puedo esperar ni un segundo más. Desprendo mi jean, libero mi pene y sujetándolo con una mano comienzo a jugar en su entrada, ella tira la cabeza atrás. Tomo su cabello con mi mano y muerdo su hombro, se sobresalta y de una embestida la penetro, una vez dentro suyo me quedo quieto —Te amo —susurro —¡me volvés loco!

—¿A cuántas más se lo dirás? —suelta la atrevida, con esa voz sexy que me pone loco.

—A todas.

—¿A todas se lo dices...? —responde molesta.

— ¡Sí, a todas les digo que te amo!

Sonríe tiernamente, fin de la charla acelero mis movimientos entrando y saliendo de ella, sujeto sus caderas, gime, no tengo un condón a mano, no me importa, siento su cuerpo contraerse —Victoria no puedo más. —Yo tampoco —pronuncia. Así que descargo todo mi placer dentro de ella, siento el líquido caliente ingresando en su interior, caigo rendido sobre su espalda, no pienso más, no me preocupa embarazarla, todo lo que pase con Victoria será bueno, todo, ella sanara mi alma, lo sé.

El domingo estamos desayunando, tostadas de pan de campo, quesos que compramos ayer sábado, cuando dimos un paseo por la zona, y el delicioso café con leche que preparó mi amor especialmente. Ya tenemos los bolsos dentro del auto de Federico, luego de ordenar la cocina marcharemos nuevamente a casa. Me da pena irme, no quiero separarme de él. Esta burbuja de pasar alejados del mundo, fue ¡mágica!

Acordamos que cuando volvamos a la rutina, me contará quien es Lucía y porque sus pesadillas están relacionadas con ella.

—¡Muy rico todo! —Federico sonríe, se lo nota distendido y luce más joven.

—Victoria, antes de volver a casa quería preguntarte, si te gustaría hacer una parada en el camino.

—¿Una parada dónde?

—En el balneario Las Flores, quiero que conozcas a alguien.

—Ok, paremos en Las Flores entonces.

El viaje es ameno, son las once y treinta, el día esta soleado y caluroso, sierras y praderas con ganado pastando, es el paisaje que se ve por kilómetros. La música es nuestra compañera, Federico puso un mp3 con música del Cantante Juanes en MTV Unplugged, suena la melodía Me enamora.

*Cada blanco en mi mente  
se vuelve color con verte  
y el deseo de tenerte,  
es más fuerte es más fuerte  
solo quiero que me lleves  
de tu mano por la senda,  
y atravesar el bosque  
que divide nuestras vidas.*

*Hay tantas cosas que me gustan hoy de ti*

*Me enamora  
que me ames con tu boca  
me enamora  
que me lleves hasta el cielo.  
me enamora  
que de mi sea tu alma soñadora...*

Federico me observa con una sonrisa, toma mi mano y así, en silencio, con la melodía de fondo completamos el viaje.

Pasa una hora, cuando llegamos a Las Flores un pequeño balneario en Maldonado, aparcamos el coche casi sobre el mar. El aire es fresco y salino, observo la playa. En la arena hay una gran cantidad de rocas circulares y el agua es transparente, me encanta este lugar, se respira paz.

Fede me abraza por la espalda y besa mi mejilla.

—Entremos —susurra.

Cuando estamos pasando el portón de una gran casa color violeta, una pequeña y sonriente señora, sale con los brazos abiertos a recibirnos. Nos envuelve en un apretado abrazo y besa nuestras caras.

—¡Fefi mi vida, que alegría que vinieras! ¡Y por fin nos das la dicha, de conocer a una novia! ¡Tantas velitas que le encendí a la virgencita de Schoenstatt, hasta que por fin escuchó mis plegarias! —Federico se separa del abrazo, y pasa su mano por mi cintura para presentarme.

—Victoria, ella es mi abuela Margarita.

—Aba ella es Victoria, mi prometida. —Mi boca cae abierta ante el asombro «*PROMETIDA*» ¡Que!

—No, ¡no lo puedo creer Fefito mío! —gritaba su abuela, mientras se cubre la boca con sus manos. Sus ojitos celestes se llenan de lágrimas, a punto de ser derramadas.

En ese instante la señora me abraza con fuerza, me gusta su abrazo, huele a limón y crema de manos, es cálida, es familiar.

—¿Y el abuelo?

—Está pescando, ya vuelve. ¡Pero entren amores!

Federico toma mi mano, y con su otro brazo rodea los hombros de la abuela, me sorprende descubrir ese lado suyo, tan familiar y hogareño.

La casa es grande y cálida, prácticamente se encuentra sobre la arena, en la entrada una gran pero de verdad ¡gran! estufa leña circular se encuentra en medio de la estancia. Sillones en color tostado con un montón de almohadoncitos, tejidos en punto crochet, dos enormes bibliotecas con un sinfín de libros descansando en ellas, todo el ambiente enmarcado por un gigante ventanal de vidrio, que va de pared a pared. Tiene una estremecedora vista de la tranquila playa, no dejo de pensar que en invierno, el agua debe de llegar hasta la casa. Y el viento debe ser fuerte, pero no puedo negar el encanto y romanticismo de amanecer con esta vista.

El salón comedor es rústico, rodeado de pintura y más estatuillas de cerámica, de diferentes formas. En la mesa hay un mantel individual, con un libro abierto junto a él, también, una taza de té y su tetera vintage haciendo juego, blanca con flores rosas y ribete dorado. Camino despacio observando las pinturas.

—Son mías, las pinte yo... —comenta la abuela con un dejo de orgullo.

—Son muy lindas, ¿es artista?

—¡No, qué va! Soy una caradura, que lo que me gusta hacer...lo hago. Soy una odontóloga jubilada, que recién cumplí mis primeros setenta y dos años y verás, en este momento de mi vida, decidí dedicarme al arte —cuenta mientras toma mi brazo y caminamos observando los cuadros, en uno de ellos distingo animales, una lagartija, lechuza, serpiente y tortuga, otro es una gran libélula y debajo de ella un pequeño gato de formas raras. Uno más nítido a la vista, es un duende con un gran trébol a modo de pala. Son hermosos no lo puedo negar.

—¡Son muy lindos!

—Gracias querida, cuando se casen les regalo uno que estoy a punto de terminar. —No emito comentario al respecto, aun me cuesta verme casada. En ese momento y gracias a dios Federico ingresa a la casa junto a un alto y fornido veterano, el hombre cano sonrío mientras palmea la espalda de Fede, me mira asiente y comenta algo al oído de su nieto.

—Nada de cuchicheos viejo —grita la abuela, noto que son muy alegres, mi chico se une a mí.

—Victoria te presento a mi abuelo Juan —camino en su dirección y tiendo mi mano.

—Un placer conocerlo señor —el gran hombre me la entrega y luego tira de ella para envolverme en un apretado abrazo de oso.

—Bienvenida a la familia, mi nieto tenía razón eres una bella mujer, espero sean muy felices —chan, nuevamente esos augurios de felicidad que me dan dolor en la boca del estómago

—¿Qué desean tomar? —pregunta el abuelo al tiempo que le da un sonoro beso en la mejilla a su mujer.

—Querido ¡tenés olor a pescado! Antes del almuerzo te bañas. —El abuelo pone en blanco sus ojos y simula con sus manos que se enjabona las axilas, todos reímos.

—Yo quiero un Martini con limón... —comenta la abuela al tiempo que abre un armario para buscar unos snack de copetín.

—¡Pero que viejita borracha! por lo menos hoy que está la novia del nene hubieras pedido una Coca Cola —ríe fuerte mientras, camina a un bar situado en la esquina de la sala. Federico pide un Whisky y yo tomaré lo mismo que su abuela, Juan sirve nuestras bebidas y luego enciende música, un grupo de Rock Nacional, No te va a Gustar, la canción A las nueve.

Me sorprendo del tipo de música que suena, uno puede pensar que a su edad le gustaría el tango, o música clásica. Pero no. Los abuelos Betner son dos personajes que disfrutaban del arte, la pesca y el ¿rock? ¡me gustan!

—Mis abuelos son dos amantes de la música —comenta Federico levantando un poco la voz para que pueda oírlo a través del sonido.

El almuerzo fue de lo más placentero, comimos carne al horno con papines al romero, de postre flan casero, todo delicioso, al parecer la abuela Margarita además de artista es buena cocinera, luego de la comida los abuelos se acuestan a dormir la siesta, con Federico aprovechamos a dar un paseo por la orilla del mar.

Caminamos en silencio tomados de la mano.

—Sabes Victoria, me veo envejeciendo en este lugar... —suelta mientras contempla el bello entorno.

—Yo también, seguro que escribiría alguna novela de crímenes, mi sueño siempre fue ser escritora.

Fede me observa sorprendido. A medida que avanzamos recolecto un sinfín de caracolitos y piedras de distintos colores y formas. Una de ellas capta mi atención por la forma, es un perfecto corazón, sonrío y sin dudar lo entrego a Federico.

—Para ti — le regalo la piedrita mientras doy un guiño, sorprendido la toma y tiernamente besa mi mejilla, creo se emocionó.

Aunque no lo imagino tan sensible.

—Gracias, la pondré en mi escritorio así te tengo presente siempre.

—Si quieres te puedo regalar una foto sexy, en ropa interior para que me recuerdes en tu oficina. —Comento socarrona elevando una de mis cejas.

—Eso estaría bien, pero la pondría en mi mesilla de noche, no creo que de buena impresión a mis empleados, que su jefe tenga una foto de su mujer desnuda a la vista. «Mujer» nuevamente esa sensación, debo hablar urgente de este sentimiento con Sofí, tengo un claro pánico al compromiso.

—Es verdad, quedaría a la vista que eres un degenerado, porque lo eres —río y pongo cara de sorpresa, abriendo mi boca y ojos mientras pronuncio un Oooo.

—Victoria hablando de ser un “degenerado” y mi oficina, quiero proponerte algo... —sonríe, mientras frunzo mi nariz, reímos. Tira de mí mano, hasta que quedo en sus brazos, el viento sopla, le doy un casto beso en la comisura de sus labios y me recuesto en su pecho mientras continúa.

—Te quiero en mi empresa, y viendo que tienes ganas de comenzar a trabajar, y que Sofía tu amiga ya es parte de nuestro equipo, te quería ofrecer la posibilidad de que te unas a Betner y Asociados, sucede que necesito contratar alguien para el departamento de personal y creo que tú eres la más indicada.

—Federico, no creo que esa sea una buena idea.

—¿Por qué dices eso? —No le gusta mi comentario, —No me parece que sea bien visto por tus empleados que la novia del jefe trabaje allí —su boca se arma con una sonrisa de oreja a oreja, está encantado.

—Novia, me gusta escuchar eso de tus labios —tiene razón, aunque en realidad fue un acto fallido.

—Lo que trato de decir Federico, es que no creo sea bueno el estar juntos en la empresa, y además intentar tener una relación, me da temor que se mezcle mucho todo.

—No pasará. Mi oficina está en el directorio, en la última planta del edificio. Mientras que RRHH se encuentra en el cuarto piso, casi no nos veríamos, salvo para almorzar de vez en cuando, en alguna reunión o para coger sobre mi escritorio —comenta todo con el mismo tono de voz, le doy un codazo en su costilla y reímos.

—Atrevido —pone cara de circunstancias.

—Jamás le faltaría el respeto, señorita Rodríguez, todo estaría estipulado en el contrato.

Me besa, y sin previo aviso me toma en brazos y se aproxima peligrosamente al agua, leo sus

maléficas intenciones y no me gustan para nada.

—Ni se te ocurra... ¡Federico dije NO! ¡Que no! —pataleo intentando zafarme pero es imposible, camina y me deja caer al agua, esta helada, seguido de eso se lanza sobre mí y asalta mis labios con un salado y fogoso beso.

Termino de secar mi cabello con un toallón, tras tomar un baño caliente en lo de Juan y Margarita, ¡el agua de la playa se encontraba helada!. Me visto con un jean, botines cortos y chatos y una blusa larga que tapa mi trasero azul con detalles de aves en blanco.

Salgo del baño, y me dirijo a la cocina ¡mierda! el abuelo Juan se encuentra, cantando de calzoncillos a cuadros y camiseta blanca. Qué vergüenza, verlo en paños menores, el ignora mi presencia, lo veo menear el trasero y cantar al ritmo de Alejandro Sanz e Ivete Sangalo, la canción No me Compares, gracias a dios en ese momento, entra mi amado para salvarme del incómodo momento. Se detiene en la puerta y cruza sus brazos con una sonrisa en su rostro.

—¡Viejo cochino! Meneando el cuerpo frente a una dama —Juan lo mira sorprendido y en ese instante me ve. —Hola nena ¿te preparo algo calentito para tomar? Café, té, chocolate... ¿Qué te gustaría?

—Ella toma capuchino —responde Federico por mí, luego atrapa mi mano, la besa y salimos de la cocina hasta su auto. Me dice que tiene que buscar algo, dejamos a Juan que continúa con su danza y meneo de caderas.

Me gusta su familia, apenas los conocí hoy y ya me siento parte de ellos.

Salimos al jardín, abre la cajuela del BMW, saca una bolsa de papel y me la entrega. Esta serio, muy serio y sufro una amenaza.

—Esto es para ti. Y escúchame bien María Victoria Rodríguez, no acepto, un *no* como respuesta, es un regalo y si lo desprecias me veré muy molesto, ¿entendido?

—¡Sí! —respondo mientras abro la bolsa... ¿un teléfono móvil? —No lo puedo aceptar. Esto es mucho —extiendo mi brazo para que vuelva a tomarla en sus manos.

—Creo que ya habíamos dejado claro, el tema del NO como respuesta.

—No... ¿no?

—No... claro que ¡no!

—Ufa.

—Victoria, no me hagas enojar.

—¿Gracias?

—Ahora sí, me gusta más pequeña.

Leo la caja iPhone 6 Plus, no tengo ni idea como funciona este aparato, soy una negada con la tecnología. Si, negada y rural, no me interesan los teléfonos salvo para ¡hablar!

## Capítulo 11

Martes

Me encuentro en mi oficina.

Estoy inquieto, hoy comienza a trabajar Victoria, en el departamento de personal. Su único requisito, es que nadie sepa aún de nuestra relación. La entiendo, pero no comparto. Quiero que todos sepan que es mía, pero sé que no puedo ganar todas las batallas y ésta decido dejarla ir.

Tengo planeada una reunión para presentarla, quiero que esté a la cabeza del equipo, sé que no querrá, y no será tarea sencilla convencerla. Soy un hombre que quiere un SI señor como respuesta, al fin y al cabo soy el dueño, puedo hacer lo que quiera con mi empresa. Confío en Victoria, ella es centrada, tiene ética y valores, será muy buena tratando con el resto del personal.

Tomo el teléfono y llamo a mi secretaria —Nadia ¿está todo listo para la reunión de las once?

—Si Arquitecto, la sala lista y el personal comunicado.

—Bien, en cuanto llegue la señorita Rodríguez que venga directo a mi oficina, gracias.

Golpean.

—Adelante —mi mejor amigo y hermano de vida Manuel, entra, se lo ve cansado, el nudo de la corbata está bajo y un dejo de barba asoma de su rostro. Se sienta, reclinándose en la silla que tengo frente a mí, y deja escapar un sonoro haaauggg, o algo por el estilo.

—Hermano, que bien se te ve —sonrío, Manuel levanta el dedo medio y mantiene sus ojos cerrados. —¿Mucha fiesta la de anoche? Te dije que ya no tenés edad para noches hot entre semana, ¿con cuántas?

—Tres.

—¿Tres? ¡Mierda! —me pongo de pie, aplaudo, y hago una reverencia. Hace una mueca. Camino al bar y sirvo dos whiskys, le entrego uno y dos ibuprofenos, los que jamás faltan en el cajón de mi escritorio. Sufro regularmente, de dolores de cabeza cuando el stress pasa factura. Se los toma, junto a un trago del líquido ámbar.

—Y bien, quiero los detalles. ¿Quiénes fueron las beneficiadas?

—Siento que mi cerebro, intenta salir de mi cráneo, ¡que dolor! anoche, no pensaba hacer nada en particular, por raro que suene, ya estoy algo cansado de tanta fiesta y mujeres. Hay veces en que me gustaría tener una mujer, una sola ¿me entiendes?, que me espere en casa con la cena y acurrucarme junto a ella en la cama —ríe de lado, pensativo. —Creo me estoy poniendo viejo.

—Creo que sí —reímos, está teniendo la misma metamorfosis que tuve yo tiempo atrás.

Continúa su cuento.

—Como te decía, estaba en casa muy tranquilo mirando Breaking Bad, cuando suena el teléfono, era Griselda, quería que saliéramos los tres a un club nuevo, del cual ya tiene membresía. Le comenté que tú no estabas disponible, tal como me indicaste, así que me dijo que la esperara, que

en un rato estaría por el departamento con una amiga.

—El tema está, en que justo mi vecinita, la chica suiza de intercambio que vive frente por frente. Cruza en ese preciso instante, con una botella de ron, vestida únicamente con una bata ¡sin nada debajo!

La cara de Manuel es un show.

—Hermano, casi colapso, estaba depilada a cero y tenía un piercing ahí ¡sí! justo ahí. Claro que la deje entrar, y comenzamos a beber. Al rato llega Griselda con su amiga, una pelirroja, con unas tetas del tamaño de dos melones. Bueno, qué más puedo agregar...

Poco más para agregar, conozco o mejor dicho conocemos los gustos de Griselda, y una noche con ella basta para necesitar una bolsa de hielo en las pelotas al día siguiente. Mi amigo se masajea la cara con las manos, luego se inclina para decirme algo.

—Fede anoche nuestra amiguita consumió cocaína, yo mismo la vi. Ella y la pelirroja estaban en el baño, con la puerta abierta y pude verlo, es más olvido un estuche pequeño con más polvo dentro.

Me sorprende, pero no tanto, siempre fue dos personas diferentes. Una la mujer de negocios, y otra la ninfómana con la que compartíamos noches de sexo y shows XXX.

—Hay algo más... —me preocupo, temo que mi amigo haya metido la pata con el tema de las drogas. —Dime.

—Estoy enamorado —me pongo de pie ante la sorpresa.

—Pero que mierda Manuel, ¡Griselda no es mujer para ti!

—¿Griselda? No hermano, desde hace un tiempo, me estoy fijando mucho en Sofía, hemos almorzado juntos. Ella es muy hermosa, picara, ácida, inteligente y creo que... me gusta.

¿Sofía? No puedo negar que siento alivio. En verdad es una hermosa mujer, espero que mi amigo encuentre el amor, es un buen hombre, tiene treinta y cuatro años y ya es tiempo de que forme algo más serio.

—Me gusta para ti — sonrío, aun no puede abrir bien sus ojos, así que se coloca sus gafas de sol.

Suena mi teléfono, es Nadia, Victoria acaba de llegar, pido que entre.

—Manuel estás por conocer, a nuestra nueva jefa de RRHH.

—Qué bueno que solucionaste eso, el sindicato quería un nuevo jefe de personal para negociar urgente, ya estaban por patear mi trasero...

Se interrumpe cuando la puerta se abre y entra mi bella mujer. Mi corazón se detiene, en verdad que siempre es hermosa, pero hoy rompió el molde. Tiene un ajustado vestido negro que llega justo a sus rodillas, con mangas hasta el codo y unos zapatos de tacón rojos altísimos, hacen que sus piernas luzcan aún más sexys y su redondo culo quede más alto y respingado.

—Buenos días, permiso —comenta tímidamente, mientras camina a nuestro encuentro. *Babero, necesito un babero grande y plástico.* «Betner estas hecho un viejo verde»



Manuel y yo nos ponemos de pie para saludarla. Tiendo mi mano y ella me da la suya.

—Victoria ¿cómo estás? Bienvenida.

—Es un placer —comenta con sus ojos fijos en mí, de reajo veo a Manuel mirar su culo «¡pero que mierda!» está bien que en el pasado con mi amigo compartimos mujeres, pero esta ¡no! de ninguna manera Victoria. Tomo su brazo para que gire y así presentar a mi socio.

—Victoria él es el señor Manuel Cortés, socio y directivo de la empresa —se dan la mano y en ese momento veo que mi socio queda pensativo.

—Señorita Rodríguez... un placer conocerla, sea bienvenida a esta gran familia —por un momento pensé que la reconocería, el primer día que ella trato localizarme en la empresa, y fue Manuel quien la calmó.

Ese día yo estaba enredado, en unas piernas femeninas en mi despacho. No pude recibirla, pero tiempo pasado, pasadísimo. Gracias a su resaca, y al periodo refractario que aún debe tener, no la reconoce. No es que no se lo vaya contar, dentro de poco blanquearé mi relación, solo que antes necesito el consentimiento de Victoria. Ella prometió que sería cuando se encontrara cómoda en el trabajo.

Así que toca esperar, a un hombre como yo, que la palabra “espera” no entra en su diccionario, le toca esperar.

«Lo que logra una pollera.»

Tomo las riendas de la charla.

—Victoria me gustaría enseñarte personalmente tu oficina, luego hay una junta donde te presentaremos al resto del personal, Manuel camina en dirección de la puerta y la mantiene abierta para nosotros, permito que Victoria salga antes de mí. No entiendo mis sentimientos, pero estoy furioso con esa ropa suya que marca mucho su trasero.

—Federico, no los acompaño, voy a mi oficina por unos asuntos y nos vemos a las once en la junta. —Mi amigo está fusilado, no puede ni con su cuerpo, asiento en silencio y doy un guiño.

Llegamos al ascensor, de reajo veo que mi secretaria observa a Victoria, el pitido indica que ya está aquí, permito suba antes. Las puertas se cierran, Victoria me regala una sonrisa.

En fracción de segundos, la tengo en una esquina del ascensor, con mis manos en su culo presiono mi cuerpo contra el suyo.

—Te amo y sos mía ¿lo sabes? —devuelve mi beso y envuelve su mano en mis testículos, ahogo un gemido.

—Sí, sé que me amas, pero no soy tuya... soy mía.

—Eso está por verse. Creo que ese vestido no es el indicado para venir a trabajar —por un momento noto en su cara inseguridad, y me arrepiento de ser tan celoso.

—¿No te gusta? Traté de ponerme algo elegante, es que no tengo muchas opciones para elegir. —Me enternece.

—No, todo lo contrario, ese vestido te queda MUY bien, demasiado para mi gusto, quizás algo más suelto sea mejor. Luego iremos de compras.

—Ni, se le ocurra Betner —recalca cada una de las palabras, ayudada por su mano para subrayar el énfasis.

—Ya lo veremos.

—Basta de amenazas Arquitecto porque presentaré una denuncia por acoso —reímos, nos damos un último piquito antes de salir en el cuarto piso, permito camine delante de mí, así puedo admirar sus curvas.

Llegamos al departamento de personal donde por el momento trabaja Sofía como psicóloga de personal, Millie una administrativa contable muy desfachatada y Analía una secretaria junior, por lo que me siento tranquilo de que Victoria se encontrará cómoda y en buenas manos. Al entrar Sofía esta inclinada sobre un archivo, se quita sus gafas rojas y las deja sobre el escritorio de Millie, para salir a nuestro encuentro, solo ella sabe de nuestro amorío, pero confío en ésta mujer, seguro guardará secreto de estado hasta que se lo indiquemos.

—Amigaaaaa ¡Bienvenida! —grita, bulliciosa como siempre.

El departamento de personal, es una pequeña área separada del resto del piso, como en este lugar se liquidan sueldos y los empleados tratan con la psicóloga temas delicados, optamos separarlos para que se tenga privacidad. En la entrada Analía tiene su escritorio, seguido en un box separado esta Millie, con sus millones de papeles, máquinas de calcular, fotocopidora y más papeles.

Pasando una puerta, hay dos oficinas mas con una bonita vista, una de ellas es de Sofía y la otra de Victoria, el estar juntas, más el trabajo en equipo ayudara a la adaptación de mi mujer.

—Las dejo para que charlen —doy un guiño y salgo.

Estoy nerviosa.

Bueno nerviosa es una simple palabra para describir como me siento. Son las doce en punto. Estoy sentada en la sala de conferencias, en primera fila con mi amiga a un lado. Doy golpecitos con mi bolígrafo sobre la libreta, ansiosa esperando que el “Director” llegue.

El lugar está concurrido, ejecutivos y secretarias conversan animadamente. Un joven caballero se acerca y tiende su mano.

—Un placer conocerte, soy Juan Campos, Jefe del Departamento de Comercio Exterior — devuelvo el saludo y me presento, noto que tarda más de lo necesario en soltar mi mano. Es un muy bien parecido hombre, claro que no tanto como mi dios griego, nadie como él «jamás».

En ese momento se escucha un bullicio proveniente de la entrada, un soberbio y elegante Betner ingresa, en fracción de segundos clava los ojos, en mí y en el joven que me está saludando. Juan inclina su cabeza como saludo.

—Tal vez podamos almorzar un día de estos, y te pondré al corriente del cotilleo de la empresa, ahora me voy que llega “encantador” —ríe, da un guiño y se marcha.

Me molesta su comentario. En realidad es lo que pasa, cuando uno es dueño de una empresa. Se gana el respeto de sus empleados a base de ser estricto y profesional. Automáticamente se detienen las voces y risas, mientras Federico ocupa su lugar delante de todos, frente a una pantalla gigante con el logo de Betner & Asociados encima. Un sonido corta el silencio, un sonido que viene de mi mano «mierda» olvide silenciar mi celular. Desbloqueo la pantalla y me asombro al ver un mensaje de mi amor.

***\*Aléjate de Juan, es un puto mujeriego y lo despediré si lo vuelvo a ver coqueteando junto a ti.***

¡Pero qué carajo!

Respondo.

***\*Estimado, espero se encuentre bien, lamento informarle que no acepto ordenes, atentamente Victoria***

***P.D. desde aquí se lo ve muy guapo.***

Veo como lee su móvil, con una línea recta dibujada en sus labios.

Nuevamente el pitido de mi teléfono, en ese instante lo dejo en modo vibrado, leo.

***\*Yo no jugaría con fuego señorita Rodríguez porque créame se quemará.***

***P.D. Desde este lugar usted también se ve muy hermosa y apetecible. Me gustaría romper ese vestido y cogerla sobre mi escritorio, solamente con esos tacones rojos.***

Me sonrojo y comienzo a acalorarme. Que hijo de puta ponerme en ese estado y ¡aquí!

***\*También me gustaría eso, pero ahora creo debería concentrarse en la reunión.***

***P.D. Un detalle... no estoy usando ropa interior ;) Lo saluda atentamente, su gatita. Miau.***

Termina de leer el mensaje, toma una respiración profunda, y guarda el móvil en el bolsillo interior de su chaqueta. Le importa una mierda que toda la sala este en silencio esperando por él.

Toma la palabra.

—Buenos días a todos, antes que nada agradecer como siempre, el dejar un lugar, en sus apretadas agendas para ésta reunión. El motivo de ella básicamente es presentar un nuevo integrante, que en el día de hoy se une a nuestro equipo de trabajo. Ella es la señora María Victoria Rodríguez y será nuestra nueva jefa de personal. ¿Jefa?

«¡Pero se volvió loco!»

*Aplausos.*

Estoy por tener un panic attack, Sofía aprieta mi antebrazo, la miro a los ojos y susurro.

—¿Jefa?

—Tranqui amigucha, después se lo decís en persona y listo.

Pero la pesadilla apenas comienza, Federico continúa con su discurso.

—Victoria, si nos hace el honor de pasar al frente un momento, así todos pueden conocerla — calor, mucho calor en mi cara y un codazo en mis costillas, que da la cariñosa de mi amiga.

«Auugh»

Me pongo de pie, camino a su encuentro, Federico me da su mano como saludo y palmea mi hombro. Sin inmutarse y apenas moviendo sus labios en un susurro lanza la amenazada.

—Estoy tentado de declarar, que eres mi mujer, así nadie te da risitas tontas —lo miro amablemente, pero mi sonrisa no llega a mis ojos.

—Ni se le ocurra, porque renuncio. Otra cosa Betner, no quiero ser jefa.

—No hay vuelta, ya lo eres. —Agradezco el recibimiento y en cuanto puedo vuelvo a la seguridad de mi asiento.

Una hora más tarde, luego de comentar nuevos logros de licitaciones, y contratos con privados, puedo escapar a la que será mi oficina.

Salimos almorzar, con las chicas de la oficina para conocernos mejor. Vamos a un pequeño lugar, a los que acuden la mayoría de nuestros compañeros.

Estamos sentadas a punto de almorzar cuando se nos unen Juan y otro muchacho más de cómputos, Millie y Analía sonrían encantadas, y los invitan a unirse a nosotras. El almuerzo transcurre tranquilo, hasta que ingresan Federico y Manuel, su mirada se cruza con la mía, sé que no está feliz, pero no tengo porque ponerme nerviosa. ¡Ni que sea de su propiedad! porque vamos, lejos estoy de ser una Anastasia Steele y mucho menos ¡sumisa!

Mi teléfono suena nuevamente, no necesito ni mirarlo para saber de qué se trata.

*\*Hola pichoncita, ¿qué te gustaría que te preparara para cenar? Si quieres invita a Federico también, es un muchacho tan agradable... besitos del titi.*

Qué alivio, si claro un muchacho “tan agradable”, si supiera.

## Capítulo 12.

Ya pasó un mes, desde que comencé a trabajar.

Son las siete de la mañana y suena mi despertador, salgo de la cama con mucha energía, todo es nuevo pero me encuentro feliz. El trabajo me agrada y mis compañeros parecen estar contentos conmigo.

Tomo una ducha, salgo del baño envuelta en una toalla. El día ya está soleado y al parecer el calor no tardará en aparecer. Me pongo una falda tubo negra, zapatos del mismo color hiper altos y una blusa sin mangas rosa con pequeños lunares blancos, todo prestado, de mi amiga Sofia. Mi guardarropa no es muy amplio, solo unos jeans, botas y blusas, nada de lo necesario, para trabajar en una gran firma como Betner & Asociados.

Bajo a desayunar, mi tío y Lechuga se alegran de verme.

—Buenos días mi niña, ¿que le preparo de comer a la oficinista? —sonrío, mi tío sea la hora que sea siempre tiene ese encanto.

—No sé que comer, es que me sigue doliendo la panza, debajo de la costilla derecha, pero de vez en cuando el dolor se corre para el ombligo —mí tío me observa con preocupación.

—Nena ya te dije que tenes que ver médico, eso seguro es tu apéndice, ya mismo voy te voy a pedir hora. —¡Tío que ya soy grandecita!

—Un cornelin que seas grandecita, por lo menos que te hagan una ecografía, quizás sean cálculos en la vesícula.

—Ufaaa, está bien... —mi tío gira y cruza sus brazos.

—¿Ufaaa qué? —me hace sentir una cria.

—Nada, pedíme, hora, prometo ir —es que no me gustan los médicos.

Como un pequeño refrigerio de jugo de naranja y unas nueces, no puedo comer más nada, el pensar en un capuchino me revuelve el estómago. Hago una maldición mental, quizás el tío está en lo cierto y tenga qué operarme del apéndice finalmente.

Tomo un taxi, sino llegaré tarde al trabajo. Sé que tengo carta libre con el horario, mi jefe y novio encubierto, me lo ha dicho, pero no quiero abusar de estos beneficios.

Al llegar me encuentro con Sofia en la entrada.

—¡Ahhh bueno! ¿Pero quién es ésta caliente mujer? —reímos.

—Shhh que te van a escuchar, por si no reparas en mi ropa, soy una doble de ti. —Sofi toma mis manos y estira sus brazos, para contemplar por completo mi look.

—Estás divina, sos una zorrita hot que tiene sexo con el jefe, ¡que envidia! —mi boca cae de asombro, estoy segura que el guardia de seguridad escuchó, ese mismo, que hace unos meses trato de sacarme de la empresa, hoy salta de su silla para abrir la puerta.

—Vamos amiga antes que sigamos con el papelón —en ese instante, entran los chicos de

Comercio Exterior, Juan Campos sonríe en cuanto me ve, sale a mi encuentro y con una mano hace que de una vuelta.

—¡Wooow Victoria, muy linda! —sonrío, mientras retiro mi mano, me incomoda que sea tan baboso, pero bueno, después de todo, nadie sabe de mi relación con Fede, y el coqueteo es algo normal. Aunque s e, que eso jamás podría pasar con mi hombre, mi celoso y posesivo hombre.

Todos subimos al ascensor, en la segunda planta bajan Juan Campos y los chicos de su equipo, con Sofi continuamos hasta el cuarto.

Bajamos haciendo planes para la noche, mi amiga alquil  un departamento y hoy la ayudar  a ponerlo en orden. Desarmar cajas al ritmo de TanBionica, junto a unos ricos mojitos.

Llego a mi oficina, enciendo el ordenador, y comienzo a ver la agenda, a primera hora ver el tema de licencias pendientes. Más tarde junto a Sofia y Manuel tenemos una reunión, con integrantes del gremio por algunos pedidos, sobre más medidas de seguridad, en las obras.

Suena mi telefono, atiendo.

—¿Te gusta ese boludo? —ese fue el saludo de Federico al otro lado de la línea,  no entiendo de que habla!

—Buenos días mi amor,  c mo est s? —respondo, tan solo con un pelin de sarcasmo.

—Mal, estoy mal. No me gusta ver a mi mujer coquetear como una puta, con mis empleados... —«¡Lo mato!»  celos otra vez?! —¿Perdon?  Escuch  bien que me llamaste puta?

—No quiero verte nunca mas en la entrada, haciendo manitos con Campos,  Entendido? —pero,  que se cree!, el hijo de puta  me espía?

Estoy furiosa, y disparo.

—Escuchame bien Betner, abre bien tus oídos, que sea la última vez, qué me faltes el respeto, porqué no soy de tu propiedad, para que ordenes  imb cil! —mis palabras salen fuera sin calcular el tono que uso, estrello el auricular del teléfono, cortando la llamada, no permitir  estos comportamientos. Automáticamente un mail cae en mi casilla de correo.

Asunto: *\*Tu te lo buscaste.\**

Responder *\*Sin amenazas estimado, porque no las aceptará.\**

Otro mail entra, su respuesta no se hace esperar.

Asunto *\*No es una amenaza.\**

Opto por no responder más. Sino seguir  con éste jueguito de jefe dominante que sale con la chica nueva, que por muy sexy que suene, no me gusta para nada. Decido centrarme en el trabajo, tenemos un montón de expedientes atrasados, los que hay que poner en orden y actualizar.

Con las chicas almorzamos en un pequeño lugar de comida Armenia, me encuentro con mucho apetito, debo cinco lehmeyun. Una t pica preparación Armenia, la que consta de una fina masa, con carne picada muy condimentada sobre ella.

—¡Una delicia! —comento bajo la atenta mirada de Sofia, la que a duras penas, pudo comer dos. Ni hablar de Analia y Millie que son del tipo «chica a dieta cronica». Yo todo lo contrario,

disfruto la comida, pero hoy me pase de lista, y más si pienso en mi apéndice.

Volvemos a la empresa. Antes de entrar en mi oficina, voy a la pequeña cocina que hay en nuestro piso y me preparo un te de manzanilla. Espero que no me haga mal, el atracón de almuerzo qué me dí.

En el instante que tomo asiento en mi escritorio, suena el telefono, es Analia con voz de cachorro asustado.

—Victoria, el señor Betner pide que subas a su despacho, ahora. —sentimientos encontrados, uno muero por verlo, y dos no quiero discutir. Y sé que si trata de imponerme algo, me enojaré ¡y mucho!

Me pongo de pie, agarro mi taza de té, una libreta de notas y lapíz.

—Suerte —suelta Analía al salir. Por lo visto el señor no tiene buena fama.

Llego al último piso, y me detengo junto a su secretaria.

—Buenas tardes, el señor Betner me mandó llamar —la joven sonrío mientras toma el intercomunicador.

—Señor Betner, la Señorita Rodriguez está aquí —estoy por caminar directo a la puerta, cuando escucho su respuesta y me detengo en seco.

—Qué espere un momento por favor, ahora estoy ocupado —me sorprendo. ¿No entiendo para que me mandó a llamar, si estaba ocupado?

Pienso, qué quizás algún tema de último momento surgió. Aprovecho para conversar con la secretaria de mi chico, y conocer a una compañera a la que veo muy poco.

Tomo asiento en la esquina de su escritorio, mientras bebo mi té. Nadia es muy agradable, me cuenta que lleva trabajando para Federico hace seis años. Estudia Medicina, y se recibirá a mediados del año próximo. También habla de Federico, comenta que es un buen jefe, considerado con sus estudios, muy meticuloso y exigente en temas laborales, pero qué en verdad, disfruta mucho su labor.

También me entero, en contra de lo que me hubiera gustado, que su jefe es un tanto mujeriego, «hijo de puta». Nunca presentó una novia formal, pero no es raro, verlo cada tanto con alguna “super modelo“ entrando en su oficina. Quiero llorar, quiero meterme en mi cama y suspirar como una doncella, no quiero sufrir, no quiero ilusionarme «más»

Las puertas de su oficina se abren, y mi corazon galopa, si galopa tratando de escapar lejos, de lo que mis ojos ven. Federico sale junto a una hermosa rubia platinada, de piernas torneadas, tetas enormes y cintura de avispa «¡pero que mierda!», ella pasa a nuestro lado con una sonrisa de oreja a oreja, suelta un “adiós“ y se marcha.

—Adelante Victoria —da media vuelta, y entra sin esperar por mí, la voz de Federico es cortante, y de pocos amigos, sigue molesto.

En silencio voy tras él.

—Tome asiento por favor —obedezco, mi cuerpo responde a su voz, tengo la piel erizada ¡y eso que ni me tocó!, descanso mi cuerpo en uno de los grandes sillones que hay en su oficina.

Escucho la puerta cerrarse con tranca. No lo miro, mantengo la vista clavada en el escritorio,

es enorme y de roble lustrado.

Federico ocupa su lugar frente a mí, se encuentra hermoso, traje gris oscuro, camisa blanca y corbata azul, la que resalta el tono de sus ojos, y su hermosa boca, la que jamás va a dejar de sorprenderme.

—¿Mucho trabajo?

—Bastante, pero lo prefiero así.

—¿Hay algo, en particular que puedas necesitar, que no haya en tu oficina? —sorprendida e ingenua, repaso que puede faltar, pero en verdad no necesito nada.

—La oficina es perfecta y no necesito nada mas, gracias.

—¿Segura? Fotocopiadora... fax... calculadora, o mejor, ya sé un ¡puto telefono! —golpea fuerte su mano en la mesa, el sonido que produce me asusta.

Se pone de pie, rodea el enorme escritorio y se sitúa justo frente a mí. Descansa sus manos, en el apoya brazos de mi silla, está molesto.

—Porque si no me falla la memoria, su puto teléfono, señorita Rodriguez no funciona bien, ya que corta las putas llamadas —su cara está a centímetros de la mía, tengo que reclinar mi cabeza para atrás, mantiene sus piernas una a cada lado de las mías, prácticamente me encuentro enjaulada. Carne para el leon Betner.

—¿Por qué cuernos colgaste mi llamada?

—¿Todo éste circo es por eso Federico? —no permitiré que actúe como un loco dominante, si bien ya estoy excitadísima, a punto de derretirme a sus pies, simplemente no lo permitiré.

Cierra sus ojos con furia, sus labios ya rozan los míos prácticamente. Suelta una de sus bombas.

—El tema es así Victoria, no me gusta que nadie mire lo que es mío, ...¡y tú! —apoya su dedo índice entre mis pechos, jadeo. —Y tú eres mía, así que te voy a ofrecer dos opciones, creo muy justas, y de las que ambos saldremos beneficiados. —«Taquicardia», tenerlo a esta distancia hace que mis hormonas bailen y se desnuden al ritmo de la música de nueve semanas y medias.

Y su olor, ya descubrí a quien culpar por ese exquisito y perturbador olor. «Maldito Issey Miyake y maldito L´eau Odyssey por hacer que este hombre sea ¡irresistible!»

Con mi autoestima muy en alto, tomo la evilla de su cinturón con mis manos, Federico deja de respirar.

—¿Quién era la señorita rubia que salió de tu oficina? —suelto desinteresadamente, si a él no le gusta que se mire lo suyo, que sepa a mí tampoco.

—Una amiga.

—¿Una amiga con derechos especiales?

—En su momento sí, pero ya no... —no voy a llorar, no voy a llorar, esto de hacerme de la mujer mundana, no va conmigo. «Odio a la rubia tetona»

—No creo en esa amistad.



—Yo tampoco en la tuya y el veterinario, menos cuando lo vi con su lengua en tu boca Victoria.  
—Mierda, olvidé mi beso con Daniel «Touché»

—Dime las opciones —libero su cinturón. Tengo que cambiar de tema, Federico suelta mi silla y se reclina en su escritorio. Cruza los brazos, y se que se aproxima el tsunami Betner, lo puedo intuir.

—Bien, como te decía, hace poco tiempo, me dí cuente que soy un hombre celoso, muy celoso. Un sentimiento totalmente ingrato, el cual descubrí gracias a ti. Como te dije anteriormente, no quiero que nadie mire y mucho menos toque lo mío, así que tengo dos propuestas para hacerte. —terror, nuevamente la palabra “propuesta“, tengo que estar preparada para lo que sea. —Primer opción, y la más... civilizada, se podría decir. Es blanquear nuestra relación —mi cara de sorpresa no se hace esperar, pero la sorpresa continúa.

—¿Y la segunda? —suelto con descaro.

—La segunda, despido de mi empresa a Juan Campos, fin del tema y todos felices —mi boca cae abierta de asobro ¿despedirlo?

—No te atreverías... —no puedo creer, que se planteé éstas opciones, ¡despedir a una persona por sujetar mis manos!

—Ponme a prueba y lo verás —estoy cansada, no acepto este comportamiento infantil.

Me pongo de pie, y esta vez soy yo quién rodea con mis piernas las suyas.

Aflojo su corbata, y la saco por sobre su cabeza.

Luego, lentamente comienzo a desprender su bragueta, Federico toma una respiración profunda.

—Sabe qué, señor Betner..., no creo que ninguna, de esas opciones sean adecuadas en este momento. Sus pantalones caen al suelo, segundos mas tarde su boxer Calvin Klein color gris. Con una de mis manos acaricio su enorme y ya endurecido miembro, mi boca llega a su cuello y deslizo mi lengua sobre él, Federico deja caer su cabeza hacia atrás.

Lo invito a tomar asiento, en el lugar que yo ocupaba hasta el momento. Rodeo la silla hasta situarme en su espalda, con su corbata vengo sus ojos, mientras tanto continuo con mis besos en su cuello, al tiempo que susurro algunas palabras calientes.

Federico gime, está excitado a más no poder, tira una de sus manos hasta encontrar mi cabeza, hunde con deseo sus labios en los míos.

—Y bien Victoria, ¿cuál opción eliges? —«Bastardo» ¡Querido Betner, se te van a ir las ganas de jugar conmigo!

Con mis movimientos calculados, susurro en su oído.

—Ninguna estimado, no acepto ninguna de sus opciones, basta de joder conmigo porque renuncio.

—No te atreverías —suelta el cabrón, solo que ya estoy camino a la puerta, al escuchar el sonido de mis tacones, Federico retira la corbata de sus ojos y se pone de pie.

—¡Victoria! —grita, justo cuando atravieso la puerta, antes de salir del todo, me tomo un segundo para ver mi creación, el macho alfa con los pantalones por los tobillos y una erección de un metro de largo. «Hermoso.»

—Quedamos así estimado, fue un placer... —suelto mientras doy un guiño y cierro la puerta. Veo su furia, puños apretados y un sonoro «Mierda» sale de su esculpida boca.

Saludo a Nadia y bajo lo mas rápido que puedo a la seguridad de mi oficina. El corazón está a punto de salirse de mi pecho, con una sonrisa triunfante, tomo asiento en mi escritorio y doy unas palmaditas al aire.

«Toma ésta medicina Betner»

La tarde transcurre en una calma que sinceramente ¡no me gusta para nada! Paso la mayor parte en la oficina de Sofia, el trabajo es mucho. Tenemos que tener en orden un montón de papeleo, antes de la semana próxima que llega una inspección del ministerio.

A última hora, entra Millie con un mail impreso.

Su cara de preocupación asusta.

—Chicas, lean. —Con Sofi nos miramos y mi amiga toma el papel en sus manos.

—¡Qué hijo de puta! —Sofi me mira con cara de asombro, y tiende la hoja para que lo compruebe por mi misma. ¡Y si! no lo puedo negar, es un hijo de puta, el mail es un comunicando, donde se informa que el Señor Juan Pablo Campos Miguez, a partir de la fecha, ya no forma parte de Betner & Asociados.

«¡Lo despidió!»

Arrugo el papel con furia, este tema se arregla entre dos, el pobre Juan solo fue un daño colateral en nuestra lucha.

Con mail en mano, salgo disparada de la oficina. Millie no entiende nada, Sofi quizás pueda atar cabos y sospechar algo. Llego al sexto piso dando grandes zancadas, hasta el despacho del tirano Betner, sin mirar a Nadia sigo de largo y abro su puerta de golpe.

Al Entrar veo a dos jefes de distintos departamentos, reunidos junto a Federico y Manuel, en la mesa de juntas, que hay junto a la gran pared de cristal.

Al verme Federico se pone de pie, clava su mirada en la mía.

—Caballeros, continuamos mañana a las ocho en punto —los tres hombres me miran, pero ninguno comenta nada, noto a Manuel sonreír de lado. Luego de los saludos pertinentes, sale el último hombre y cierran la puerta.

Del intercomunicados se escucha la voz de Nadia.

—Señor Betner, si no necesita nada mas me retiro.

Sin separar su mirada de la mía, responde.

—Gracias, eso es todo Nadia —camina hasta la puerta y pone tranca, mi corazón esta a mil, y mi respiración agitada de la carrera que acabo de dar.

—¿Estás loco?... ¡lo despediste! —grito.

—No, ese no es mi trabajo —responde con sospechosa calma —Ese, es **tú** trabajo y **tú** lo despedirás, para eso eres la jefa de personal —por si no se nota, recalca la palabra **Tú**.

—¡Hijo de puta! —grito y el temor se apodera de mí. Peligrosamente Federico da un paso en mi dirección, yo automáticamente uno atrás, el da otro y yo nuevamente trato de mantener la distancia. Dos pasos, tres, cuatro, hasta que mi culo choca con la mesa de juntas, fin de la historia, me atrapa con su cuerpo y enreda mi cabello en su mano, inclina mi cabeza atrás y lame mi cuello con furia.

—Terminemos lo que hoy dejaste a medias Victoria —muerde mi labio inferior y luego pasa su lengua sobre él, coloca ambas manos en mi cadera, comienza a levantar lentamente mi falda, hasta que llega a mi cintura.

Siento como tiembla, su autocontrol esta hecho añicos, toma mi ropa interior y la rompe sin dificultad, ¡Dios mío! pensé que eso solo sucedia en las novelas románticas que leo.

Con sus manos en mi culo, me levanta y sienta sobre la mesa de juntas, acaricia mi intimidad, deja escapar una risita soberbia cuando me encuentra caliente y húmeda ¡muy húmeda!. Introduce un dedo y yo como una gata en celo, dejo escapar un gemido. Introduce dos dedos y ya no puedo aguantar mas, jalo su cabello y lo beso, Federico desprende su pantalón hasta liberar su pene, sin mediar palabras, sujeta mi trasero nuevamente hasta colocarme en el borde de la mesa, me tiene donde me quiere, y en un solo movimiento entra en mi, grito.

Comienza una brutal y lujuriosa danza, rodeo su cintura con mis piernas, aún mantengo mis zapatos, así que usa el tacón, para sujetarse y embestir con mas fuerza, soy sorprendida cuando me levanta de la mesa y chocamos directo contra la pared.

—Siempre... —pronuncia entrecortado, al tiempo que choca en mi interior... *pum pum* — Quise... —*pum pum* —Cogerte... así —*pum pum pum*, mantiene mi cuerpo clavado a la pared, embiste cada vez con mas fuerza, el ritmo y sus besos me dejan en blanco, soy suya, una marioneta en sus manos. No puedo pensar en nada mas, nos venimos, gimiendo, en un manojito de piel besos y pasión. Clava sus dientes en mi hombro amortiguando su grito.

Pasan los segundos y nadie dice nada.

Finalmente afloja su agarre y toco el suelo con mis pies. Una timidez post coito de oficina, me invade. Acomodo mi falda y blusa, cuando levanto la vista, me encuentro con esos hermosos ojos azules que son mi perdición, amo a este hombre, a este pedante e insolente hombre. Lo amo.

—¿Y bien Victoria, blanqueamos nuestra relacion?— agotada de pelear dejo escapar.

—Sí, la blanqueamos.

La semana transcurre tranquila, finalmente no despedí al mujeriego de Juan Campos. A cambio Victoria aceptó que todos supieran que es mi novia.

Con la novia de jefe no se jode, debo admitir que ahora estoy más tranquilo. Aún falta para la boda, pero nos mudaremos juntos dentro de poco. Ya compré el departamento, que se encuentra debajo del nuestro, para que Mario viva en él. De esa forma el destete de mi chica no sea tan traumático.

Es tarde, salgo de la oficina y voy por Victoria, compré entradas para ver Ballet.

Estaciono fuera de su casa y toco timbre, escucho el ladrido de lechuga y la puerta se abre, Mario me recibe con una amable sonrisa.

—¡Pero mira que trajo el viento! Pasa querido —entro y acaricio la cabeza del engendro mutante de Lechuga. Aún me mira raro, pero ya comienza a mover la cola. Espero que se lleve bien con Lola cuando nos mudemos.

—Buenas tardes Mario, ¿cómo estás?

—Muy bien hijo, solo que a ¡dieta! Después del infarto me sacaron los fritos, el azúcar, la sal, el alcohol, ¡todo! bueno casi todo. ¡Voy a quedar flaquita! —da un guiño y ríe fuerte, me gusta Mario, es un viejo picaro y de la planta.

—Querido ¿buscas a Vickita?

—Si Mario, ¿ella se encuentra? quería invitarla al ballet.

—¡Que maravilla el ballet! Si se está cambiando para cenar, ¿te gustaría acompañarnos? Prepare mi famoso pastel de carne.

—No puedo negarme a probar algo que suene tan bien —reímos, retiro mi saco y como de costumbre lo cuelgo sobre el respaldo de la silla.

Mario me entrega una botella de vino y un sacacorchos, sirvo dos copas, brindamos. Vickita baja las escaleras recién duchada. Vistiendo una pollera de jean con una camisola manga larga y descalza, no se sorprende de verme, me da un casto beso en la mejilla y toma la copa que le entrego.

La cena es muy agradable y el famoso pastel de carne una ¡verdadera delicia!

Luego de la cena convenzo, a mi linda chica para ir juntos al ballet, hoy en el Auditorio del Sodre se encuentra en cartelera Coppelia, como Victoria nunca ha ido antes, pienso que es algo que disfrutará enormemente, y una buena oportunidad para cortejarla, mejor tarde que nunca.

La obra es maravillosa, nos encontramos en un palco con una estremecedora vista de la orquesta sinfónica y del brillo de los bailarines en escena.

Mi chica esta encantada, por momentos la veo emocionarse, tomo su mano y en silencio presenciamos los distintos actos.

Ya en mi departamento, vamos al dormitorio, hoy Victoria se queda a dormir. Mi chica entra al baño y desde dentro pide si le traigo algo para tomar, marcho a la cocina por agua, y oh sorpresa cuando regreso.

«Insuficiencia cardíaca»

Federico me prometió, que cuando volviéramos a Montevideo, confiaría en mí para hablar sobre quien es Lucía, y porque tiene pesadillas relacionadas a ella.

Pongo en marcha mi plan. Me coloco un juego sexy de ropa interior, que compré especialmente para la ocasión, corpiño negro y su pequeña tanga a juego, porta ligas, medias que llegan a mis muslos y tacones, solo eso, acompaño el look de psicóloga sexy con mis anteojos de montura gruesa.

—Mi amor estaba pensando, que Lechuga y... —entra y se detiene al verme. Estoy sentada en un sofa, mis piernas se encuentran cruzadas y con la boca chupo la punta de mi boli y lo muerdo.

—Bienvenido a la sesión señor Betner, tome asiento por favor —sonríó mientras señalo un amplio sillón que frente a mí.

—¿Victoria que es esto? —eleva sus manos en mi dirección, con cara de sorpresa.

—Terapia, quiero que hablemos, tu lo prometiste. Y creo que es el momento ideal para terminar de conocernos... —un lado de su boca se eleva con satisfacción, luego se sienta donde le indique.

—Adelante.

—Antes que nada voy a mencionar, que todo lo que se hable en este momento, será estrictamente confidencial. Dicho esto me gustaría comenzar con tu niñez, háblame de cuando eras niño.

Se reclina y eleva sus pies en una pequeña mesita, en la que hay revistas y su laptop, fija la vista al techo y comienza.

—Bien, no hay mucho para decir, nací y crecí en el barrio de Carrasco. En ese lugar teníamos una gran casa de tres plantas, mi padre era Abogado y mi madre se dedicaba a cuidar de nosotros.

—¿Ustedes? —ahí está el nudo de la cuestión, —Sí, nosotros, de mi hermana y de mí. Aunque no sé si cuidar, sea la palabra mas acertada. Solo digamos que ella no trabajaba.

—¿Como eran tus días? ¿tenías amigos de tu edad? —respira profundo, se ve claramente, que no le gusta remover dolores del pasado.

—No muchos, no nos dejaban traer niños a casa, decían que desordenaban y hacían mucho ruido. Sabes, a mi madre le gustaba dormir de día, tomaba muchos antidepresivos y no le importaba nada mas que ella. En el colegio conocí a Manuel, él y yo fuimos inseparables desde que nos conocimos. Solíamos decir que éramos Batman y Robin —me enternece pensar en Federico como niño, uno pequeño e indefenso.

—¿Tu eras Batman o Robin? —sonríó, se bien quién era, puedo imaginar a mi pequeño macho alfa.

—Pues Batman ¡obvio!, Robin siempre me pareció rarito —suelta una carcajada que termina con un dejo de dolor.

—¿Cómo eran tus días? ¿Quién te cuidaba en casa?

—En casa vivía una señora, que se encargaba de las tareas y cuidaba de Lucía y de mí —Bingo, ahí esta el nombre. Lucía es su hermana.

—¿Que sucedió con Lucía, y que edad tenía ella? —se pone de pie de forma brusca, me sobresalta.

—No quiero hablar de eso, es demasiado doloroso Victoria. —Trato de no alterarme pero tengo el pecho oprimido.

—Sientate por favor —obedece, pero cambia su postura, se nota que no quiere pensar en el pasado, apoya los codos sobre sus piernas y con ambas manos tapa su cara.

—Te lo contaré, pero solo una vez. Duele mucho pensar en esa época de mi vida. —estoy desesperada por tocarlo, por abrazar a ese niño indefenso, pero se que tengo que permitir que hable, que suelte su pasado.

—Sabes amor, mi casa no era una casa normal. Mís padres no eran padres promedios, de esos que en la mañana se levantan a darte el desayuno y luego llevarte al colegio. No, mi casa lejos estaba de ser eso. —veo el dolor en sus ojos.

—Mis padres eran el uno para el otro, tenían una enferma relación de amor odio, se amaban y peleaban en partes iguales. Los viernes y sabados en la noche venían otros matrimonios de amigos, con lujosas vestimentas y antifaz. Era en esos momentos, cuando no se nos permitia bajar de nuestro dormitorio a Lucía y a mí, estábamos en la tercer planta, era donde dormíamos nosotros dos. Tenía nueve años, mi pequeña hermana cuatro. Yo algo sabía, de lo que sucedía entre nuestros padres y sus amigos, era asqueroso. Siendo tan solo un crío y ver a tus padres en un manojito de cuerpos desnudos. —Estoy congelada, siento odio por esos padres y dolor y pena por esos niños. Federico esta con la mirada clavada en el suelo, prácticamente en transé, continúa. —Una noche, estábamos jugando a la escondida con Lucía en nuestra planta, donde eramos confinados. Ana que así se llamaba nuestra nana, estaba adormilada en una mecedora. Nosotros muy divertidos, corríamos y nos escondiamos, en lugares de los que ya sabíamos de memoria que estaría el otro. Esa noche, todo cambió. —Un dolor oprime mi pecho. —Lucía corría por el largo pasillo, cuando tropezó con el alfombrado. Cayó por las escaleras, grité su nombre muy alto, una y otra vez pero Lucía ya no se movía. Se alertó a mis padres, mi madre subió corriendo envuelta en una bata, gritaba y lloraba al tiempo que abrazaba el cuerpecito sin vida de mi hermana. Mi padre llego hasta mí, con lágrimas en sus ojos, a recriminarme. «¡Que hiciste Federico!» gritaba, yo lloraba, ¡también había perdido a mi hermana! Mi padre me dio un puñetazo, uno tan fuerte que me hizo caer metros para atrás. —Estoy temblando, es demasiado doloroso, ya no puedo aguantar más verlo así, me pongo de pie y me siento en su regazo. Acurruco su cabeza en mi cuello, lágrimas bañan mi cara, Federico continúa. —No queda mucho mas para decir. Fui culpado de todo, mi madre una semana despues se suicidó. Tomo dos frascos de antidepresivos con ron, pero no sin antes terminar de cagar mi muy cagada y corta vida. Dejó una carta culpándome de todo, que todo lo que hacía, era por culpa de Federico. Quería que todos supieran, que lo hacía por mí, por todo el dolor que causé. Mis abuelos paternos vinieron a buscarme, cargaron una maleta con algunas de mis pertenencias, ropa y juguetes y marché a vivir con ellos. Desde entonces no vi mas a mi padre, mi abuelo lo repudió por causar ese dolor en mí. Un tiempo más tarde, me enteré que se fue a vivir a España —tengo que tragar, el nudo de emociones de mi garganta para poder hablar.

—¿Y desde entonces sueñas con Lucía? —asiente con su cabeza, el dolor que veo en sus ojos me desarma.

—Desde entonces ella viene a mis sueños y me despierta para jugar, corremos y veo una y otra vez su caída por las escaleras. Se que fue mi culpa, ¡tendria que haberla cuidado mejor!

—Tienes que perdonarte mi amor, eso no fue tu culpa, ¿eras tan solo un niño!

—Pareces mi abuela Margarita, siempre dijo lo mismo.

—La tienes que dejar ir. Debes decirle, que ya no tiene que venir a jugar contigo, que ya eres un adulto y no vas a jugar más. Que la amas y siempre lo harás, pero que busque la luz.

Me mira sorprendido, las lágrimas comienzan a desbordar sus hermosos y claros ojos, acaricia mi rostro.

—Victoria.

—Si mi amor, aquí estoy.

—Quiero que me prometas que jamás me dejarás, que vamos a estar siempre juntos. Como mis abuelos.

—Te lo prometo —no dudo al dar mi respuesta, amo a éste hombre y mataría por él, mataría a su padre y si pudiera a su madre nuevamente.

Es triste el daño que puede causarnos nuestros propios padres. Soy otro claro ejemplo de eso, siempre pensé en mi madre como una hija de puta desalmada, qué abandono a su hijita. Pero al oír ésta tristísima historia, creo que lo mío no fue lo peor, simplemente la mía se fue. No me quiso y se marchó.

Suena el timbre y corta nuestro momento de intimidad, nos ponemos de pie. Federico limpia sus lágrimas y besa mi mejilla. Sale en dirección a la sala para abrir.

Siento que aún me falta el aire. El remover tanto dolor no me gusta, pero se que en algún momento tenía que abrirme y contárselo a Victoria. Abro la puerta sin mirar quien es.

—Griselda, ¿que haces acá? —tiene los ojos rojos y la mirada endurecida.

—Hola papurri, ¿no te alegras de verme? —sin esperar respuesta se manda dentro de mi departamento. Apoya sobre la mesa una botella de Chandon, creo está drogada, la noto actuar raro.

Gira y viene a mi encuentro, toma el cuello de mi camisa con agresividad y estampa su boca carmin sobre la mía. Son solo fracción de segundos, pero suficientes para que Victoria saliera con una bata y ver ese panorama, empujo a Griselda.

—Fuera de aqui, ¿a que viniste? porque no recuerdo invitarte —ríe y señala a mi bella mujer.

—¡Perdon! mal lo mío por no llamar —pronuncia mientras coloca ambas manos sobre su pecho, con un fingido arrepentimiento.

—¿Quizás podamos divertirnos...? —eleva una ceja y camina en direccion de Victoria, me interpongo como un escudo antes que pueda tocarla.

—¿Que pasa Fede, a ésta no la compartis? Traje el video de la última vez, quizás podamos verlo los tres. —Guiña un ojo y se desabotona la camisa lentamente.

—Fuera de mi casa ¡YA! —mi grito retumba dentro del departamento, no toleraré que le falte el respeto de esa forma.

—¡No me grites hijo de puta! Que mierda te pasa, ¿te enamoraste, es eso? Porqué no le contás a la princesita, que te encantan las fiestas de a tres, así por lo menos esta preparada para cuando se lo pidas —busca en su bolso, y saca una petaca dorada, la abre y esnifa cocaína delante de nosotros. Miro a Victoria y la veo asustada, un desagradable panorama de ver.

—Victoria sal de aquí ahora... —mi mujer me observa, duda, pasado un momento gira sobre sus talones y se va.

—Griselda fuera de mi casa. No lo voy a repetir.

—¿Ya no deseas esto? —de forma grosera manosea su entrepierna. La desconozco, siempre fue un tanto pasional, pero esta mujer que se encuentra hoy en mi sala es otra.

Sale en direccion a la cocina.

—¿A donde vas? —ignora mi pregunta y continua. —¡Griselda te hablé!

—Por copas para el champagne querido— camino tras ella.

—¡Te dije que te fueras! —entro y la veo que esta reclinada sobre la mesada de la cocina, su cabeza caida para adelante, escucho su llanto. Camino lentamente, no sé como pueda reaccionar.

—¿Querés que me vaya? —pronuncia dandome la espalda.

—Sí.

—¿La amas? Es la putita del Banco ¿verdad?

—No le faltes el respeto por favor, y sí... la amo.



—Sabés Fede, yo siempre te amé. Nunca lo admiti, por temor a no vernos más, pero siempre te amé... —me duelen sus palabras, jamás la vi de otra forma, solo fue una amiga con derecho a roce. Camino en su dirección y apoyo mi mano en su hombro.

Ella gira deprisa.

Todo es rápido.

Dolor y el calor de la sangre, que comienza a brotar de mi abdomen.

Un grito, creo es Victora, ya no veo bien, todo se nubla.

Ruido, golpes y paz. Una hermosa paz. Lucía toma mi mano, y sonrío con sus pequeños dientitos de leche.

—Fede quedate quietito porque así no podemos jugar... —está con su camisón blanco y su cabello rubio suelto, tal como la recuerdo.

—Lucía ¿sabes que te amo mucho y siempre lo haré? —ella asiente con esa sonrisa que le marcan sus hoyuelos.

—Bueno yo, ya soy un adulto, y no puedo seguir jugando, pero quiero que sepas que siempre... siempre te amaré hasta el infinito, ¿de acuerdo?

—¡Sí! ¿Y al bebé? —queda a la espera de mi respuesta.

—¿Qué bebé? —pero rueda sus ojos azules y ríe.

—Fede nunca entiendes nada —pronuncia divertida, me da un besito húmedo en el cachete y se va tarareando una melodía.

Cierro los ojos.

«Dormir, solo quiero dormir»

Sangre mucha sangre, seguido del gemido que da Federico cuando Griselda retira la cuchilla de su abdomen.

Comienzan a caer de rodillas, al tiempo que presiona la herida, nunca repara que estoy justo detrás de él.

—Si la lastimas, te materé. —Fueron sus últimas palabras antes de desmayarse.

Al ver al hombre que amo desplomarse sobre el piso de la cocina, no dudo ni un segundo, y voy por ella. Su cara realmente asusta, está desencajada con los ojos inyectados de sangre, sus manos tiemblan.

—¡Dame ese cuchillo ahora! —mi voz es calmada y firme a la vez.

—Putá, eres una pequeña putita cazafortunas, jamás lo dejarás completo, Federico no es un hombre fácil. ¿Qué le puede dar una niña boba como tú, que hasta hace poco era virgen? Él necesita otras cosas tontuela.

Algo en mi se retuerce, es ese pequeño lugar, de mi ser donde guardo mi autoestima, mi pequeña y compleja autoestima.

—Griselda no me insultes, dame ese cuchillo ya mismo... —sus palabras duelen, pero no me detendrán, es momento de actuar. Camino en su dirección, no puedo perder tiempo y dejar que Federico se desangre frente a mis ojos. ¡Juro a Dios y a la Virgen que de ahora en adelante veré mi vida de otra forma!

Es un segundo, tan solo un segundo, el tiempo necesario para que todo cambie por completo.

Me lanzo sobre ella y tomo su mano, esa con la que sujeta la gran cuchilla. En un rápido movimiento logra zafarse, siento el corte cuando desliza el filo de la hoja por la palma de mi mano izquierda, observo la sangre que comienza a caer, el dolor es agudo y ácido. Pero no me detiene, saco fuerzas no sé de donde y con mi mano sana le atino un puñetazo que da justo en su mentón, pierde el equilibrio, la empujo y choca contra el refrigerador, estoy poseída, la furia y la desesperación inundan mi ser.

Griselda cae, intenta nuevamente tomar la cuchilla que cayó a un lado, pero mi pie sobre su mano lo impide, me siento en medio de la película Kill Bill.

—Soltame puta, soltame, te voy a matar ¡los voy a matar perra! —grita como una poseída, esta fuera de sí, se retuerce como la niña del Exorcista, logra con una patada desestabilizar mis piernas, haciendo que caiga junto a ella, toma mi cabello y se sienta a horcajadas sobre mí.

Continúa con ese temblor y los dientes apretados. Intento zafarme pero no puedo, el suelo encerado y yo sin zapatos me lo impide, coloca sus manos sobre mi cuello.

—Nena, en verdad sos muy linda, muy... muy linda, pero Federico es mío ¡y *yo no comparto!* — lo dice lento y con un tono dulce y terrorífico a la vez, se inclina y desliza su lengua por mis labios, giro mi rostro con asco.

Con el poco valor que me queda, trato de hablar, tal como dice el dicho.

«Hablarle como a los locos»

—Griselda no hagas esto, es peor para ti, iras a prisión. Federico jamás será mío. Él te quiere a

ti, me lo dijo... —afloja el agarre.

—¿Te lo dijo? —muerde su labio con angustia, éste sangra y comienza a llorar. Rodeo sus muñecas con mis manos, para retirarlas de mi cuello. Pero no lo logro, las mantiene firme, la mano que tengo herida duele demasiado y en ella no tengo mucha fuerza.

—¿Sabés qué Victoria? Federico nunca fue mío, solo disfrutaba de mi cuerpo y del placer que podía darle. Su corazón nunca estuvo presente en nuestros encuentros. Y ahora, ya tengo cuarenta y dos años ¿sabés? y seguramente jamás sea madre, él ya me descartó por ti, ¡el sí me dijo que te ama! Seguramente fueran a tener niñitos regordetes y bonitos como tú, mientras yo... —ríe con tristeza —seré una vieja solitaria, rodeada de gatos, llorando en soledad —juro por Dios, que soy tan estuúida, que logra darme pena su confesión. ¡Si, lo sé estoy más loca que ella! Esta mujer que está extrangulándome, llega a darme pena, claro que este sentimiento solo dura unos segundos. —Bueno hermosa Victoria, la cuestión es que jamás dejaré que eso pase. Yo no seré la loca de los gatos, ni tú la señora Betner —aprieta el agarre y ésta vez comienzo a ahogarme.

Me desespero, me falta el aire, una lágrima se desliza de mi ojo. Entro en pánico, pateo y trato de gritar pero mi voz no sale, no estoy segura si alucino pero una niñita rubia se coloca de rodillas junto a mí. Coloca sus manitas en mi cabeza, en ese instante una extraña sensación de paz me llena, creo me queda poco tiempo y un ángel vino por mí. Cuando giro mi rostro para mirarla, estoy próxima al desmayo, veo una botella de Chandon en el suelo junto a mí. La tomo, y con el último suspiro que me queda, golpeo fuertemente la sien de Griselda.

Ella cae. Me incorporo con dificultad tosiendo. Con la poca fuerza que tengo y la mucha bronca, termino de golpear y romper la pesada botella de champagne sobre su cabeza. ¿La maté?

«Mierda»

La observo. Respira, uff , por suerte aún respira, mejor así.

Tomo el teléfono de la pared, soy un saco de nervios, no paro de toser y temblar, marco 911, estoy mareada y ahora que la adrenalina comienza a bajar siento el dolor nuevamente.

Más tarde la casa se encuentra llena de paramédicos y policías, me cubren con una manta por el shock. Mientras que un policía solicita mis datos. Todo es rápido, Federico necesita atención urgente.

Voy sentada junto a Fede en la parte trasera de la ambulancia, continúa inconciente, la hemorragia aún continúa, necesita cirugía urgente. La sirena suena fuerte, por las desiertas calles, mientras Montevideo duerme.

—No te mueras mi amor... —susurro en sus labios, más lágrimas no paran. Continuamente limpio mi cara sobre la camiseta, en el apuro de vestirme solo me coloque un jeans y camiseta. Y a esta hora de la madrugada, esta fresco, me dan una pequeña mantita azul para resguardarme, tengo la mano vendada y me han inyectado un calmante para el dolor y colocado una sublingual para calmar el temblor de mi cuerpo.

En su casa quedaron policías a cargo de la situación, una situación con nombre y apellido Griselda Milans. Mañana me interrogarán, en éste momento los médicos indicaron que mi mano, necesitaba atención urgente para que los policías terminaran con sus preguntas.

En la desesperación solo tome mi bolso, la cartera de Federico con sus documentos y su celular. No quiero preocupar a sus abuelos pero tengo que informarles del hecho-

Tomo su móvil y busco la agenda, me sorprende y mi corazón desborda de amor al ver la foto de fondo de pantalla. Somos nosotros en Villa Serrana, es una selfie que sacamos una tarde soleada, Fede esta mirando la cámara, sonriente mientras yo le doy un beso en su mejilla, este detalle y el recuerdo me llena de amor. En ese instante me hago una promesa mental.

El primer contacto \*Abuelos.

Apreto send, y espero, suena una vez, dos, tres al cuarto pitido, escucho la voz adormilada de Juan al otro lado de la línea.

—Hola.

—Juan, soy Victoria. La, amiga de Federico —no sé como presentarme. «Estúpida y traumada Victoria»

¡Novia! *Sos la Novia.*

—Nena, ¿pasó algo que llamas a esta hora? —viejo zorro bien sabe que algo anda mal.

Trago saliva.

—Es Federico —relato lo sucedido, restando dramatismo y gravedad, temo por ellos, son dos personas grandes y su corazón no tendría que vivir situaciones como éstas, luego llamo a mi tío y le indico donde estamos siendo trasladados.

Sentada en la sala de urgencias, mientras suturan mi mano, veo ingresar a mi amado tío. Comienzo a llorar, el apuesto cirujano que está atendiendome observa mi reacción.

—Ahí esta tu papá, ¿más tranquila ahora? —asiento con un movimiento de cabeza, no logro pronunciar palabras, tengo un nudo en la garganta.

—¿Tío? —el médico no entiende.

—Es mi tío, no mi padre —me da una tierna sonrisa, mientras termina de vendar mi mano. El corte fue más profundo de lo que pensé, luego de diez puntos y una gran venda estoy pronta.

—Pichoncita ¿que ha pasado mi amor? —Tío Mario, se arrodilla para darme un fuerte y

reconfortante abrazo. Esto es lo mejor del mundo, después de la terrorífica noche que vivimos, nada mejor que sus brazos para borrar todos mis miedos.

El tío agradece al cirujano y le entrega su mano como saludo, el médico le regala una encantadora sonrisa.

—¿Mario?

—¿Benja?

«¿Qué?»

—Benjamin, qué alegría verte. Ésta es mi niña, ¿dime como se encuentra? —mmm ese tono de voz de mi tío, ¿está coqueteando?

—Bueno Mario, Victoria ingresó con un corte bastante profundo, por suerte no tocó ningún ligamento. Coloqué diez puntos de sutura y antibioticos, está como nueva —Mario gira para mirarme preocupado —¿Vickita qué pasó?

—Federico... fue... herido —no puedo hablar, tanta angustia y calmantes hacen que hable entrecortado.

—¿Como esta Federico, puedo ir a verlo? —no se nada desde que ingresamos, fue directo a quirófano y yo a emergencia. El médico y amigo del tío sonrío y acaricia mi cabello, como si fuera una nena con berrinche. Llama por teléfono a block, pregunta su estado, agradece y cuelga.

—Bueno me informan que tu esposo está bien. La hemorragia fue controlada, no se vieron afectados órganos internos. Fueron muy afortunados, porque al parecer la persona que los atacó, se encontraba alcoholizada y drogada. No sería, el primer caso, que ocurriera un crimen pasional de este tipo.

En cuidados intermedios esta tu enamorado, piso quinto, suban por el ascensor del personal así no esperan, los acompaño.

—Muchas gracias, ¡de verdad muchísimas gracias!

El tío se cuelga mi bolso, al tiempo que permite suba primero al ascensor. Él y Benjamin cuchichean algo y ambos ríen. La facha de mi tío es de morirse, gorra para sol negra con la frase *Me amo* bordada en ella, chomba roja y camisa de jean desprendida, todo un Don Juan, con la dieta que está llevando por su corazón, ha perdido peso y parece más joven.

A medida que estamos por llegar a la sala mis nervios crecen. Médicos y enfermeras van y vienen por los pasillos, parece que aquí nadie duerme. Son las cuatro de la madrugada, el agotamiento que tengo es grande, pero necesito estar junto a él, saber que todo va a seguir igual.

Lo necesito a mi lado. «Para siempre»

Entramos en la sala.

—Aún duerme por la anestesia —informa Benjamin.

—Nena ¿quieres que te dejemos sola un momento?

—Sí, por favor —el tío y el doc abandonan la sala.

Las luces están tenues. Tomo asiento a un lado de la cama, Federico se encuentra tapado hasta

la cintura, su torso está desnudo con monitores conectados. La venda que cubre su abdomen, es el recordatorio perfecto de cuanto amo a éste hombre, y el terror que me da pensar en perderlo.

Tomo su mano, está tibia, la beso y apoyo mi frente en ella. arrancho a llorar, esta vez en un llanto catártico, un llanto liberador, siento que una parte de mi murió, soy una Victoria nueva, una Victoria con una visión nueva de la vida ¿mas valiente?

Comienzo a hablarle, sé que no me escucha, pero necesito decir en alto mis pensamientos.

—Fede, sabés, hoy me di cuenta de todo... He pasado mi vida cuidando de mí y de mi dañado corazón, tenía miedo de entregarme y salir lastimada —sonrío —bueno, más lastimada. Creo que por eso jamás había tenido un novio. ¡No pienses que estaba esperandote! solo me protegía, siempre fui mi mejor amiga y mi peor enemiga. Pero desde que te conocí, pusiste mi mundo patas arriba. Primero diciendo que no era tu tipo de mujer, que me faltaba elegancia, altura y estilo. Luego quisiste pagar por ser el primer hombre en mí. Me cuidaste cuando estuve sola, hasta que finalmente lo lograste, y me enamoré de ti. Me hice adicta a ti, y hoy no puedo imaginar una vida separados —soy un río de lagrimas y mocos, el llanto me ahoga pero necesito decirlo, tengo que librarme y salir de mi crisálida para permitirme ser feliz. Continúo —Hoy puedo gritar al mundo que te amo, que no existe en este mundo la posibilidad, de que ame a otro hombre que no seas tú. Quiero ser tu buenos días en las mañanas y tu buenas noches, tu pañuelo cuando estés mal, tu amiga, tu confidente, tu amante, tu todo Federico. Quiero ser tu mujer y no hay forma de que cambie de parecer, necesito que te cures mi amor, nos casemos y seamos felices, como nos merecemos. Juro que si te recuperas, te prepararé pan casero todas las mañanas, nunca me dolerá la cabeza cuando quieras sexo... —soy interrumpida.

—¿En ropa interior?

—¿Que? —¡no puedo creer! Está despierto.

—Acepto, quiero todo eso que acabas de decir. Solo que el pan que hornearas en las mañanas, que sea en ropa interior y delantal —aún adormilado, con su voz ronca, es lo mas bello que puedo ver en el mundo. Lo abrazo con cuidado de no tocar su herida, el toma mi cara con sus manos y nos besamos.

—¿Nos casamos? última vez que te lo pido.

—¡Sí por favor! —me mira con una sonrisa llena de intimidad y amor.

Esa noche la paso a su lado, no hay forma de que acepte ir a otra habitación, por mas cómoda que esté.

Hablamos tomados de la mano, me encuentro acostada en el sillón que hay en la sala, el cual pedí juntaran a la cama de Federico. Nos dedicamos a fantasear sobre nuestra futura boda.

Luego que me dieron el alta, me reintegré a la oficina con total naturaliad. El asunto de ataque pasional, quedo bajo el tapete, no necesitábamos esa mierda en un momento tan hermoso como el que estamos viviendo junto a mi chica.

Finalmente le propuse matrimonio a Victoria. La sortija de oro con un diamante de 4.5 kilates descansa en la mano de mi bella prometida. Para su horror el pedido fué frente a toda la empresa en la sala de conferencias.

Recuerdo con ternura el momento...

—Gracias a todos por venir. Se que estamos con mucho trabajo y las agendas a tope, esto no tomara mucho tiempo, solo queria compartir una nueva adquisición que estoy por realizar. Ya que considero a ésta empresa como una gran familia, quisiera compartirlo con todos ustedes.

—Victoria por favor pasa al frente. —El rubor de su rostro no se hace esperar, roja de verguena camina en mi dirección, tiendo mi mano para que me dé la suya. Continúo con mi discurso. —Hace unos meses conocí a esta mujer y algo en mí cambió, ella sacó lo mejor y lo peor de mí, hubo peleas, idas, vueltas y por suerte reconciliaciones —hago con mi mano, un gesto de alivio, se escuchan risas. —Así qué llegó ese momento, el cual jamás pensé que llegaría, ¡claro! «Mas risas.» Me inclino y apoyo una rodilla en el suelo.

—Federico... no por favor —pide Victoria, con sus dientes apretados mirando a la multitud.

La ignoro.

—Victoria... ¿Me harías el honor de casarte conmigo? —hay un gran silencio, en la sala, no vuela una mosca.

Mi chica tapa su cara con ambas manos, y las lágrimas brotan por su bello rostro.

—Sí, ¡claro que acepto! —saco del bolsillo interno de mi chaqueta, una caja de terciopelo rojo, con el gran anillo que compré. Lo coloco en su dedo y nos besamos. Gritos, aplausos y abrazos.

Tres meses mas tarde...

Nuestro departamento es un caos, en mi dormitorio están la modista que da los últimos toques a mi vestido de novia, también Sofi, y la abuela Margarita.

Tomo asiento en el sillón y elevo mis hinchados pies.

Sofia acaricia mi abultado vientre, el embarazo me sentó bien, mantengo una linda figura, pero la diseñadora tuvo que modificar mi vestido cinco veces. Al ignorar mi embarazo hasta entrado el tercer mes, opté por un sexy vestido ajustado.

El asunto se complicó, cuando fui por la ecografía, para ver el tema de mi apéndice, Benjamin el actual novio del tío, al realizar la ecografía no solo encontró mi apéndice inflamada, sino que también encontró un pequeño Betner, mejor dicho una pequeña Betner creciendo dentro de mí.

Nunca me enteré del embarazo hasta ese instante, nunca perdí mi periodo por completo, tampoco tuve síntomas. Cuando nos dieron la noticia, ya estaba de unas veinte semanas de gestación. ¡Fue un shock! Un hermoso y adorado shock. Salimos de la clínica muy sorprendidos, ¡seríamos padres!

—¿Una nena? Una pequeña gatita para mimar junto a su mamá —eran las palabras del emocionado futuro padre.

—¡Todo listo! —comenta la wedding planner.

«Hora del show»

Mi tío está elegantísimo, esperando en la entrada, cuando me ve, su mirada se enternece y comienza a llorar.

—¡Titi, me vas hacer llorar también!

—Estás tan hermosa mi niña —se inclina y besa mi barriga, mi hija pateo en ese instante —Tú también estas hermosa Serranita.

Ese fue el nombre elegido para nuestra niña. Según nuestros cálculos, Serrana se concibió en nuestra estadía en la hermosa Villa, esa reconciliación fue el inicio de todo.

La boda fue ¡simplemente perfecta!

Nuestra pequeña familia, amigos y compañeros de trabajo, celebrando esta hermosa historia de amor. Jamás pensé que de esa *Propuesta casi Indecente* podría salir algo bueno.

Juan y Margarita, nos deleitaron toda la noche, en la pista de baile con sus movimientos de rock. Sofia y Manuel super acaramelados haciendo manitas.

Y la bomba de la noche, fué enterarnos que el tío y Benja ¡se casan también! Por suerte ahora en nuestro país es legal y esta noticia me llena de felicidad, Benjamin es un buen hombre y mi tío se merece esto y mucho más.

Pasadas las cinco de la mañana, despedimos a los últimos invitados y nos marchamos.

Por fin estamos solos en nuestra habitación. La luna de miel quedará para más adelante, luego



del nacimiento de Serranita.

—Sabés Victoria, un día como hoy, hace un año exactamente te propuse que fueras mía. Y fui tan capullo que te ofrecí dinero a cambio. —habla Federico, mientras recostados en la cama, acaricia mi cabello.

—Estimado, soy muy conciente de eso, es solo que...

—¿Que? —Federico está intrigado, pongo cara de pocos amigos.

—¡Me debes los cincuenta mil Betner! más los intereses —suelto con tono insolente, su boca cae abierta de asombro y una malvada sonrisa comienza a asomar.

—Ahh ¿esta de chistosa Señora Betner?

—¡No, por Dios jamás en la vida querido esposo!

—Creo que mereces un castigo —me toma en brazos y besa mi cuello.

—Tendrás lo que mereces gatita bandida, el mejor sexo estilo cucharita de la historia —reímos a carcajadas, nuestra niña pateo en respuesta.

Colocamos nuestras manos sobre mi abdomen.

Al fin una familia.

**Fin**

## Lechuga y Lola... *Una historia de amor.*

Mi nombre es Lechuga Rodriguez, tuve un comienzo difícil.

Mi vida no fué fácil, mi madre era una callejera, y me abandonó cuando era tan solo un cachorro.

Lola se lame el hocico.

—Nena, no hagas eso, sabes el efecto qué produces en mí... —soy un perro dominante, me gusta ejercer el poder. Siempre me gustaron las pequeñas perras sumisas, para llevar a mi cucha y ejercer el poder.

Lola es distinta, me gusta que me desafíe, me atrae esa boca rápida cuando ladra su respuesta.

Sabía que en algún momento podía ocurrir, otros perros ya me lo habían dicho. Un día conocerás a la perra indicada, y tu cola no parará de menear. Eso sucedió, Lola me hechizó, con su sonrisa, o cuando permite que me coma sus galletitas. Nos gusta jugar y reír, nuestros cachorros nacerán en tres semanas. Es lindo sentirse amado.

Junto a Victoria y el engendro de Federico, nos mudaremos a una gran casa, el departamento no es suficientemente grande para todos.

Al fin una familia, susurra Lola mientras lame su barriga.

Al fin nena, al fin.

## AGRADECIMIENTOS

Gracias a estas increíbles personas que me ayudaron con la corrección, sin ellas esta novela no existiría, Victoria Aihar, Ivanna Ryan y Emma Sheridan. De corazón ¡Gracias!

Camila Winter por alentar mi locura de autopublicar.

Y a las brujitas de los aquelarres, un grupo hermoso de personas que conocí gracias a la lectura.

Mia del Valle

Nació un 13 de marzo de 1981 en Montevideo-Uruguay.

Actualmente vive en Ciudad de la Costa, en el departamento de Canelones, junto a sus dos hijos, esposo y perra.

Estudió Odontología y Laboratorio Odontológico en UDELAR, carreras que jamás termino. De carácter un tanto bipolar según ella, se define como una soñadora, que ríe fuerte y habla mucho. Ama escuchar música, pintar, cocinar y restaurar muebles.

Amante de la lectura romántica, un día se preguntó ¿y por qué no? De ese instante de locura y gracias a KDP nació esta novela.